

Globalización y Sustentabilidad



DESAFIOS Y ALTERNATIVAS

- David Korten •
- Sara Larraín •
- Gilberto Gallopín •
- Oscar Godoy •
- Jacques Chonchol •
- Antonio Elizalde •
- Jerry Mander •
- Wolfgang Sachs •

P R O G R A M A

CHILE SUSTENTABLE

Propuesta Ciudadana para el Cambio

Globalización y Sustentabilidad



DESAFIOS Y ALTERNATIVAS

ISBN: 956-7889-09-0

Registro de Propiedad Intelectual: 128.770

Primera Edición septiembre 2002

Se imprimieron 1000 ejemplares

Edición:

Sara Larraín

Caroline Stevens

Patricia Bravo

Carolina Cifuentes

Diseño de Tapa y Diagramación:

Emiliano Méndez

Impresión:

Más Gráfica

ESTA PUBLICACIÓN FUE POSIBLE GRACIAS A LA COLABORACION DE POSITIVES FUTURES NETWORK,
DEL INTERNATIONAL FORUM ON GLOBALIZATIONAL Y LA FUNDACIÓN HEINRICH BÖLL.

CAPITULO I**GLOBALIZACIÓN Y SUSTENTABILIDAD:
DESAFÍOS Y ALTERNATIVAS DESPUÉS DEL 11 DE SEPTIEMBRE*****David Korten:***

“Globalización y Sustentabilidad:
Escenario mundial y alternativas después del 11 de septiembre” Pág, 11

Sara Larrain:

“Globalización y Sustentabilidad:
Los desafíos después del 11 de septiembre” Pág, 25

Gilberto Gallopín:

“Globalización y Sustentabilidad:
Quiebre de tendencias y escenarios posibles” Pág, 37

Oscar Godoy:

“Democracia deliberativa y nuevo orden internacional” Pág, 43

Jacques Chonchol:

“Globalización y crisis de la sustentabilidad” Pág, 45

Antonio Elizalde:

“Reflexiones en torno a la globalización: crítica y propuesta” Pág, 49

CAPITULO II**GLOBALIZACIÓN Y SUSTENTABILIDAD*****Jerry Mander:***

“Globalización Económica y Medio Ambiente” Pág, 59

Wolfgang Sachs:

“Globalización y Sustentabilidad” Pág, 73

Presentación

La globalización económica neoliberal como paradigma dominante en las decisiones sobre el desarrollo, la vida política y la hegemonía cultural a inicios del siglo 21, ha restringido el número de personas que toman las decisiones y que se benefician de las políticas globales. Aumentando al mismo tiempo el número de personas cuya calidad de vida se ha degradado o que han quedado marginadas de esta nueva «realidad global». El correlato de lo vivido por la sociedad planetaria ha ocurrido con el planeta mismo, producto de lo cual enfrentamos una degradación generalizada de los ecosistemas de la tierra y de los sistemas biofísicos, tales como el clima, que mantienen la vida en la tierra.

Frente a la globalización de los impactos de las actividades económicas sobre las sociedades y la naturaleza ha surgido una respuesta ciudadana global que se ha hecho pública a través de los medios de comunicación especialmente a partir de las manifestaciones de Seattle, en ocasión de la reunión de la Organización Mundial de Comercio en dicha ciudad a fines de 1999. Esta respuesta ciudadana global a la globalización económica de estilo neoliberal ha concentrado su crítica en el sector empresarial transnacional, en las organizaciones de Bretton Woods y la Organización Mundial de Comercio, y desarrollado sus planteamientos principalmente durante la década de los 90, los que fácilmente es posible encontrar en publicaciones especializadas, medios de comunicación e internet.

El unilateralismo de la política internacional norteamericana, en el contexto de un creciente enfoque multilateral, no ha escapado a la crítica del movimiento antiglobalización, hecho acentuado por las posiciones de la administración Bush con respecto a los Acuerdos Ambientales Internacionales, como la Convención de Cambio Climático y la de Biodiversidad.

Desde mediados de los 90's, con posterioridad a los acuerdos de la Cumbre de la Tierra celebrada en Río en 1992, y de la creación de la Organización Mundial de Comercio en 1995, las organizaciones ciudadanas también han concentrado su enfoque analítico en las contradicciones entre los objetivos y compromisos del desarrollo sustentable y las nuevas regulaciones de liberalización económica a través de la OMC y los acuerdos regionales de comercio e inversión.

En este contexto, el Programa Chile Sustentable, respondiendo a su objetivo de estimular el debate ciudadano y sensibilizar al sector político y a la ciudadanía en torno a los fundamentos políticos para reorientar el desarrollo chileno desde la exclusiva lógica de inserción global hacia objetivos de sustentabilidad, es que se organizó la Conferencia «Globalización y Sustentabilidad», incorporando en el análisis los problemas de gobernabilidad intensificados a partir de los atentados del 11 de septiembre pasado en Nueva York y en el camino hacia la segunda Cumbre de la Tierra que se realiza actualmente en Johannesburgo, Sudáfrica.

Esta Conferencia se desarrolló en Santiago, con la presentación central a cargo del destacado economista norteamericano David Korten, y los comentarios del asesor de la División de Medio Ambiente y Asentamientos Humanos de la Cepal, Gilberto Gallopin; del académico del Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad Católica, Oscar Godoy; el director del Doctorado en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Arcis, Jacques Chonchol; la directora del Programa Chile Sustentable, Sara Larraín y el rector de la Universidad Bolivariana Antonio Elizalde; cuyas presentaciones incluimos en el primer capítulo de este libro. A ellas agregamos dos presentaciones sobre el tema Globalización y Medio Ambiente, del presidente del International Forum on Globalization, Jerry Mander y del investigador del Instituto Wuppertal de Alemania, Wolfgang Sachs, previamente publicados en inglés.

El libro se inicia con la presentación de quien diera origen a la organización y desarrollo de la conferencia, David Korten, del People Centered Development Forum, refiriéndose al tema “Globalización y Sustentabilidad: Escenario Mundial y Alternativas después del 11 de septiembre”, en el que plantea que es necesario orientar el proceso globalizador hacia características como establecer un equilibrio entre el consumo de materiales con las potencialidades de la tierra, reordenar las prioridades económicas para asegurar que todas las personas tengan acceso a una vida digna o democratizar las instituciones para enraizar el poder en la gente y en la comunidad.

Sin embargo, ninguno de estos objetivos será posible de concretar si la sociedad no enfoca sus esfuerzos en combatir el obstáculo más visible: la globalización empresarial, fenómeno cuya denominación más descriptiva es la de “economía suicida”.

Korten presenta la oscura realidad de la economía suicida a través de dos indicadores de vital relevancia: el indicador del valor agregado de los activos financieros, los que se encuentran en manos del 1% de la población mundial y que aparecen el alza; y el indicador sobre la salud de los sistemas que sostienen la vida del planeta se está desplomando.

Junto con la descripción de estos fenómenos, Korten también se refiere a los hechos acontecidos el 11 de septiembre del 2001; donde el dramático y devastador ataque a las Torres del Comercio Mundial (World Trade Center), consideradas íconos del capitalismo internacional, puso la atención del mundo en el terrorismo.

Las condiciones de vulnerabilidad e inestabilidad, propias de las economías suicidas, son posibles de revertir en la medida que las sociedades se transformen hacia economías vivientes; vale decir, aquellas que superan la exclusión, la desesperación y la pérdida del sentido de la vida, elementos que en definitiva alimentan el terrorismo.

Como alternativa, Korten plantea la necesidad de un nuevo «Orden Mundial Sustentable» que reemplace las instituciones y la cultura de la economía suicida, por instituciones y culturas para un sistema planetario de economías vivientes, que propicien el equilibrio entre el consumo humano y los sistemas que mantienen la vida del planeta. Un nuevo orden que asegure a cada persona acceder a ingresos para una vida digna; a tener una voz en las decisiones que afectan su vida y a generar una cultura basada en la afirmación de la vida, que consoliden la cooperación, el cuidado, la compasión y la comunidad.

En el segundo texto del libro Sara Larraín, del Programa Chile Sustentable, plantea que las sociedades actuales enfrentan dos tendencias de estructuración política, social y económica: la consolidación hegemónica de la actual globalización económica neoliberal, o un cambio de rumbo hacia diversas modalidades económicas, políticas y sociales enfocadas hacia la sustentabilidad.

Destaca la necesidad de establecer una discusión más profunda sobre lo que enfrenta la humanidad en el ámbito de estas tendencias y trabajar para una articulación de las alternativas que se visualizan hacia el futuro.

Desde su perspectiva, los hechos ocurridos el 11 de septiembre en Nueva York son sólo una expresión más de la crisis de gobernabilidad de la globalización. Sólo que más dramáticamente expresada, e incluyendo complejos elementos de confrontación cultural, religiosa, ideológica y política.

Señala que actualmente las negociaciones que hacen posible continuar implementando la globalización neoliberal son cada vez más inaceptables para la sociedad civil, y que desde Seattle se ha evidenciado

que los gobiernos han debido recurrir al resguardo policial y militar para impedir el control ciudadano, y seguir negociando las condiciones de esta impopular globalización. Este mecanismo de toma de decisiones antidemocráticas históricamente acontecido durante las dictaduras, nos lleva a asociar claramente ambos fenómenos.

Sara Larraín destaca que actualmente las sociedades humanas enfrentan al menos 3 desafíos estructurales: posibilitar la supervivencia de la especie humana dentro de los límites biofísicos del planeta; asumir los desafíos distributivos al interior de las naciones y a nivel internacional con el objetivo de dar sustentabilidad a las sociedades humanas; y finalmente dar gobernabilidad a las sociedades humanas dentro del sistema planetario, lo que implica decisiones sobre quién será el árbitro y bajo qué sistema se negocia la equidad o el acceso a los recursos del planeta. Destacando que un enfoque de gobernabilidad democrática demanda reconocer el derecho de las personas a ser actores en la definición de su propio desarrollo.

Finaliza señalando que los hechos del 11 son sólo la punta del iceberg de un creciente malestar ciudadano por los impactos de la globalización económica al que incluso se han sumado gobiernos que enfrentan serias crisis económicas y peores crisis de gobernabilidad; y señala la necesidad de un cambio de rumbo hacia sociedades sustentables lo que implica enfrentar simultáneamente los desafíos de la protección ambiental, la equidad y la gobernabilidad democrática.

En el tercer texto del libro Gilberto Gallopín, de la División de Medio Ambiente y Asentamientos Humanos de la CEPAL, se refiere al quiebre de tendencias en el marco de la globalización, cuya expresión es previa a los hechos del 11 de septiembre, pero este fenómeno le agrega una fuerte evidencia. Este quiebre es resultado de la presente globalización económica que es también cultural y política; y que ha aumentado la interdependencia ecológica global en niveles sin precedentes al intensificarse y expandirse la escala de las actividades humanas.

En su análisis identifica seis escenarios globales posibles en el tiempo, en base a los análisis científicos existentes: los escenarios convencionales, que se derivan de la situación actual, pero sin discontinuidades sociales o valóricas o que incorporan reformas políticas para implementar las propuestas de la Comisión Brundland para avanzar hacia la sustentabilidad. Luego existen los escenarios llamados de barbarización que implican el aumento de problemas ambientales y sociales, y una intensificación de las desigualdades, para finalmente, caer en una degradación generalizada de la civilización, con la alternativa de que un sector opte por lo que se llama el Mundo Fortaleza, donde los países ricos se den cuenta del riesgo de caer en dicha degradación y se atrincheren en burbujas de riqueza, excluyendo al resto de la humanidad para garantizar su propio bienestar y la persistencia de su acceso a los recursos naturales.

Finalmente, Gallopín presenta los escenarios positivos que indican un quiebre en términos valóricos de las tendencias actuales. Estos pasos van desde el consumismo materialista hacia el Eco-comunalismo, o hacia un nuevo paradigma de sustentabilidad: una civilización sustentable pero moderna, con alto nivel tecnológico, pero conviviendo armónicamente con la naturaleza. Este es un escenario posible pero implica grandes cambios en los valores culturales predominantes.

Al examinar estos escenarios posibles a la luz de los acontecimientos del 11 de septiembre, se confirman los análisis de algunas instituciones que estudian la desigualdad, la pobreza y la desesperanza en los países pobres; que señalan a estos factores como fuente primaria de la hostilidad que existe actualmente frente a países como Estados Unidos, que muestran una arrogancia muy particular en relación a los asuntos internacionales.

En el cuarto texto del libro “Democracia deliberativa y nuevo orden mundial”, Oscar Godoy, del Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad Católica de Chile, se refiere al orden democrático imperante en el contexto de la globalización y el desafío de un nuevo orden internacional. Señala que las personas son una fuente de demandas legítimas que la comunidad políticamente organizada debe escuchar y, en lo posible satisfacer. Como este aspecto, el más importante de una democracia bien constituida, es el que más fácilmente se olvida, hoy día el sistema político está en déficit con los ciudadanos, asegura Godoy.

Destaca que la mayor insatisfacción que tenemos respecto del sistema democrático es que los sistemas de intermediación entre las demandas de las personas y la esfera de aquellos que toman las decisiones políticas se ha transformado en una esfera autónoma que se alimenta a sí misma. Actualmente los intermediarios fundamentales, que son los partidos políticos, tienden a aislarse de la sociedad civil, renunciando a sus funciones como intermediarios. Por ello, el mayor problema que enfrenta hoy la democracia, es la ruptura entre la sociedad civil y la esfera de gobernabilidad.

Godoy asegura que sin paz a nivel mundial, ningún sistema económico puede funcionar, pero que actualmente el sistema internacional a cargo de la paz es el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, donde una oligarquía que monopoliza las decisiones mundiales y que no garantiza gobernabilidad pues no contemplan ni participación de la sociedad civil, ni mecanismos coercitivos.

En el quinto texto del libro, el Director del Doctorado en Estudios de la Sociedad Latinoamericana de la Universidad Arcis, Jacques Chonchol, plantea que la globalización corporativa actual es la fase final de una era imperialista basada en la dominación y explotación de la mayoría de los seres humanos, por una minoría que en su afán de concentrar riqueza, no le importa establecer instituciones destructivas del hombre y de la naturaleza. El resultado es la división profunda del mundo entre aquellos que controlan el capital y los que viven de su trabajo o que no disponen de casi ningún medio de vida.

Señala que para algunos los próximos decenios serán reaccionarios, ya que las «democracias asustadas» de los países ricos se refugiarán al abrigo de la autoridad, del orden, de las jerarquías, las fronteras se cerrarán, las obligaciones de visas serán reestablecidas, los refugiados e inmigrantes serán rechazados, los encuentros mundiales contra la globalización se harán más difíciles, la voluntad de cambio y de reforma retrocederán.

Jacques Chonchol se inclina por la tesis de que la rebelión contra los dueños del mundo ha comenzado pues la súper potencia única, los Estados Unidos, ha olvidado todas las condiciones para la convivencia democrática y sus posiciones unilaterales han degradado considerablemente la política internacional, llegando incluso a ignorar los acuerdos ambientales y a sobreponerse a los organismos internacionales.

El primer capítulo finaliza con el texto “Reflexiones en torno a la globalización: crítica y propuesta”, de Antonio Elizalde, Rector de la Universidad Bolivariana y miembro del Directorio del Programa Chile Sustentable.

Concentra su presentación en cuatro ideas: la existencia de un punto de quiebre o de inflexión civilizatoria, momentos en los cuales se abren varias alternativas, una de ellas es seguir igual; la otra, que engloba posiblemente a varias, es cambiar. El cuestionamiento actual de las posibilidades de gobernabilidad global, debido a la creciente ineficacia e ilegitimidad de las instituciones de Bretton Woods.

El dilema de continuar avanzando ineludiblemente hacia una cultura única, por medio de una globalización hegemónica de naturaleza casi exclusivamente económica, o luchamos decididamente

para avanzar hacia formas de globalización democrática y ecosistémica, con múltiples y variados procesos de integración social, cultural, política y económica, ampliando de ese modo el horizonte evolutivo. Finalmente expresa la necesidad de iniciar un profundo y sostenido debate ciudadano sobre estos temas, ya que afectarán sustancialmente el funcionamiento de nuestras instituciones y su condición democrática así como nuestra calidad de vida futura.

El segundo capítulo del libro contiene los ensayos de Jerry Mander, presidente del International Forum on Globalization, sobre “Globalización Económica y Medio Ambiente”, y de Wolfgang Sachs, del Instituto Wuppertal de Alemania, sobre «Globalización y Sustentabilidad». Ambos textos fueron publicados previamente en inglés y agradecemos su aporte para este libro. El texto de Mander ha sido traducido por el Programa Chile Sustentable y el de Sachs por el Programa Cono Sur Sustentable.

Jerry Mander inicia el texto desmontando los argumentos de los partidarios de la globalización económica. El primero se refiere al absurdo de los argumentos de los impulsores de la globalización, en el sentido de que el crecimiento económico generado por esta permite mejorar la calidad de vida de la población y proteger mayores superficies de naturaleza. Hecho desmentido por la evidencia de que cuando los países aumentan sus ganancias dentro de la economía global, la mayor parte de ellas va al sector empresarial transnacional, que no las utiliza en la protección ambiental sino que las invierte ampliando sus impactos sobre el medio ambiente global.

Otro cuestionamiento de Mander recalca el argumento de que la globalización es una tendencia evolutiva de las sociedades humanas, resultado de fuerzas económicas y tecnológicas que han evolucionado a través de los siglos hasta llegar a su forma actual, es decir, que es un fenómeno natural y no planificado, y por tanto un hecho inevitable. Frente a ello, Mander señala que el proceso de la globalización económica es el resultado de reglas e instituciones creadas por el hombre, por lo tanto pueden ser desmanteladas.

Un aspecto especialmente tratado en el texto es el de la monocultura global que esta generando la globalización. Tal como se plantea hoy día, la lógica globalizadora pretende integrar y fusionar toda la actividad económica, de todos los países del planeta, dentro de un modelo único homogenizado. Así países con culturas, economías, y tradiciones tan variadas como la India, Suecia y Tailandia deberían conducir autos similares; ver las mismas películas y la misma televisión; vivir en el mismo tipo de paisaje urbano, hasta ser parte de un sólo comportamiento cultural funcional al consumo de la producción global; pero que destruye toda diversidad y empobrece las posibilidades de convivencia social y de subsistencia.

Finalmente, Mander cuestiona la priorización del crecimiento económico acelerado y sostenido propuesto por los impulsores de la globalización, presentando los impactos del hipercrecimiento sobre la explotación de nuevos recursos, nuevas formas de trabajo y nuevos mercados. Incluyendo la mercantilización del propio dinero, ya que actualmente la gran mayoría de las transacciones globales, en el sistema de libre comercio, no se realiza a través de los bienes y servicios, sino del capital.

En el último texto del libro titulado “Globalización y Sustentabilidad”, Wolfgang Sachs se refiere al ascenso de la economía transnacional, argumentando que la creación de este orden jurídico internacional volcado programáticamente a generar una economía transnacional de fronteras abiertas, es un producto exclusivo de las últimas décadas. Explica cómo la globalización económica aumenta y acelera la utilización de recursos naturales, promueve la inversión extranjera directa, el efecto de expansión, la desregulación y el efecto competitivo, además se refiere a las crisis de las monedas y el efecto de liquidación de activos nacionales (sell-out), a la eliminación de las distancias y el efecto del transporte. Describe cómo la globalización económica modifica la geografía de los impactos sobre el medio

ambiente, ya que no genera una igual distribución de costos ni mayores beneficios a la actividad económica. Muy por el contrario, lo más común es que la extensión de la cadena de creación de plusvalía hacia diversos países conlleve una nueva asignación de ventajas y desventajas.

Finalmente Sachs plantea el interrogante sobre ¿Qué tipo de globalización queremos y para quién? Señalando que la globalización no es monopolio de los neoliberales, ya que en la transnacionalización de las relaciones sociales por ejemplo, participan simultáneamente variados sectores, con diversos intereses y filosofías, destacando al movimiento ecologista como uno de los agentes más importantes del pensamiento globalizador.

Todos los artículos del libro expresan miradas, análisis, críticas y propuestas frente al proceso de la globalización económica en el cual estamos inmersos. La mayoría de ellos se refiere también a los desafíos que enfrentamos y presenta alternativas para la sustentabilidad de la sociedad en el planeta. Esperamos que estos textos constituyan un aporte a las discusiones y estrategias de la sociedad civil en Chile y América Latina, para fortalecer y acelerar el trabajo hacia sociedades sustentables en nuestra región.

Agradecemos a la Fundación Heinrich Böll, quien hizo posible esta publicación.

Sara Larraín
Caroline Stevens
Programa Chile Sustentable

Globalización y Sustentabilidad:
**ESCENARIO MUNDIAL Y ALTERNATIVAS
DESPUES DEL 11 DE SEPTIEMBRE**

David Korten
People Centered
Development Forum
Estados Unidos

Introducción

Las acciones en las que se ha involucrado la sociedad civil chilena para asumir el concepto de sustentabilidad y generar, bajo ese marco, una propuesta para el país, son una inspiración para el mundo. En el Norte, constantemente realizamos un seguimiento de las experiencias de generación de agendas de sustentabilidad. Al respecto, en Chile, el trabajo que ha animado el Programa Chile Sustentable, el cual motiva a las organizaciones sociales a examinar la situación social, ambiental y política, y a discutir y diseñar qué tipo de país quiere crear, es un ejemplo metodológico que se sitúa en la vanguardia del trabajo de la sociedad civil por la sustentabilidad a nivel mundial.

Este trabajo, además, es central y fundamental en la inspiración de los movimientos ciudadanos, ya que bajo esta idea subyacen dos cuestiones fundamentales. Por un lado, el compromiso profundo con la democracia en la que todos los seres humanos deben tener una voz en las decisiones que afectan su vida. Y por otro, un compromiso profundo con los valores de la vida en contra de una sociedad que ha priorizado valores financieros.

Dicho movimiento posibilita iniciar un cambio en las acciones globales de la sociedad civil, lo que implica una profunda transformación basada en la acción consciente y colectiva. Ejemplo de esto es también lo que nuestros colegas en la India llaman “Movimiento de Democracia Viviente”, que representa una democracia sustantiva, coherente y bella, al servicio de la vida. La democracia como una forma de vida. Algunos podrán decir que es un sueño imposible. Pero ciertamente es posible, pues es un sueño que emana desde lo más profundo del ser humano hacia la mente y conciencia de la humanidad.

A lo anterior se une el importante desafío que significa en la actualidad lograr que los seres humanos acepten con responsabilidad su presencia en el planeta y evaluar su impacto sobre los ecosistemas. Porque sólo cuando se tome conciencia y se acepte esta responsabilidad, las sociedades dedicadas a fabricar dinero se transformarán en sociedades dedicadas a proteger la vida. Y en este contexto lo que está haciendo el Programa Chile Sustentable es de vital trascendencia.

Sobre la base de esta opción de responsabilidad humana por el mantenimiento de la vida, es posible erigir un proyecto humano para el siglo 21, el cual debería tener como principales objetivos: equilibrar el consumo con disponibilidad del planeta, orientar la economía para la equidad social, democratizar las decisiones, reemplazar el materialismo por la cooperación, cuidado, compasión y comunidad, y evolucionar hacia un desarrollo humano integral.

En el proceso para lograr estos objetivos es fundamental reordenar las prioridades económicas, para asegurar que todas las personas tengan un acceso adecuado a los medios que les permitan ganarse la vida, pues aún existe una importante brecha entre pobres y ricos, y entre los países llamados desarrollados y en desarrollo.

Figura N° 1
Proyecto Humano para el Siglo 21

- Establecer un equilibrio entre nuestro consumo de materiales con la posibilidad de la tierra.
- Reordenar las prioridades económicas para asegurar que todas las personas tengan acceso a una vida adecuada, con sentido para sí mismos y para sus familias.
- Democratizar nuestras instituciones para enraizar el poder en la gente y en la comunidad.
- Reemplazar la cultura dominante del materialismo por culturas basadas en la afirmación de la vida y valores tales como la cooperación, el cuidado, la compasión y la comunidad.
- Integrar los aspectos materiales y espirituales de nuestro ser para desarrollarnos como personas integrales

Fuente: Korten, D. 15 de enero, 1980

Tan anhelado equilibrio sólo se logrará mediante la democratización de las instituciones, esto es, enraizando el poder en las comunidades y en la gente. De lo contrario, sólo se llegará a situaciones extremas de crisis democrática, como sucede en Estados Unidos donde la mayoría de los medios de comunicación están controlados por intereses corporativos y donde gran parte de los ciudadanos, a diferencia del resto del mundo, no tienen conciencia de ello.

Si queremos lograr un equilibrio ecológico y democratizar nuestras instituciones vamos a necesitar un cambio cultural que vaya desde el actual materialismo hacia una cultura basada en los valores de la vida, como la cooperación, la compasión, la comunidad y, en el ámbito espiritual, la necesidad de integrar diferentes aspectos de la vida humana para así convertirnos en personas completas. Este es un cambio muy profundo y de importancia evolutiva.

Sin embargo, no será posible materializar ninguno de estos objetivos si la sociedad civil no enfoca sus esfuerzos en combatir el obstáculo más visible para posibilitar los cambios que deseamos: la globalización empresarial, fenómeno cuya denominación más gráfica es el de una “economía suicida”.

Globalización y la crisis de la sustentabilidad

La globalización corporativa es la etapa final de la llamada “era de los imperios” basados en la dominación y explotación, y que existió durante muchos siglos en la historia de la humanidad.

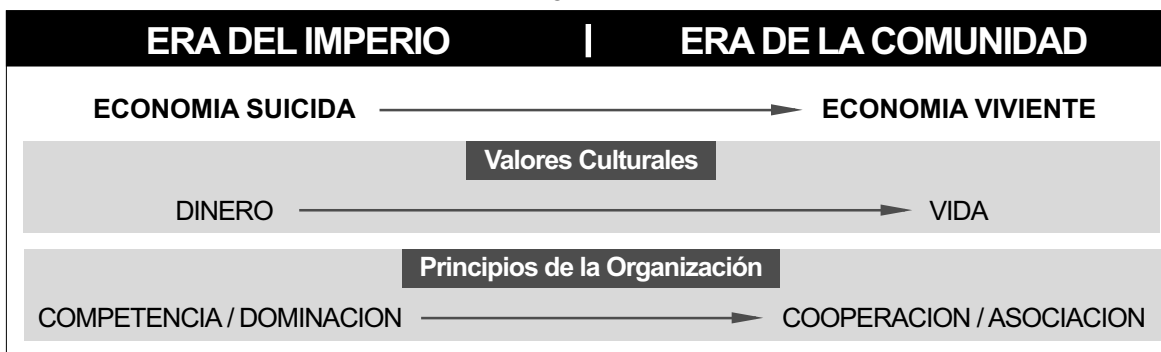
En esta fase final, su poder reside en las instituciones de la economía suicida, las cuales destruyen los fundamentos de su propia existencia y los intentos de las sociedades para generar ingresos autónomos y bienes para aquellos sectores que no tienen poder adquisitivo. Por el contrario, promueven la acumulación de riqueza de quienes ya tienen más dinero del que necesitan y más del que realmente pueden gastar.

La figura N° 2 representa, sintéticamente, la necesaria transición que debemos realizar desde la “era de los imperios” clásicos, basada en la dominación y explotación, hacia la “era de la comunidad”.

La oscura realidad de la economía suicida está dada por dos indicadores de vital relevancia. El primero, un indicador que crece rápidamente, está relacionado con el valor agregado de los activos financieros, los que se encuentran en manos del 1% de la población mundial. El segundo es el indicador sobre la salud de los diferentes sistemas que sostienen la vida del planeta. Este indicador se está desplomando. Condicionados por la concepción de que el dinero es el mecanismo que genera bienestar, el crecimiento de los índices financieros genera la ilusión de que el mundo se vuelve cada día más rico, cuando en realidad las sociedades humanas y la naturaleza se están degradando y empobreciendo a ritmos alarmantes. Por ello los sectores acomodados y con altos niveles de bienestar que se manejan las políticas públicas a nivel mundial no pueden ver la realidad. El crecimiento en sus economías les indica un creciente acceso a los recursos planetarios, pero simultáneamente la tendencia es a mantener

un sistema que divide la humanidad entre ganadores y perdedores; situación que no hace más que sentar las bases de la desintegración de las diferentes culturas y sociedades.

Figura N° 2



Fuente: Korten, D. 22 de mayo, 2002. *The positive Futures Network*.

En síntesis, la globalización económica empresarial está ordenada a favor del dinero y a costa de la vida. En beneficio de quienes tienen dinero a costa de quienes no lo tienen. A esto se agrega el controvertido informe que emitió el Club de Roma, en 1972, sobre “los límites del crecimiento”. Dicho documento plantea y desarrolla la idea que, de continuar los niveles de crecimiento económico actual en un planeta limitado, habría un colapso de la vida planetaria. El desmedido crecimiento acelera el quiebre de los sistemas planetarios e intensifica la competencia entre pobres y ricos por la escasa riqueza que va quedando en el planeta. En esta competencia, los ricos siempre ganan.

Personalmente, pude comprobar esto cuando viví en Asia, lo que me llevó a asumir la tarea de educar a mi propio país, Estados Unidos, sobre las consecuencias de la ideología y de la política estadounidenses impuestas en diversos países del mundo. En varios seminarios de ONGs analizamos a fondo una serie de estudios de caso sobre proyectos de desarrollo de represas hidroeléctricas, minas, agroindustria, plantaciones forestales, proyectos inmobiliarios, campos de golf, centros militares, etc. Y prácticamente todos desplazaban a comunidades pobres y como consecuencia, las tierras y los recursos de los cuales éstas vivían eran expropiados para beneficiar a gente que ya poseía riqueza. Muchos de esos proyectos tenían apoyo de la Cooperación al Desarrollo.

Estas experiencias son una consecuencia del sistema económico de la globalización. En concreto, el mundo está gobernado por mercados financieros que avanzan rápidamente y sin el control humano de los ciudadanos; manteniendo a los gobiernos más poderosos del mundo sometidos a los intereses de los especuladores financieros que invierten y realizan todo tipo de “apuestas” con el dinero de otras personas.

No obstante, lo que en realidad se logra al ser más eficiente en generar dinero es hacer más eficiente el desarrollo para la gente que ya tiene dinero, aumentando la concentración del poder en las manos de unos pocos.

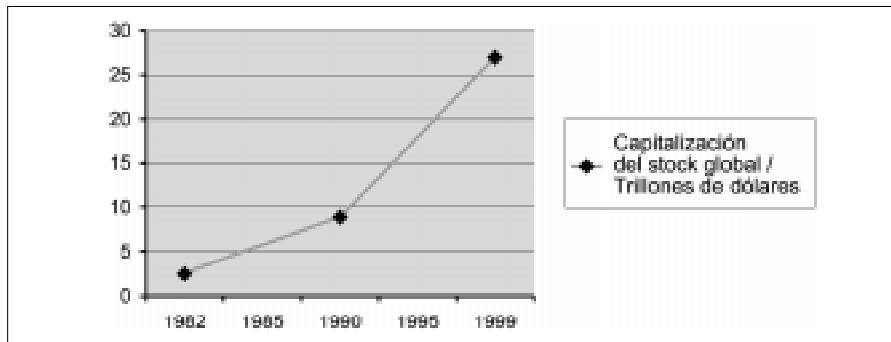
La globalización corporativa

La economía suicida, como señalamos anteriormente, es sólo la expresión visible de un fenómeno profundamente arraigado en las sociedades del mundo: la globalización empresarial, la cual finalmente se ha encargado de cambiar las reglas de las sociedades para servir a los intereses de los mercados financieros. Esta lógica también ha sido impuesta a las naciones más endeudadas del Sur, como resultado de algunos programas de ajuste estructural del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial.

Para comprender mejor dicho fenómeno hay que entender las diferencias entre el dinero y la riqueza. Los hombres están condicionados por sus culturas a creer que el dinero es la riqueza y que si ganan dinero están generando riqueza. Nada más alejado de la realidad. Quienes tienen dinero se sienten con derecho a ejercer poder sobre el planeta y la sociedad, como si fuera un sistema económico que está diseñado para producir retornos a la sociedad.

Las siguientes dos figuras representan este fenómeno:

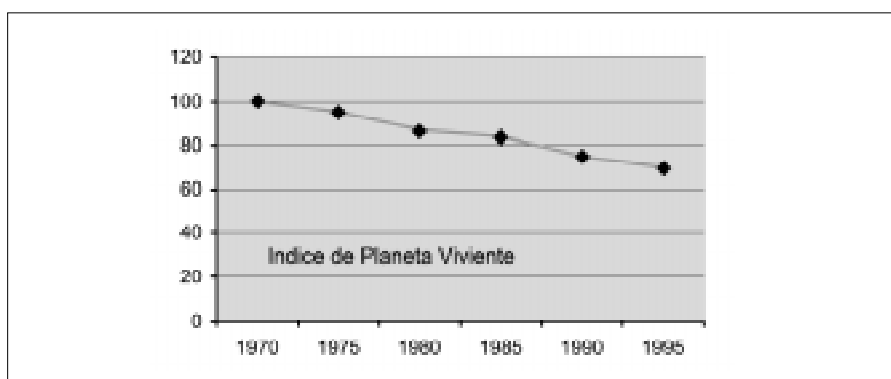
Figura N° 3
Generación de Dinero



Fuente: World Wildlife Fund for Nature, Living Planet Index

La Figura N° 4 representa el mercado de acciones del mundo, que es una forma de medir el aumento de la riqueza de las personas que tienen estas acciones. Aunque esa riqueza es ficticia, da acceso a dineros de verdad. Sin embargo, al mismo tiempo, hay millones de personas que no reciben ni un dólar al día. En Estados Unidos este modelo funciona muy bien y lleva a la ciudadanía a pensar que cuando sube el mercado accionario, genera como resultado progreso para las comunidades humanas.

Figura N° 4
Pobreza Creciente



Fuente: World Wildlife Fund for Nature, Living Planet Index

La Figura N° 4 representa la medición de una riqueza más real. Denominado como Índice del Planeta Viviente (Living Planet Index) y creado por WWF¹, mide cómo los sistemas de vida en el planeta se han deteriorado. En este caso la degradación es de 37% entre 1970 y 1995, es decir en 25 años. Crece la riqueza financiera y decrecen los sistemas vitales en la Tierra y se destruyen las comunidades locales.

También pude constatar este fenómeno durante los 15 años que viví en Asia, como funcionario de una organización de ayuda al desarrollo. Allí, por ejemplo, en la mayoría de los proyectos apoyados por el FMI y otras agencias de cooperación, lo que se hacía era sacar a la gente pobre de sus tierras, aguas y ecosistemas de los cuales subsisten, para entregárselos a grandes empresas que les agreguen un mayor valor económico. El resultado de esta dinámica a nivel mundial es la explotación de los recursos para hacer más ricos a los ricos y más pobres a los pobres.

El análisis profundo de estos temas evidencia la necesidad de controlar y poner límites a las empresas, obligarlas a someterse a los estándares laborales. No obstante, esta obligatoriedad es más que una exigencia legal: es la expresión de una conciencia de justicia. Precisamente, es este sentido de justicia el que algunos países no poseen, como en el caso de Estados Unidos, porque creen que si el sistema funciona para ellos, debiera estar funcionando para todos.

El 11 de Septiembre

El dramático y devastador ataque a las torres del Centro del Comercio Mundial (World Trade Center), consideradas íconos del capitalismo global, centró la atención del mundo en el terrorismo. Hasta que 19 hombres dispuestos a morir por su causa demostraron cómo tecnología simple de uso cotidiano en la sociedad moderna puede transformarse en armas de destrucción masiva, frente a la cual ni el más grande poderío militar puede proteger.

Para muchos, esta fecha significó un despertar abrupto hacia una realidad que constantemente estaba siendo negada. En un instante, las paredes de la fortaleza que parecía ser Estados Unidos se desintegraron completamente, evidenciando que no hay refugio seguro –ni aún para el más rico y poderoso– en un mundo lleno de privaciones y de violencia. Mostró también la inestabilidad y vulnerabilidad, tanto de las instituciones como de la tecnología de la economía global empresarial.

Sin embargo, estas condiciones de vulnerabilidad e inestabilidad, propias de las economías suicidas, sólo son posibles de revertir en la medida en que las sociedades adopten economías vivientes, aquellas que superen la exclusión, la desesperación y la pérdida del sentido de la vida, todos elementos que en definitiva alimentan el terrorismo y que son exacerbados por la globalización empresarial.

Figura Nº 5

Sistema Vulnerable e Inestable

- Largas colas de espera y déficit en el abastecimiento.
- Excesiva dependencia de combustibles explosivos, químicos tóxicos y materiales radiactivos.
- Sistema energético altamente dependiente del petróleo de Medio Oriente.
- Trabajadores expuestos a ser despedidos en cualquier momento.
- Sistema de salud pública negligente.
- Sistema financiero inestable, sostenido en base a las deudas y la especulación financiera.
- Industrias claves, como el transporte aéreo, sometidas a graves imprevistos y pérdida de confiabilidad.

Fuente: Korten, D. 15 de enero, 1980. *The Positive future Network*

Con su gran dependencia del uso del petróleo y de combustibles explosivos, químicos tóxicos y materiales radiactivos; con sus trabajadores expuestos a ser despedidos en cualquier momento y con

¹ Fundación Mundial para la Vida Silvestre

un sistema financiero estructurado en base a especulación financiera, la economía de Estados Unidos es tan inestable que parece estar esperando concretar un desastre. El ataque terrorista del 11 de Septiembre de 2001 explotó magistralmente esta vulnerabilidad.

También provocó la lucha del gobierno norteamericano contra el terrorismo, llamando a los demás gobiernos y a los ciudadanos a unirse a la batalla contra un gobierno “ilegítimo”, implementando una agenda militar que no es más que un asalto a la democracia. Se bombardeó a uno de los países más pobres y marginados, dejándolo en una peor situación de miseria, y confrontó al pueblo norteamericano y al resto del mundo con una preocupante pregunta: ¿la amenaza terrorista para la seguridad humana proviene sólo de un millar de terroristas religiosos dispersos por el mundo, o también de un núcleo de extremistas políticos, concentrados en Washington que perpetúan condiciones de pobreza para la humanidad? Estos hechos, son sólo un aspecto adicional de la persistente dominación norteamericana basada en subsidios para las empresas, la desregulación ambiental y la influencia política.

Este escenario de lo que acontece en mi país, también incluye al Partido Demócrata. Ambas coaliciones políticas están cautivas por los intereses empresariales y cada vez es más difícil encontrar diferencias sustantivas entre sus agendas y sus procedimientos. Además, aunque Bush era el candidato menos atractivo desde el punto de vista electoral en la última elección presidencial, y esta está totalmente comprometido con los intereses empresariales y dominado por las compañías petroleras, no podemos decir que Gore estaba libre de la influencia empresarial, pues la mayoría de las empresas hizo grandes contribuciones económicas a ambos candidatos.

No es extraño que desde distintos puntos de vista el fenómeno se vea igual: una democracia inicialmente muy bien recibida por la gente que se ve en la necesidad de justificar grandes gastos militares. Una democracia que busca evitar regulaciones ambientales en beneficio de sus corporaciones, con una política energética que aumenta el poder y las utilidades de las compañías petroleras sin ninguna preocupación por el calentamiento mundial. En fin, una democracia que intenta favorecer los derechos corporativos a expensas de los derechos humanos.

Para proteger verdaderamente al mundo del terrorismo, es necesario reducir la inherente inestabilidad y vulnerabilidad de la economía suicida. Hoy tenemos la oportunidad de aumentar los niveles de conciencia sobre las necesidades reales del mundo, sobre la necesidad de un cambio económico para crear más estabilidad, equidad y más seguridad humana. Vivimos una coyuntura especial en la cual todos los gobiernos del mundo deberían reconocer que el liderazgo norteamericano los está llevando adonde no quieren ir. Las autoridades gubernamentales a nivel mundial tienen que asumir su liderazgo, movilizar a su gente y crear conciencia sobre las políticas necesarias para el logro de la justicia.

Poco ha cambiado desde el 11 de Septiembre del 2001. A lo más, se ha exacerbado la discrepancia entre las instancias empresariales y la sociedad civil. Por eso, hay más necesidad que nunca de un mundo equitativo.

Por ello, es necesario compartir y discutir sobre las alternativas que tiene la sociedad actual para desarrollar nuevas agendas globales, basadas en objetivos de igualdad, justicia y participación.

Ordenamiento alternativo para un nuevo orden mundial sustentable

Frente a la actual globalización es necesario generar un orden mundial sustentable, para ello requerimos articular una visión y una agenda para crear una sociedad posible.

Las actuales prioridades de la humanidad están siendo establecidas por las instituciones de una economía suicida que está destruyendo los sistemas vivos del planeta, junto con crear una vasta y creciente brecha entre ricos y pobres; desplazando a la democracia mediante un sistema de reglas financieras y cultivando una cultura de consumidores que glorifican el materialismo, la avaricia y la violencia.

Para garantizar un futuro humano, debemos reemplazar las instituciones patológicas y la cultura de la economía suicida por instituciones y culturas para un sistema planetario de economías vivientes, que propicien un equilibrio entre el consumo de materiales de nuestra especie y la reproducción de los sistemas que mantienen la vida en el planeta. Es necesario asegurar que cada persona tenga acceso a una fuente adecuada de ingresos; fortalecer la democracia para asegurar a cada persona una voz en las decisiones que afectan sus vidas y generar culturas, basadas en la afirmación de la vida, que consoliden la cooperación, el cuidado, la compasión y la comunidad. Este no es un desafío menor y ciertamente, no será logrado a menos que se hagan cambios políticos en la estructura misma de la economía suicida.

Para entender la dimensión de los cambios que se requieren, es necesario señalar, en primer lugar, que las economías vivientes imitan las características de los sistemas vivos de la naturaleza. Las investigaciones de vanguardia en el campo de la ecología nos llevan a concluir que dichos sistemas son:

- Autogestionados, autoorganizados y cooperativos.
- Localizados y adaptados a los ecosistemas y culturales locales.
- Limitados por bordes o fronteras permeables.
- Frugales, participativos y solidarios.
- Diversos y creativos.

Estas características de los sistemas naturales son diametralmente opuestas a la economía suicida. Asimismo, las instituciones, la cultura y los propósitos de las economías vivientes son lo contrario de las economías suicidas.

La economía suicida se caracteriza por:

Figura N° 6

Las Economías Vivientes son:

- Auto-Dirigidas, Auto-Organizadas y cooperativas.
- Localizadas y adaptadas a ecosistemas y culturas locales.
- Limitadas por bordes permeables
- Sobrias, participativas y solidarias.
- Diversas y creativas.

Figura N° 7

La Economía Suicida:

- Genera capitales financieros en constante crecimiento.
- Inequidad creciente.
- La sociedad y la tierra se continúan degradando.
- Las empresas convierten la vida natural, humana, social y el capital institucional del planeta en dinero.

- Favorecer a propietarios ausentes y a un mercado global desligado de compromisos con las comunidades y los territorios locales.
- Priorizar el dinero y las empresas.
- Promover el crecimiento económico.
- Generar trabajadores dependientes.
- Tratar a la naturaleza como una fuente de recursos y un botadero de desechos.
- Maximizar el consumo de materiales y recursos naturales.
- Promover una cultura única, una monocultura global.
- Promover la competencia global y la exclusividad local.
- Generar exclusión económica e inseguridad.

Al contrario de la economía suicida, la economía viviente:

- Favorece la propiedad local y los mercados localizados.
- Privilegia a las personas, las comunidades y la naturaleza.
- Promueve el crecimiento espiritual, social e intelectual.
- Genera oportunidades para la subsistencia humana.
- Trata a la naturaleza como coproductora y fuente de vida.
- Maximiza y mantiene la calidad de vida.
- Promueve y nutre la diversidad cultural.
- Promueve la cooperación global y la conciencia planetaria.
- Busca la inclusión económica y la seguridad.

Las economías vivientes están formadas por empresas gobernadas democráticamente por todos sus dueños, quienes son responsables públicamente por las consecuencias sociales y ambientales de sus acciones. La economía suicida está dominada por grandes y depredadores consorcios monopólicos, con estructuras autoritarias de gobierno que responden a dueños ausentes, quienes no se responsabilizan por las consecuencias de sus acciones.

Muchas estrategias de reforma económica buscan producir cambios dentro de la cultura y de las instituciones de la economía suicida, a menudo apelando a quienes trabajan en corporaciones transnacionales para que hagan lo correcto en relación a la gente y el medio ambiente. Ocasionalmente, estos esfuerzos producen resultados bastante positivos, como por ejemplo haber convencido a la empresa Nike para que usara menos tóxicos en la fabricación de sus zapatos. Esto es indudablemente una mejora, pero difícilmente se puede calificar como una transformación económica.

La economía suicida es un sistema complejo y emergente que creció al margen del poder de decisión de millones de ciudadanos, beneficiando sólo los intereses privados inmediatos de quienes la crearon. El resultado de ello es un sistema interconectado de relaciones que se refuerzan mutuamente, apoyado por nuevos derechos y obligaciones establecidas legalmente y legitimadas por una ideología y una cultura propias. Cuando esta conexión de relaciones se consolida como un sistema, su transformación desde dentro llega a ser virtualmente imposible. El sistema simplemente expulsa a aquellos que se rebelan, no son funcionales o que simplemente no “encajan”.

Figura N° 8
Estructura Comercial y Cultural

<i>ENFERMEDAD</i>	<i>VS.</i>	<i>SALUD</i>
EMPRESAS DEPREDADORAS		EMPRESAS VIVIENTES
<ul style="list-style-type: none"> • Escala-Monopólica • Dueños Ausentes • Autoridad Centralizada • Responsabilidad Limitada • Cultura al Servicio del Dinero 		<ul style="list-style-type: none"> • Escala-Humana • Dueños Comprometidos • Autoridad Compartida • Responsabilidad Total • Cultura al Servicio de la Vida

Fuente: Korten, D. 15 de enero, 1980. *The Positive future Network*

Actualmente existen muchas ideas e importantes iniciativas para limitar el enorme e incontrolable poder empresarial, disminuir su legitimidad, realizar cambios legales, alejar el poder empresarial de la política, eliminar su estatus e identidad corporativa y establecer su responsabilidad legal en determinadas acciones. Estas reformas son esenciales para lograr el objetivo de generar mayores transformaciones económicas. Pero son sólo reformas marginales e insuficientes, si se pretende orientar nuestra sociedad y nuestras vidas hacia relaciones de equidad entre los seres humanos y la naturaleza.

El camino más promisorio para transitar desde la economía suicida hacia un sistema planetario de economías vivientes es una estrategia centrada en el desplazamiento de la economía suicida mediante la generación de un nuevo sistema planetario de economías vivientes.

Afortunadamente, hoy muchos de los elementos para este nuevo sistema ya existen. Estos incluyen negocios independientes orientados hacia intereses comunitarios; empresas de propiedad cooperativa y de propiedad de los trabajadores; granjas orgánicas familiares; mercados de campesinos; bancos comunitarios y monedas locales; cooperativas de crédito; eco aldeas; directorios verdes; educación del consumidor; fundaciones de desarrollo de la comunidad; fondos para la conservación de tierras; iniciativas para limitar el crecimiento desmedido; asociaciones de arquitectos y ecoconstructores; centros de reciclaje y eficiencia energética; medios de comunicación y librerías independientes. La mayoría de estas experiencias sin embargo, lucha por sobrevivir en los márgenes de la economía suicida, que es tóxica para sus propósitos y para sus valores.

El desafío estratégico clave es fortalecer y facilitar un proceso, a través del cual tanto las empresas como las iniciativas privadas, tanto lucrativas y filantrópicas, como las iniciativas públicas puedan, gradualmente, descolgarse de la economía suicida y construir redes de relaciones entre ellas con el objetivo de incrementar la experiencia de economía viviente y lograr su consolidación.

Tal como el funcionamiento de los ecosistemas maduros, una economía viviente no puede ser centralmente planificada o creada por un mandato de hecho. Tampoco puede improvisarse. Como todos los sistemas vivientes, debe desarrollarse en cada componente de dicho sistema mediante un proceso de auto organización y participación, de mutuo aprendizaje, negociación y adaptación que involucra a cientos, miles, millones y finalmente, billones de personas. El proceso hacia una economía viviente comienza cuando un grupo de iniciativas y empresas que funcionan como comunidad de

personas, tiene la libertad de iniciar un alejamiento de las disfunciones de la economía suicida y generar nuevas relaciones con otras iniciativas en pro de la construcción de una comunidad y de relaciones entre comunidades.

El fortalecimiento y visibilidad de estas redes de acción son las vías para que cada uno de nosotros, como individuos, orientemos nuestro poder adquisitivo, empleo y opciones de inversión hacia la creación de economías vivientes. Cada opción en esta dirección consolida el total y aumenta su visibilidad. Al experimentar las atractivas y satisfactorias posibilidades de la economía viviente, las personas sacarán su energía vital de la economía suicida, reorientándola hacia la economía viviente. Mientras mayor sea el número de personas que opten por este camino, mayor será la fuerza política electoral para generar reformas legales que vayan en favor de la vida

¿Qué aporta esta alternativa para enfrentar la pobreza en los países no industrializados del Sur geográfico?

La estrategia de la economía viviente se identifica con las necesidades del “auténtico desarrollo”; busca incrementar el uso adecuado de los recursos disponibles y asegurar la satisfacción de las necesidades. Una auténtica estrategia de desarrollo depende del control que tienen las personas sobre los recursos que aseguran su existencia. El desarrollo neoliberal ha significado una expropiación de los recursos de los pobres para satisfacer las necesidades de aquellos que poseen dinero, con todas las consecuencias funestas que hemos mencionado anteriormente.

La independencia es un principio funcional del auténtico desarrollo. Esto implica que lo primero que una persona prioriza o realiza es lo que le permite satisfacer sus necesidades. Luego negocia para obtener otros recursos que considera esenciales y necesarios, y finalmente, importa los bienes y servicios que no puede producir en el país. Durante el ejercicio de estos actos comparte de manera libre información, tecnología y cultura. Este modelo ha sido elocuentemente respaldado por el destacado economista británico John Maynard Keynes, quien escribió:

“Me identifico con aquellos que reducen al mínimo, más que con aquellos que maximizan la complejidad económica entre las naciones. Las ideas, el conocimiento, el arte, la hospitalidad y los viajes son cosas que por su naturaleza deberían ser internacionales. Pero mantengan la autoproducción nacional de los bienes y productos mientras sea razonable y conveniente y, por sobre todo, mantengan las finanzas prioritariamente a nivel nacional”.

Un auténtico desarrollo basado en esos principios ofrece pocas oportunidades para la extracción colonial. Tal vez esta sea la razón por la cual los países del Norte crearon, después de la Segunda Guerra Mundial, las instituciones de Bretton Woods, para asegurar que el desarrollo auténtico e independiente no pudiera ser establecido en países recientemente liberados del colonialismo.

A escala global, nuestro objetivo debe ser reestructurar las reglas del comercio global con el fin de generar espacios políticos, económicos y culturales dentro de los cuales las economías vivientes puedan desarrollarse y consolidarse. En cada instancia, esto significa crear reglas diametralmente opuestas a las que existen en la actualidad. También significa consolidar el rol de Naciones Unidas (ONU) para reemplazar al Banco Mundial, al Fondo Monetario Internacional (FMI) y a la Organización Mundial de Comercio (OMC) por organismos responsables de la ONU, con el mandato de limitar progresivamente el poder y alcance de la economía suicida y actuar en favor del crecimiento y la consolidación de las economías vivientes.

Actualmente, las funciones de gobierno global están divididas entre el sistema de Naciones Unidas y el Sistema de Bretton Woods. El sistema de la ONU está constituido por su secretariado; sus agencias especializadas, como la Organización Mundial de la Salud (OMS), la Organización Internacional del Trabajo (OIT), la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y Alimentación (FAO) y una serie de agencias y fondos para el desarrollo, como PNUD, UNIFEM, UNFPA y UNICEF. El sistema de Bretton Woods está constituido por el sistema del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Mundial de Comercio (OMC).

El sistema de las Naciones Unidas tiene un mandato más amplio y es más abierto y democrático. En su práctica ha demostrado un alto compromiso con las prioridades humanas, sociales y ambientales. Por el contrario, las secretas y poco democráticas instituciones de Bretton Woods se han alineado constantemente con los intereses monetarios, los bancos y las empresas transnacionales. Las instituciones de Bretton Woods no sólo subordinan constantemente asuntos sociales y ambientales al lucro empresarial, sino que además usan de manera agresiva su poder para bloquear e imposibilitar que los gobiernos locales y nacionales prioricen los intereses públicos por sobre los intereses empresariales privados.

Las reglas empresariales pueden ser impuestas desde arriba hacia abajo, vale decir, desde lo global hacia lo local, mientras que la democracia debe ser construida desde la base hacia arriba, desde lo local hacia lo global. El mundo no necesita instituciones globales con poder y mandato para decretar el comportamiento local. Al contrario, necesitamos instituciones globales que garanticen los derechos y libertades de la gente, como también el derecho de las comunidades locales a expresar su creatividad para generar un mundo responsable con sus valores, necesidades y aspiraciones.

A través de la historia hemos encontrado instituciones intrínsecamente contrarias al bienestar y a las libertades humanas. Dichas instituciones deben ser desmanteladas y reemplazadas por instituciones idóneas y responsables. Así como nuestros antepasados eliminaron las instituciones de la monarquía en favor de las instituciones de la democracia, nosotros debemos eliminar las instituciones de Bretton Woods en favor de Naciones Unidas.

Uno de los obstáculos que impide reorientar el Sistema de Naciones Unidas, hacia su rol original es el *global compact*, la actual iniciativa de las empresas transnacionales para cooptar los recursos, las políticas e incluso el logo de Naciones Unidas. Esto puede, imposibilitar cualquier acción de la ONU para controlar la responsabilidad de las empresas transnacionales en relación al interés público. La ONU es una institución de los gobiernos del mundo y de la gente que ellos representan. Las empresas transnacionales, por su naturaleza, sólo representan los intereses financieros de una pequeña y poderosa elite. No es legítimo que participen en las deliberaciones y procesos de decisión de la ONU, ni en cualquier otra organización pública internacional. Si la ONU quiere ser efectiva en su rol para reformar y democratizar las relaciones económicas al interior y entre las naciones, debe liberarse de la influencia del sector empresarial.

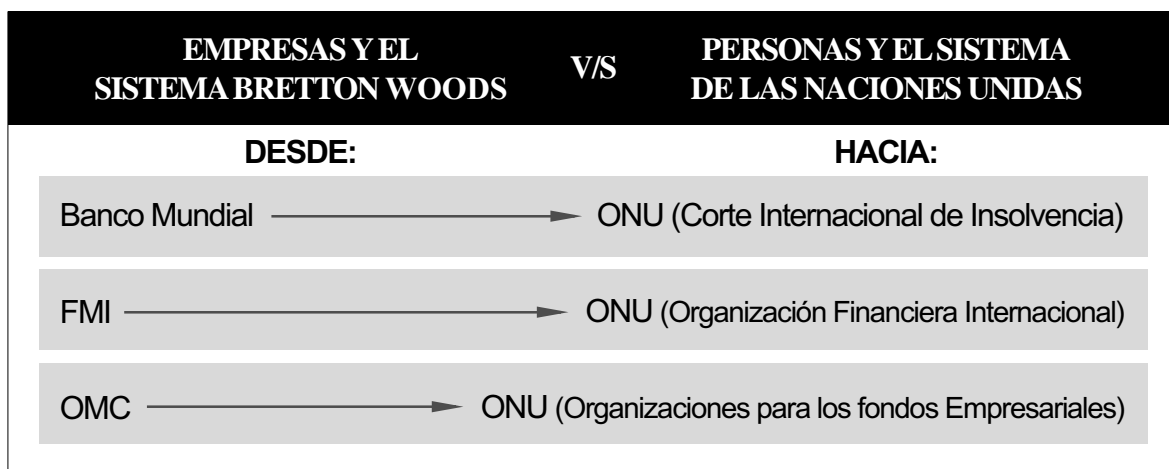
Es necesario salvaguardar el papel de Naciones Unidas y de nuestros propios gobiernos, y crear un marco político e institucional para un nuevo sistema planetario enraizado localmente, globalmente cooperativo, justo y sustentable. Un sistema con economías vivientes compasivas, basadas en los principios del desarrollo auténtico y responsable frente a las necesidades humanas. La magnitud del desafío, en consecuencia, radica en la necesidad de reconstruir un sistema de Naciones Unidas que por décadas ha sido negligente, y desmantelar las instituciones de Bretton Woods. Por ello además de reducir el enorme daño que provocan es necesario crear instituciones con mandatos más apropiados y estructuras que respondan al sistema de ONU.

Algunas recomendaciones específicas al respecto:

- 1) El Banco Mundial ha permitido el incremento del endeudamiento de los países de más bajos ingresos. Enfrentar esto exige crear una Corte de Insolvencia Internacional, dependiente de Naciones Unidas, a través de la cual los países endeudados puedan revertir su situación y obtener ayuda para liberarse de las cadenas de la deuda y de las condiciones del FMI, sin sacrificar su capacidad para proveer de servicios públicos esenciales a su población.
- 2) El FMI ha obligado a los países a liberalizar el control del flujo monetario y de bienes a través de las fronteras, generando un masivo desequilibrio comercial, endeudamiento internacional, explotación e inestabilidad financiera. Es tiempo de sustituirlo por una Organización Financiera Internacional de las Naciones Unidas responsable de:
 - Monitorear el balance de las cuentas comerciales y las cuentas nacionales, facilitando la negociación de acuerdos que corrijan los desequilibrios persistentes entre importaciones y exportaciones.
 - Ayudar a los gobiernos nacionales a establecer controles de capital para consolidar la generación de empleo interno, la inversión nacional, la capacidad técnica nacional y desincentivar la especulación financiera.
 - Iniciar una acción internacional coordinada para prevenir el lavado de dinero de bancos transnacionales y controlar la evasión fiscal por parte de individuos y de empresas transnacionales a través del uso de paraísos fiscales.

Figura N° 9

¿Un Mundo o Dos? Reestructurando el Gobierno Global



Fuente: Korten, D. 7 de mayo, 2002. *The Positive Future Network*

- 3) La OMC ha establecido regímenes regulatorios para gobiernos nacionales y locales, y les impide regular directamente a las empresas transnacionales, al comercio y al sistema financiero en base a criterios de interés público. Es necesario sustituir a la OMC por una organización de ONU para la Responsabilidad Empresarial, la cual facilitaría:
 - Iniciar acciones anticompetitivas internacionales para romper los monopolios globales del poder empresarial, en especial de las actividades bancarias, los medios de comunicación y del sector agroindustrial.

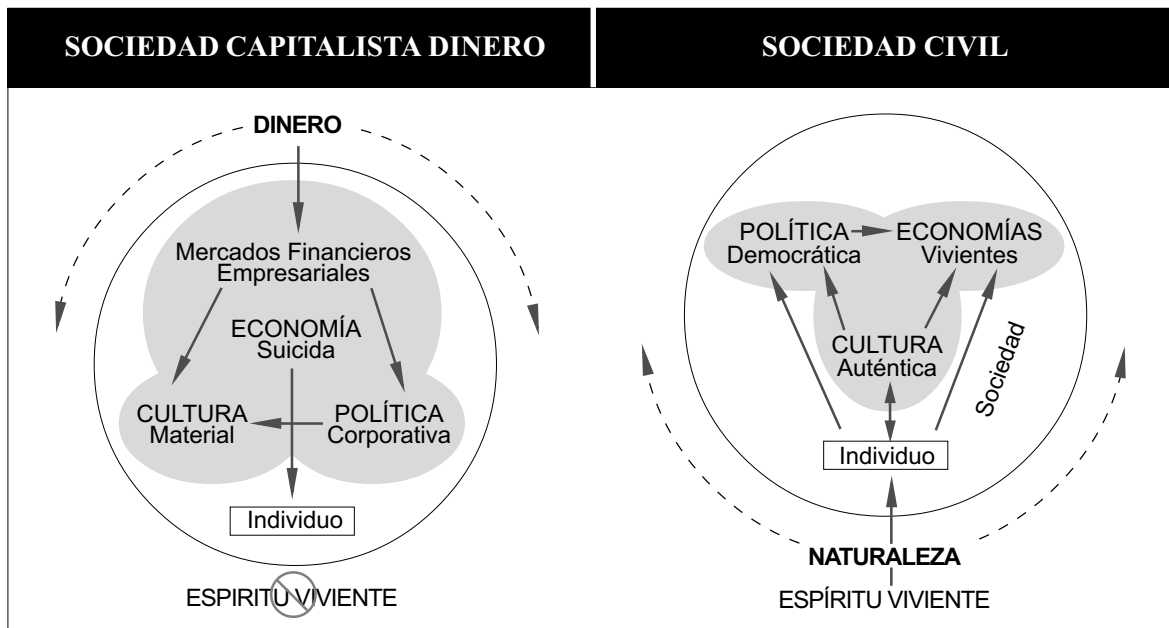
- Establecer procedimientos de control de las empresas transnacionales con severos castigos para el comportamiento criminal.
- Dar accesibilidad a personas perjudicadas por las empresas transnacionales y sus subsidiarias para emprender acciones legales, y ser compensadas por la compañía matriz.
- El establecimiento y ratificación de un código de conducta obligatorio que incluya a todas las empresas con operaciones en más de un país, e incorpore además, la estricta prohibición a las empresas para participar en política.

Constantemente, la OMC ha dado prioridad al comercio por sobre el empleo, la salud, la seguridad alimentaria y los estándares ambientales. Debemos ser claros en afirmar que el comercio es un medio y no un fin en sí mismo. La responsabilidad sobre asuntos laborales, seguridad alimentaria, salud humana, protección ambiental y otros requisitos para el bienestar humano y del planeta no descansa en la OMC ni en los abogados comerciales, sino en las agencias especializadas de ONU, como son la OMS (Organización Mundial de la Salud); OIT (Organización Internacional del Trabajo); la FAO (Organización para la Agricultura y la Alimentación), y el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA). Los mandatos y capacidades de estas agencias para relacionarse y lidiar con asuntos derivados del comercio deberían ser siempre clarificados y orientados desde la perspectiva de los intereses de la humanidad y por sobre los intereses empresariales.

Contraste entre una sociedad capitalista y una sociedad civil por la vida

En la sociedad capitalista la economía es el sector dominante. El poder y los valores transitan desde el dinero hacia a las instituciones económicas, las que transforman a las instituciones gubernamentales y a la cultura misma en agentes que alinean y acomodan las reglas de la sociedad -sus valores y símbolos- con los intereses económicos. La clave del poder del capitalismo sobre la sociedad, es su habilidad para mantener una cultura materialista que niega el espíritu y refuerza permanentemente la idea de que la tendencia de la humanidad a la avaricia, la competencia y la violencia, es superior a su capacidad de compartir, cooperar y amar. La dependencia del capitalismo de una cultura inauténtica y sin arraigo es también su mayor vulnerabilidad, puesto que en ella se proyecta una imagen diametralmente contraria a las creencias y sentimientos de la mayoría de las personas que habitan en el planeta.

Figura N° 10
Priorizar el Dinero o Priorizar la Vida



Fuente: Korten, D. 7 de mayo, 2002. The Positive Future Network. Inspirado en NicanorPerlas. Shaping Globalization.

En la sociedad civil, la esfera cultural domina la vida pública. Esto, producto de una dinámica comunitaria que se basa en la libertad de personas culturalmente conscientes, cuya identidad se apoya en un profundo sentido de la unidad cultural y espiritual de todo lo viviente. Una verdadera cultura, por ello, es auténticamente sustentadora de la vida. Sus valores, símbolos y creencias son la base sobre la cual los miembros de la sociedad civil crean y formalizan las instituciones políticas (de gobierno) y económicas.

Los valores que sustentan la vida en las culturas auténticas también ayudan a crear verdaderas políticas democráticas, basadas en compromisos profundos de participación abierta, activa y equitativa, tanto en el discurso político como en la toma de decisiones. Además, generan naturalmente reales economías de mercado, integradas por empresas locales que proveen sistemas de vida equitativos y productivos. También permiten a cada individuo, compartir tanto la propiedad como las ganancias de los productos de los que depende su sistema de vida. Esto posibilita a la sociedad ser completamente auto organizada y eminentemente cooperativa, es decir, similar a como funcionan todos los sistemas de seres vivos. Eso también maximiza las oportunidades para que cada individuo desarrolle y exprese su potencial creativo al servicio de la vida y del conjunto de la sociedad. El poder y los valores que definen a la sociedad civil fluyen desde el espíritu vivo de las personas hacia la cultura y, por ende, hacia las instituciones.

El despertar global de una nueva conciencia cultural, planetaria y espiritual es el fundamento para un Movimiento de Democracia Viviente y también, la esperanza de que una transformación fundamental en favor de la vida es un sueño alcanzable.

Globalización y Sustentabilidad: DESAFIOS Y PRIORIDADES PARA LA SOCIEDAD CIVIL

Sara Larraín

Programa Chile Sustentable

Chile

Los acontecimientos del 11 de septiembre pasado representan, para la sociedad civil un punto de quiebre en la gobernabilidad mundial, y la expresión de tensiones persistentemente presentes en las negociaciones para seguir consolidando el actual modelo de globalización.

Hoy día, las sociedades a nivel mundial enfrentan dos tendencias de estructuración política, social y económica: la consolidación hegemónica de la actual globalización económica neoliberal, o un cambio en el rumbo hacia diversas modalidades económicas, políticas y sociales enfocadas hacia la sustentabilidad. Ambas tendencias también implican el desarrollo y consolidación de diferentes paradigmas económicos y culturales.

El objetivo de esta presentación es compartir los diversos análisis y perspectivas que existen sobre estas tendencias; sobre los nuevos elementos que aportan los acontecimientos del 11 de septiembre y también sobre cuáles son las alternativas que visualizamos hacia adelante.

Desde mi perspectiva, los hechos ocurridos el 11 de septiembre en Nueva York son sólo una expresión más de la crisis de gobernabilidad que sufre la globalización. Solo que más dramáticamente expresada, e incluyendo complejos elementos de confrontación política, ideológica, cultural y religiosa.

¿Por qué existe una crisis de gobernabilidad de la globalización?

Porque es claro, que las actuales negociaciones que hacen posible continuar implementando la globalización neoliberal son cada vez más inaceptables para la sociedad civil. Desde Seattle se ha evidenciado públicamente que para seguir negociando las condiciones de esta impopular globalización, los gobiernos han debido recurrir a la policía o al resguardo de los militares para ocultarse y resguardarse del control ciudadano. Este mecanismo de toma de decisiones antidemocráticas, que históricamente ha acontecido durante las dictaduras en América Latina y el mundo, y que hoy ocurre en el marco de las negociaciones del ALCA y de la OMC entre otros, nos lleva a asociar claramente los fenómenos de la globalización y los sistemas antidemocráticos.

Los acontecimientos del 11 también muestran que los intentos de hegemonía mundial de este modelo de globalización económico, político y cultural, es rechazado estructuralmente y frontalmente y en forma pacífica por muchos sectores de la sociedad planetaria, entre ellos intelectuales, religiosos, sindicatos, ecologistas y pueblos indígenas que sustentan una cultura, religión, ideología y proyecto socio-político distinto con un claro énfasis en el bien común.

En este contexto, es grave, que los autores del atentado de Nueva York, provenientes del mundo árabe y del Islam, sean ciegamente sólo descalificados como integristas y terroristas, no dejando espacio para que la sociedad mundial pueda analizar y enfrentar más adecuadamente dicha situación y revertir las causas que la provocan.

Los hechos del 11 también son la punta del iceberg de un creciente malestar ciudadano por los impactos de la globalización económica. Incluso se han sumado a este malestar algunos gobiernos que enfrentan serias crisis económicas y peores crisis de gobernabilidad.

Existen señales evidentes a nivel mundial de un cuestionamiento masivo al tipo de reglas económicas y políticas impuestas por el actual proyecto de globalización. Si no se revierten los contenidos y las

formas de negociación de este proceso, nos acercaremos cada vez más a contextos políticos de mayor desencuentro y tensión entre las expectativas ciudadanas y las decisiones gubernamentales, y por ello dichas medidas deberán ser impuestas con estrategias cada vez menos democráticas y más militarizadas. Obviamente esta imposición autoritaria de condiciones económicas, sociales y políticas no se puede sustentar por mucho tiempo, por las consecuencias que generan para la supervivencia y bienestar de muchas comunidades de la sociedad global. Hoy ya enfrentamos persistentes manifestaciones de insustentabilidad política, ante las cuales la represión policial o militar no constituye una respuesta ni adecuada, ni eficiente.

Globalización y Sustentabilidad

Desde mi perspectiva después del 11 de septiembre de 2001, existe una responsabilidad nueva, y también claras oportunidades para mostrar las contradicciones entre las urgentes necesidades de la sociedad planetaria y las condiciones de vida o más bien de sobrevivencia que está imponiendo la globalización.

La implementación del actual modelo de globalización se ha realizado bajo el argumento de que para lograr el desarrollo se requiere lograr crecimiento económico. Y esta búsqueda del crecimiento económico ha sido la excusa para el diseño de las políticas macroeconómicas, de los programas de ajuste estructural, de las negociaciones sobre regímenes de libre comercio, y liberalización de las inversiones y las finanzas.

El crecimiento económico ciertamente ha llegado para el mundo desarrollado, y por algunos años para algunos países “en transición” como el nuestro, pero no suficientemente para la mayoría de las naciones. Contradictoriamente, en este marco de crecimiento macroeconómico, expresado en el PIB, lo que se ha generado a nivel mundial como macro tendencia es: la dificultad para solucionar la pobreza, el grave aumento de la inequidad social y la persistente tendencia de degradación del patrimonio natural de las naciones y la deslegitimación de las democracias.

Para las organizaciones de la sociedad civil, a nivel mundial, y para el movimiento ambiental en particular, esta evaluación negativa de los impactos de la globalización, se ha presentado muy claramente en el proceso de revisión de los acuerdos gubernamentales firmados en la Cumbre de la Tierra, en Río, Brasil en 1992.

La contradicción entre los compromisos de equidad social y sustentabilidad ambiental, contenidos en la Agenda 21 y en las Convenciones firmadas en Río, y los resultados de las políticas de desarrollo centrado en el crecimiento económico son alarmantes. El acuerdo político de la primera Cumbre de la Tierra, en el sentido de reorientar las políticas hacia el desarrollo sustentable ciertamente ha fracasado.

Las mismas cifras del Banco Mundial y del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo corroboran este fracaso. El Informe sobre Desarrollo Mundial 2000/2001 del Banco Mundial ¹ señala que “de un total de 6.000 millones de habitantes, 2.800 millones-casi la mitad-viven con menos de 2 dólares diarios; y 1.200 millones de personas, es decir -una quinta parte de la humanidad-con menos de un dólar al día”.

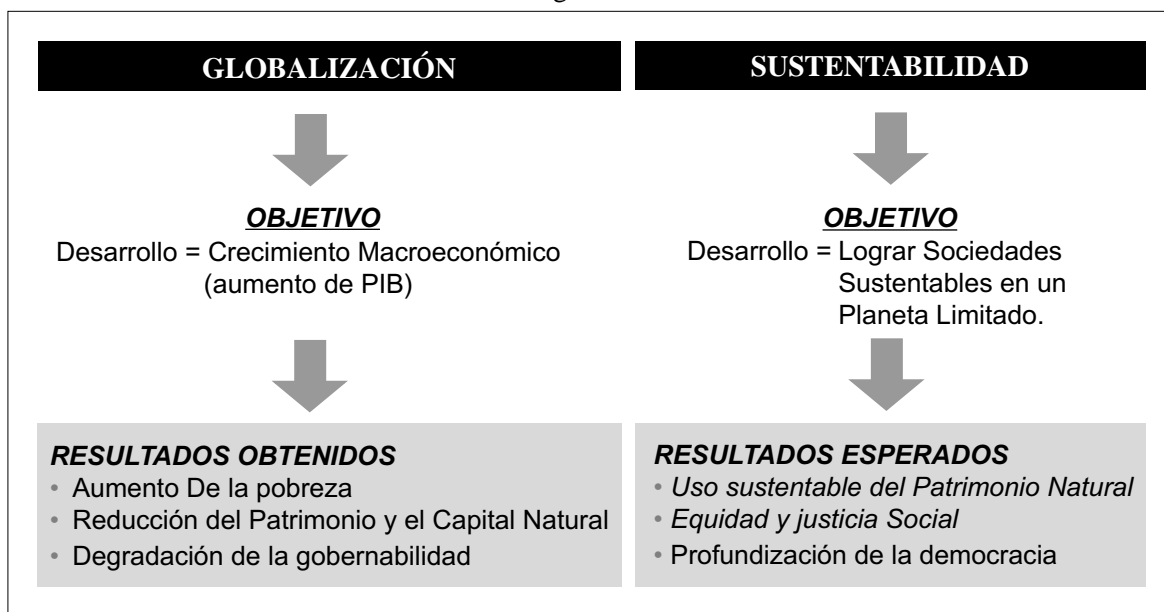
El mismo documento informa que “el ingreso promedio de los 20 países más ricos es 37 veces mayor que el de las 20 economías más pobres”; y reconoce que esta brecha se ha duplicado desde la década de los 60. Diversos informes del sistema de Naciones Unidas también argumentan que el hambre crónica que actualmente afecta a 800 millones de personas no es un problema de falta de producción agrícola o disponibilidad de alimentos; pues la actual producción de alimentos alcanza para alimentar

¹ Banco Mundial, Informe sobre el Desarrollo Mundial 2000/2001: Lucha contra la pobreza

a 12.000 millones de personas, es decir el doble de la actual población mundial. El problema del hambre es resultado de una mala distribución y no de falta de alimento.

Esta inaceptable situación de inequidad tiene también su correlato en la insustentabilidad ambiental que también afecta en forma desigual a las comunidades pobres y a los países en desarrollo. Problemas como la contaminación del aire, las enfermedades transmitidas por el agua, la exposición a productos químicos tóxicos y la degradación de los recursos naturales afecta más gravemente a los países pobres. Se calcula que los costos de la degradación ambiental para muchos países en desarrollo significa entre 4% y 8% del producto interno bruto anual,² lo que agregado a los problemas de la deuda externa, condena a dichos países a un espiral de empobrecimiento casi irreversible.

Figura N° 1



En el proceso de evaluación de los acuerdos de Río se ha constatado claramente, que la continuidad de la agenda económica impulsada por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional después de 1992, junto al incumplimiento de los compromisos de la cooperación internacional, y los nuevos regímenes de comercio establecidos en el marco y de la Organización Mundial de Comercio, han intensificado la destrucción ambiental, la inequidad social y todos los demás problemas del desarrollo ya denunciados en Río; y peor aún, han obstaculizado persistentemente la implementación de la sustentabilidad.

Por ello, hoy día podemos decir muy claramente que el régimen económico establecido por el Fondo Monetario Internacional, y aquellos acordados por la OMC a partir de Marrakech destruyeron la Agenda de Río, al poner el ambiente y los derechos humanos económicos, sociales, políticos y culturales en el marco de la competencia económica. Entregando además, al sector empresarial, un acceso incondicional a los recursos del planeta. Por ello para avanzar hacia el desarrollo sustentable es necesario cambiar estructuralmente las reglas económicas establecidas por el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial de Comercio.

Los acuerdos de Río fueron producto de 20 años de persistente presión ciudadana sobre los gobiernos. Reconocemos ese logro y el valor de dichos acuerdos como guía para implementar el desarrollo

² Banco Mundial, *Making Sustainable Communities Estrategia Ambiental para el Banco Mundial, 2000.*

sustentable. Durante el proceso de preparación de la Cumbre sobre Desarrollo Sustentable, llamada la segunda Cumbre de la Tierra, a realizarse en Johannesburgo en 2002, insistimos en la necesidad de que los compromisos de equidad social, sustentabilidad ambiental y participación democrática establecidos en Río sean concretados en realidad. Pero también llamamos la atención sobre la falta de visión de la comunidad internacional, en relación al marco económico propuesto en la Agenda 21 como vehículo para la implementación de la sustentabilidad; y también su ingenuidad de no asegurar, a través de reglas vinculantes, la concreción de los compromisos para financiar el desarrollo sustentable.

La sociedad planetaria y especialmente la sociedad civil esta frente al desafío de revertir el actual estilo de globalización y promover los cambios económicos, políticos y culturales necesarios para avanzar hacia la sustentabilidad de las sociedades humanas y del planeta que los alberga.

DESAFÍOS PARA EL DESARROLLO DE SOCIEDADES SUSTENTABLES EN UN PLANETA LIMITADO

Los desafíos estructurales para la sustentabilidad, que enfrenta la especie humana en tiempos de la actual globalización económica, son principalmente tres, desde mi perspectiva: dar sustentabilidad a la especie humana en este planeta, dar sustentabilidad a las sociedades humanas y dar gobernabilidad a las sociedades humanas en un sistema planetario limitado.

1.- La sustentabilidad a la especie humana

El primer desafío común que enfrentamos es posibilitar la sobrevivencia de nuestra especie, la especie humana, dentro de los límites bio-físicos del planeta. Este desafío corresponde a nuestra formulación del problema desde la perspectiva antropocéntrica; e implica ubicar a las sociedades humanas dentro de un sistema mayor que sustenta su vida en el sistema planetario.

Las características de este sistema en que estamos inmersos son: un planeta limitado y recursos finitos, estructurado en sistemas físicos y biológicos conectados entre sí y destruibles. Entonces el desafío que enfrentamos si queremos sobrevivir como especie, es aprender a vivir dentro de los límites y características del sistema que nos alberga. Esta evidente realidad debe ser el dato fundamental para nuestros sistemas económicos, tecnológicos, sociales y políticos. Esto por cierto no cierra la posibilidad de buscar la ampliación de las potencialidades del planeta, y crear sistemas posibles a partir del uso sustentable de dichas potencialidades planetarias.

Este desafío es crucial para la especie humana, ya que debe legar un planeta sano y un sistema de conocimiento adecuado de éste a las futuras generaciones, para posibilitar su subsistencia.

2.- Dar sustentabilidad de las sociedades humanas

El segundo desafío que enfrentamos, es darle sustentabilidad a las sociedades humanas, lo que implica no solamente conservar la diversidad de razas, conocimientos, formas de organización y culturas de cada una de ellas; sino también asegurar condiciones comunes que permitan el ejercicio de los derechos humanos básicos, los derechos económicos, culturales, sociales y políticos, para la satisfacción de las necesidades humanas y en un marco de derechos per cápita o derechos igualitarios.

La persistencia de la pobreza y el agravamiento de la inequidad, son uno de los mayores indicadores de insustentabilidad socioeconómica y política en las sociedades actuales, por ello la superación de la pobreza figura como el principal desafío para la Cumbre de Desarrollo Sustentable a realizarse en Johannesburgo en 2002. Debemos reconocer que la generación de pobreza ha continuado bajo la implementación de los modelos de desarrollo económico centrados en el mercado y en el crecimiento económico; y peor aún, las cifras de inequidad social se han agravado en la última década, fruto de la lógica concentradora de ese mismo modelo.

La sustentabilidad de las sociedades humanas, requiere enfrentar *los desafíos distributivos para el logro de la equidad* entre las personas, tanto al interior de las naciones como entre las sociedades del Norte y las del Sur. Pero estos desafíos distributivos requieren establecerse sobre nuevos parámetros que superen los actuales mínimos sociales establecidos en indicadores como la línea de pobreza, en las políticas sociales convencionales; pues estas que aceptan la persistencia de un ejercicio de los derechos humanos limitados al derecho a la subsistencia física. Las políticas para la implementación de la sustentabilidad deben incluir el desarrollo y aplicación de indicadores de satisfacción de necesidades humanas ampliadas para una vida digna, asociadas al bienestar socio-económico, la inclusión social y la participación democrática.

Asimismo, los desafíos distributivos requieren una reducción del sobreconsumo del llamado Norte global, constituido por las elites económicas del Sur, y de las sociedades del Norte. Esta reducción es necesaria con el objetivo de posibilitar el bienestar tanto del Norte como del Sur en el contexto de un planeta limitado. Es necesario iniciar una convergencia distributiva de los recursos naturales y los servicios ambientales disponibles, en base a dos criterios: a) cuánto es suficiente para una vida digna, y (b) el reconocimiento de derechos iguales per cápita. Este tema es de enorme relevancia en las negociaciones políticas a nivel nacional e internacional, ya que por ejemplo, en parte importante de las convenciones, tales como la de Cambio Climático, se está negociando en base a derechos históricos de emisión de los países, y no en base a derechos igualitarios per cápita.

No hay posibilidad de justicia sin sustentabilidad

La especie humana consume actualmente más de lo que el planeta puede generar. La clase consumista de los países del Norte y del Sur ha creado un tipo de consumo que no se puede reproducir. No se puede construir la equidad sobre la base de los patrones de producción y consumo de los países del Norte y de las elites del Sur. El espacio ambiental del planeta es finito y los estilos de vida, producción y consumo de esos sectores son insustentables, no reproducibles y deben ser rediseñados en base a esta realidad.

El estilo de vida y "bienestar norteamericano" no puede ser masificado, pues para ello requeriríamos los recursos de dos planetas más. Tal como señala David Korten, necesitamos establecer estilos de bienestar posibles de ser universalizados.

Reconocemos la igualdad de derechos de todos los seres humanos para acceder a la atmósfera, la tierra y el agua. La redistribución de los derechos ambientales requiere que las sociedades del Norte y los ricos del Sur bajen sus niveles de producción y consumo, para permitir que los habitantes pobres del Sur alcancen el bienestar y desarrollen una vida digna. Avanzar hacia la equidad requiere una contracción y reducción en el consumo de las elites económicas; y tal como señalan muchos activistas y científicos, una desmaterialización del bienestar a nivel global, y una convergencia distributiva orientada hacia derechos ambientales per cápita.

Existe un enorme desafío para pasar desde los derechos históricos que las naciones han tenido sobre recursos planetarios hacia una concepción de ejercicio de derechos humanos per cápita. En el caso de los países del Sur tenemos mucho trabajo que hacer en torno al desarrollo conceptual y la consolidación política de las agendas de sustentabilidad para poder establecer este nuevo posicionamiento.

En este mismo marco, la sustentabilidad requiere terminar con obstáculos evidentes para la equidad y la justicia socioambiental, tales como la deuda externa y la perpetuación de la desigualdad de los actuales términos de intercambio comercial. La justicia socioambiental y la sustentabilidad requiere terminar con la deuda externa, que es un mecanismo que expresa desigual e injustamente la internalización y externalización de costos y pasivos económicos y ambientales entre los países en desarrollo y los países industrializados. Esta situación, ha permitido que se continúe generando una

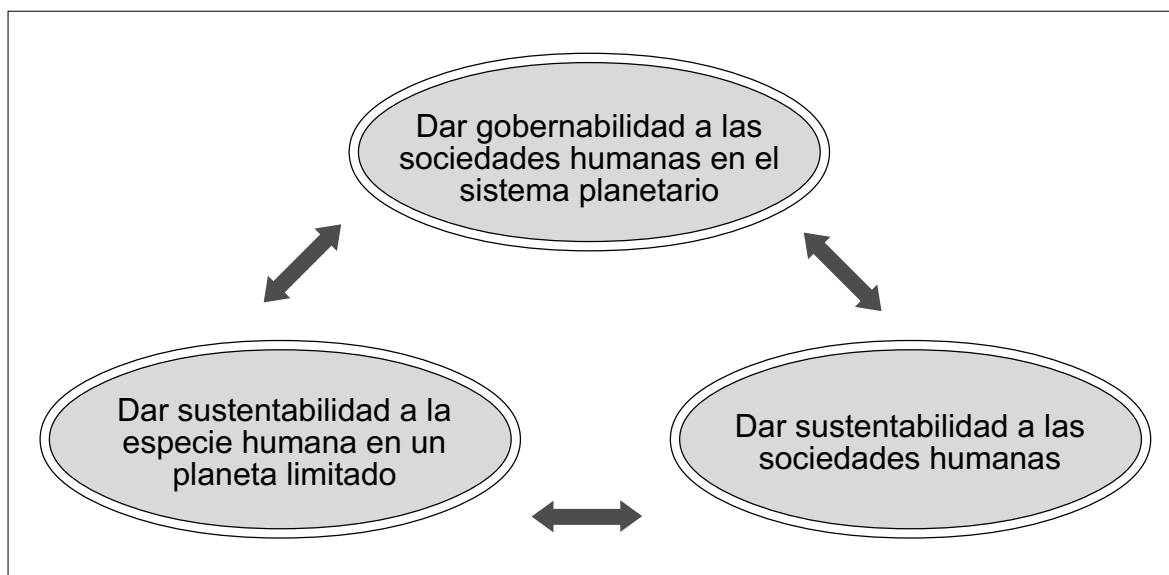
inaceptable deuda ecológica del Norte con el Sur, y simultáneamente ha imposibilitado el pago de niveles absurdos de intereses la deuda financiera desde el Sur hacia acreedores del Norte.

Un tercer nivel dentro de los desafíos distributivos, requiere ubicar las estrategias y las políticas redistributivas en el marco de un planeta limitado, que debe servir a otras especies, y a la especie humana en el futuro. En consecuencia, no se puede repartir la totalidad de lo existente dentro de esos límites, pues la sustentabilidad de las sociedades, y del desarrollo de éstas, requiere asegurar: (a) el uso de los recursos por parte de las demás especies que habitan el planeta, que además de servir a las necesidades humanas constituyen parte integrante de los sistemas planetarios; y (b) satisfacer no sólo las necesidades de las generaciones presentes, sino también las de las generaciones futuras. De esta forma los desafíos de la equidad no pueden basarse en un reparto de la totalidad, ni en la ocupación de toda la capacidad de carga de los ecosistemas planetarios; sino contemplar las necesidades de las demás especies en el presente, y la capacidad de recuperación de los ecosistemas para ser usados por todos los seres vivientes en sus generaciones futuras.

3.- Dar gobernabilidad a las sociedades humanas dentro del sistema planetario

El tercer gran desafío es darle gobernabilidad a las sociedades humanas dentro de este sistema planetario. El tema es ¿quién es el árbitro y bajo qué sistema se negocia la equidad o el acceso a los recursos? La sustentabilidad de los sistemas ambientales, sociales, económicos y políticos, requieren generación de conocimiento, información pública, espacios de decisión democrática y una descentralización de estas decisiones para permitir coherencia y sinergia entre la sociedad y el territorio en el corto, mediano y largo plazo. La democracia participativa es pre-requisito para la sustentabilidad.

Figura N° 2
Desafíos Prioritarios



La sustentabilidad requiere coherencia entre las necesidades humanas y las políticas. La sustentabilidad requiere transitar desde una práctica de democracia representativa hacia una práctica de democracia participativa, porque un enfoque de **sustentabilidad democrática** exige reconocer el derecho de todas las personas a ser actores en la definición de su propio desarrollo. Esto implica avanzar hacia proce-

tos de negociación democrática sobre los proyectos de desarrollo local, regional, nacional e internacional; y por supuesto hacia procesos de negociación democrática sobre las condiciones y reglas de la globalización.

El primer desafío de reconstrucción de las estructuras de gobernabilidad democrática de la globalización es el tema de la descentralización, que no es sólo desconcentrar y distribuir sino también un cambio de escala. No creemos que por ejemplo sea posible la sustentabilidad sólo a través de instituciones de gobernabilidad global, como el sistema de Naciones Unidas. Principalmente, porque es absolutamente fundamental mantener niveles de cercanía entre la toma de decisiones y la consecuencia de esta toma de decisiones. Debemos crear mecanismos en los cuales podamos tener continuas idas y vueltas en los procesos de toma de decisiones para no errar en la dirección.

El segundo tema es la redemocratización de los estados nacionales. Durante el proceso de globalización hemos tenido una grave degradación y pérdida en el ámbito de las funciones de los estados, en particular en lo que toca a su función original, que define el sentido de su existencia, y el sentido de su rol de resguardo del bien común, y de mantener un equilibrio entre los intereses que se expresan en los territorios bajo su jurisdicción.

Producto del proceso de globalización económica, constatamos un cambio en la estructura geopolítica a nivel mundial, la cual hasta los años 50 y 60 estaba estructurada en base a los estados nacionales y las relaciones entre dichos estados. Es en este ámbito que se genera el sistema de Naciones Unidas y la mayoría de las reglas políticas internacionales que conocemos. Pero hoy asistimos a un fenómeno de cambio estructural de la realidad geopolítica, caracterizada por una predominancia del sector empresarial, por sobre el liderazgo político, económico y regulatorio de los estados nacionales. Esto se puede comprobar en las cifras económicas; actualmente de las 100 mayores economías a nivel mundial 52 son empresas transnacionales y sólo 48 son nacionales. Tenemos el caso de la General Motors o de WallMart, cuyo producto interno bruto es mayor que 182 países. Entonces no podemos hablar de la economía, de la política o de estructura social mundial restringida a nuestra visión nacional o restringida al protagonismo de los estados nacionales.

Retroceso de los estados como expresión de la soberanía popular

Hoy día tenemos una nueva geopolítica en el ámbito internacional: tenemos estados corporativos que no responden a objetivos de bien común. También tenemos un quiebre en la esfera de la participación. Esto se expresa en una compleja mezcla de intereses económicos y políticos, que hace que muchas veces podamos incluso señalar que algunos estados, como el caso de Estados Unidos u otros, que son verdaderamente estados corporativos, no representan la soberanía popular sino que representan la soberanía de los intereses corporativos en los negocios de energía, recursos naturales, agricultura, es decir, los intereses del dinero.

En el ámbito global las instituciones de Bretton Woods también se han ido transformando cada vez más en voceras de este conglomerado de estados corporativos que no son los estados tradicionales en el ámbito territorial que nosotros conocemos. Por eso, en un nivel global creemos que el sistema de gobernabilidad mundial pasa por una revisión del sistema de Naciones Unidas y del sistema de Bretton Woods. Es en el marco de las instituciones de Bretton Woods, donde se están tomando las decisiones sobre el desarrollo a nivel nacional y sobre el desarrollo a nivel internacional. No es, ni en los países, ni en el sistema de Naciones Unidas donde se están tomando las decisiones sobre manejo de recursos, sobre inversión, sobre apertura de los mercados, sobre propiedad intelectual, o sobre qué se cultiva y qué se come.

Debemos recuperar y rediseñar el sistema de gobierno nacional y mundial; esto es decidir sobre los actores que deciden sobre el desarrollo, para tener control sobre sus acciones. Una reforma crucial es poner el sistema de Naciones Unidas sobre el sistema de Bretton Woods. Políticamente esto equivaldría a poner los Acuerdos Ambientales Multilaterales por encima de la OMC y condicionar las negociaciones sobre comercio e inversión a dichos acuerdos. Otras regulaciones como las de la Organización Internacional del Trabajo también deberían ser condicionantes para las negociaciones de la Organización Mundial de Comercio. Es decir, existe un enorme cambio a explorar con el fin de poner las regulaciones de Naciones Unidas por sobre los criterios del Banco Mundial, el FMI y la OMC, y con mecanismos legales vinculantes. Estos son pasos que en el corto y en el mediano plazo hay que empezar a dar.

La sustentabilidad requiere poner al ambiente y a la sociedad sobre el mercado

Avanzar hacia sociedades sustentables requiere políticas basadas en la inclusión de razas y culturas; equidad y solidaridad entre las sociedades, pero también cooperación entre los estados. El primer paso para enfrentar este desafío es la reparación ambiental y social. Ello requiere: a) reconocer la deuda ecológica, terminar con la deuda externa y revertir la lógica del desarrollo económico basado en la competencia, el crecimiento económico y la acumulación de riqueza; b) reestablecer los derechos humanos, sociales, laborales, ambientales establecidos en las constituciones nacionales y en el marco de las Naciones Unidas (FAO, UNICEF, UNESCO, PNUMA, OMS, OIT, y los compromisos de la Cumbre de Río, la Cumbre Social, la Cumbre de Beijing, etc; no permitiendo que nuevas Constituciones Económicas establecidas por la Organización Mundial de Comercio-OMC, el NAFTA y el ALCA amenacen el mejoramiento de estos derechos ya consagrados.

Poner el ambiente y la sociedad sobre el mercado también requiere establecer una clara preeminencia de los Acuerdos Ambientales Multilaterales por sobre el régimen de la Organización Mundial de Comercio-OMC y del sistema financiero internacional (Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional). Los regímenes establecidos en el marco de la OMC contradicen los Acuerdos Ambientales Multilaterales-AAM. Actualmente las regulaciones de la OMC están por sobre los AAM, y el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional no están condicionados a respetar los AAM. La sustentabilidad del medio ambiente debe condicionar a la economía. Existen más de 200 AAM para la protección del ambiente, de los ecosistemas y de los sistemas biofísicos que mantienen la vida en el planeta: estos acuerdos deben regular el comercio y el sistema financiero internacional. Implementar la Sustentabilidad requiere cambios radicales en la estructura política y regulatoria de la OMC, el BM y el FMI.

Los desafíos de la sustentabilidad a nivel mundial implican retos socioambientales comunes pero responsabilidades diferenciadas

Implementar el desarrollo sustentable requiere *un nuevo tipo de cooperación entre los estados*, y un nuevo sistema financiero para financiar la sustentabilidad. Actualmente existen en el planeta los recursos y la tecnología necesaria para avanzar hacia la sustentabilidad, pero falta voluntad política de los gobiernos, especialmente los del Norte para comprometer dichos recursos.

En la reunión sobre Financiamiento para el Desarrollo, a ser desarrollada en Monterrey en el mes de marzo del 2002, se deben comprometer los recursos y la cooperación financiera necesaria para solucionar la pobreza, cambiar el sistema energético, desarrollar la agricultura ecológica y sanear los asentamientos humanos.

Adicionalmente deben establecerse nuevos instrumentos económicos funcionales a la internalización de los costos sociales y ambientales, tales como los eco impuestos a los combustibles fósiles y a la agricultura química; y buenos estímulos económicos para incentivar las energías y la producción limpia, la agricultura ecológica, la recuperación de ecosistemas y las economías locales.

Sin embargo, el actual sistema internacional no es suficiente. Naciones Unidas requiere no sólo de transparencia, sino también la participación de la sociedad civil en términos directos. Creemos que, en el entendido de que la democracia es pre-requisito para la sustentabilidad, debe haber un rediseño estructural para la democratización del sistema internacional, y poner como centro de estas reformas una presencia directa de la sociedad civil. Sin transparencia, información y participación no hay gobernabilidad legítima ni duradera. La sustentabilidad política por ello requiere, mecanismos que devuelvan el poder a los ciudadanos y permitan la regulación democrática de los regímenes nacionales e internacionales, para asegurar que estos beneficien a la población.

Los acontecimientos del 11 de septiembre pasado, y cómo se construyó el “consenso internacional” para enfrentar dichos hechos, dan cuenta de la degradación del sistema de gobernabilidad mundial. El sistema internacional no ha expuesto, ni discutido, en forma transparente, las raíces del conflicto que generaron estos hechos; tampoco se ha tomado en cuenta el creciente malestar mundial por las condiciones de la actual globalización. Trabajar y apurar el paso hacia la sustentabilidad es nuestra mayor urgencia y responsabilidad.

DESAFIOS PARA LAS ORGANIZACIONES CIUDADANAS³

Para la sociedad civil y los movimientos ambientalistas, los desafíos ético-políticos para dar sustentabilidad a la especie humana; dar sustentabilidad a las sociedades humanas; y dar gobernabilidad democrática a las sociedades humanas en el sistema planetario implica pasos estratégicos urgentes con el objetivo de fortalecer la visión y la base conceptual de los movimientos ciudadanos; promover la articulación entre las agendas sectoriales y la construcción de una identidad común en base a una agenda integrada de los movimientos sociales; y generar una iniciativa política común como actores de la sustentabilidad.

1- FORTALECER LA VISION Y LA BASE CONCEPTUAL DE LOS MOVIMIENTOS CIUDADANOS.

Para ello se requiere:

- **Transitar desde el enfoque ambiental al enfoque de la sustentabilidad.** El marco de la sustentabilidad aporta una definición ética de la ciudadanía y al mismo tiempo permite superar la fragmentación de las agendas ambientales y la tensión entre las agendas de sustentabilidad del Sur centradas en los objetivos socioeconómicos y las del Norte centradas en objetivos ambientales

El concepto de desarrollo sustentable fue oficializado a nivel gubernamental a partir de la Cumbre de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, donde se establecen acuerdos para enfrentar los desafíos que presenta la finitud de los recursos del planeta y la destrucción de los sistemas que

³ Esta parte ha sido reproducida de la presentación «Rio+10: Desafíos éticos para las organizaciones ciudadanas y los movimientos ambientalistas» presentada por Sara Larrain, en el Simposio Regional sobre Ética y Desarrollo Sustentable. Desarrollado en Bogotá, Colombia 2-4 de mayo de 2002. Y luego publicado en «Ética, Vida y Sustentabilidad», Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente, Colección Pensamiento Latinoamericano, México, julio 2002.

mantienen su estabilidad biofísica, tales como la biodiversidad y el sistema del clima. En Río '92, se establece en la Agenda 21 una agenda de acción política para cada uno de los actores -incluidos la sociedad civil, el estado y el mercado-, para implementar la compatibilidad entre desarrollo y el medioambiente. La Agenda destaca especialmente la participación y acción de los ciudadanos como factor fundamental para la implementación del desarrollo sustentable.

Dos factores, la excesiva sectorialización de lo ambiental en las negociaciones internacionales y la excesiva fragmentación del movimiento ciudadano -especialmente las ONG- en agendas sectoriales, han sido factores adicionales que han dificultado avanzar hacia la sustentabilidad. Las negociaciones para el desarrollo sustentable se han visto limitadas a negociaciones de agendas sectoriales, principalmente de tipo ambiental que han liderado los países industrializados. Las organizaciones no gubernamentales con pocas excepciones han restringido su acción a esos ámbitos, generándose tanto una desconexión con las demandas de los movimientos ciudadanos de base y como una excesiva fragmentación que ha generado su desarticulación y debilitamiento político.

El movimiento ambiental, y el sector ecologista en particular, tiene una enorme responsabilidad y oportunidad para generar y fortalecer nuevas articulaciones ciudadanas. Para ello la definición conceptual e ideológica del movimiento ambiental requiere transitar desde el enfoque ambiental (sectorial) hacia el enfoque de la sustentabilidad.

- **Relevar el potencial ético y político del marco de la sustentabilidad.** Es una base sólida para esta transición. Por un lado el desarrollo sustentable implica una definición ética de la ciudadanía: esto es una opción por la equidad social, por la sustentabilidad ambiental y por la profundización democrática. Ello fortalece el posicionamiento ciudadano por la lógica del bien común como factor de sustentabilidad y gobernabilidad y fundamenta una visión crítica de la lógica neoliberal dominante en las actuales opciones de desarrollo. Y por otro, permite evaluar las propuestas y estrategias de desarrollo desde una perspectiva del bien común; y ello puede generar desde los ciudadanos un condicionamiento del desarrollo a los objetivos de la sustentabilidad, aportando a la construcción de una visión integral y una nueva cultura para avanzar hacia sociedades sustentables.
- **Desacoplar el desarrollo sustentable del crecimiento económico.** Los acuerdos y compromisos de Río fueron fruto de 20 años de difícil pero exitosa presión ciudadana sobre los gobiernos, por ello reconocemos el valor de dichos compromisos para implementar el desarrollo sustentable. Pero al mismo tiempo constatamos que la política económica internacional, las reglas de comercio e inversión y el tipo de institucionalidad global establecida para ello, en la década de los 90, se ha constituido en el principal obstáculo para avanzar hacia la equidad social, la protección del medio ambiente y la participación de los ciudadanos en la definición del desarrollo como lo establece la Agenda de Río.

Los movimientos ciudadanos y las organizaciones ecologistas en particular, tienen la tarea de presentar y visibilizar la trampa en la concepción y definición del desarrollo sustentable generada por los gobiernos a partir de Río 92, la que incluyó al crecimiento económico como condición para la sustentabilidad.

La inclusión del crecimiento económico como factor estructural de la sustentabilidad, y al mismo nivel de las dimensiones sociales (equidad social) y ambientales (sustentabilidad ambiental), ha generado un sesgo economicista del desarrollo sustentable, lo cual se ha utilizado para homologar la sustentabilidad del desarrollo con el crecimiento sostenido del PIB. Ello ha obstaculizado seriamente la compatibilización de los objetivos macroeconómicos y los de bienestar social y

por ende los objetivos de competitividad y mercado con los objetivos sociales de equidad e integración social.

Esta posición que condiciona la sustentabilidad al crecimiento económico sostenido, es absolutamente contradictoria con cualquier concepción de sustentabilidad no solo por la realidad determinante de un planeta limitado, sino porque además este crecimiento económico, en la modalidad económica actual acentúa cada vez más su incompatibilidad con los objetivos sociales y ambientales de la sustentabilidad. Este criterio economicista del desarrollo y las políticas de comercio e inversión implementadas bajo esta visión han obstaculizado la implementación de la sustentabilidad.

Su consecuencia ha sido el continuismo de la lógica economicista del desarrollo, la persistencia de la degradación ambiental, la intensificación de la inequidad social y la emergencia de nuevos problemas de vulnerabilidad y gobernabilidad. Desde la perspectiva de la sociedad civil, esta noción economicista de la sustentabilidad, ha distorsionado tanto los Principios como la Agenda de Río, y también el proceso de Río como oportunidad de recuperación de la lógica del bien común.

2- ALIANZAS, ARTICULACION E IDENTIDAD PARA GENERAR CIUDADANIA

La acción ciudadana en el marco de la sustentabilidad presenta grandes oportunidades para la generación de actores ciudadanos en el logro de cambios globales, pues permite integrar y articular demandas y propuestas en una agenda social, ambiental y política integrada. La agenda de la sustentabilidad no es sólo una agenda sectorial técnica, sino una social y política con componentes técnicos claves.

El marco de la sustentabilidad expresa claramente la necesidad de una transición desde las agendas sectoriales, sociales y ambientales hacia una agenda integral de desarrollo; y al mismo tiempo estimula una mayor articulación entre propuestas intersectoriales a nivel local, regional, nacional e internacional. Esto permite avanzar desde las agendas temáticas aisladas, hacia la constitución de una agenda política común de los movimientos sociales.

El marco de la sustentabilidad por ello es un *factor que potencia la articulación y la construcción de identidad común* entre diversos líderes y movimientos sociales. La agenda común permite compartir estrategias para el logro de objetivos comunes, y ello aporta fortalecimiento y visibilidad de las organizaciones ciudadanas como actores en ejercicio de su ciudadanía.

3- AGENDA COMUN E INICIATIVA POLITICA

Los ciudadanos como fuerza social y política en el escenario de la actual globalización sin duda representan potencialmente el principal actor para actualizar el ejercicio de derechos y las responsabilidades públicas en el marco del bien común.

El debilitamiento de las organizaciones ciudadanas y de las ONGs, en particular como expresión de los intereses públicos y como articulación social para el bien común, ha significado el debilitamiento de las agendas progresistas.

Aunque cada sector de la sociedad civil ha desarrollado sus propuestas programáticas-indígenas, mujeres, ambientalistas, agricultores, etc.- hoy carecen de una articulación programática y de consensos básicos para sus estrategias de acción. Por ello las agendas de acción pública, especialmente de las ONGs, han sido percibidas como políticamente débiles.

La sociedad civil tiene como desafío revalorizar las instituciones que expresan sus derechos colectivos y fortalecerlas. Pero ello requiere una visión de futuro compartida; el desarrollo de una agenda programática común y el diseño de estrategias de implementación que den cuenta del potencial de diversos sectores de la sociedad civil. Desde nuestra perspectiva esto requiere que por sobre los propósitos y la misión particular de cada organización, las ONGs deben ponerse como objetivo construir un proyecto de convivencia social, y de desarrollo nacional y regional en base a criterios de sustentabilidad.

El diseño de propuestas ciudadanas -agendas propositivas- para transitar hacia sociedades sustentables, aclara las coincidencias, articula las alianzas, genera una identidad común de la sociedad civil, junto a una visión y proyecto de futuro. Este paso es fundamental para impulsar a las organizaciones ciudadanas desde la reacción y la demanda hacia la iniciativa política propia.

Existen valiosos y persistentes antecedentes, que permiten ser optimistas sobre el potencial y la legitimidad de las organizaciones ciudadanas para ejercer un rol de liderazgo, y tomar la iniciativa política en la implementación de la sustentabilidad.

Actualmente se destaca reiteradamente, tanto en el nivel local como internacional, que: “los ciudadanos son el único actor que puede asegurar la implementación de la sustentabilidad”, son los mejores garantes del bien común y de la sustentabilidad; y son el único actor capaz de revertir el hecho de que comunidades humanas y el medio ambiente continúen siendo sujetos de externalización de costos sociales y ambientales.

Simultáneamente, existen avances importantes, tanto en el desarrollo conceptual, como en las propuestas ciudadanas que integran las dimensiones ambientales, sociales, económicas y políticas en una agenda integrada; un posicionamiento claro de priorizar a la sociedad y al ambiente por sobre el mercado; la preeminencia del bien común; la precedencia del principio precautorio en las decisiones sobre el ambiente y el desarrollo; y la formulación de escenarios innovadores para la transición hacia el desarrollo sustentable

Sobre la base de este camino ya recorrido, se requiere un esfuerzo de confluencia estratégica de los movimientos sociales en general y de las organizaciones ecologistas en particular para avanzar hacia sociedades sustentables en el difícil escenario de la actual globalización.

Referencias Bibliográficas

- ALOP, Taller la Sociedad Civil y la Integración Hemisférica, Informe Grupo n° 1, Santa Cruz Bolivia, junio 1996.
- Carvalho, Isabel- «Documento Síntesis:Línea de Dignidad», Programa Cono Sur Sustentable, octubre 2000.
- Geo3-Global Environment Outlook escenarios en base a visiones del desarrollo sustentable, PNUMA, 2001.
- Heinrich Böll Foundation-“ The Jo’burg Memo:Fairness in a Fragile World.” Memorando for the World Summit on Sustainable Development, Berlín, april 2002.
- Institute for Policy Studies,»Top 200:The Rise of Corporate Global Power, Washington, USA, 2000.en Does Globalization help the poor? International Forum on Globalization, San Francisco, USA, August, 2001.
- Korten , David “ Globalización y Sustentabilidad: los desafíos después del 11, Programa Chile Sustentable, Santiago Chile, noviembre 2001.
- Larraín 2000“El marco de la sustentabilidad y su potencial ético y político” en Mujer y Sustentabilidad:intercambio y debates entre el movimiento de mujeres y el movimiento ecologista Santiago Chile, Julio 2001.
- Larraín, Sara- Línea de Dignidad, Aportes al Foro Social Mundial 2002, Programa Cono Sur Sustentable, diciembre 2001.
- Larraín,Sara -» Los ciudadanos como garantes de la protección ambiental y el desarrollo sustentable» Seminario Desafíos a la institucionalidad y las políticas ambientales., Cámara de Diputados, Congreso Nacional – Valparaíso, Chile, 1997
- Programa Chile Sustentable-»Agendas regionales de sustentabilidad: Bio-Bio, 1998; Magallanes 1998;Arica y Parinacota, 1999;Atacama,1999; Iquique,1999.
- www.forumsocialmundial.org.br , Conclusiones Conferencia Globalización y Sustentabilidad, Porto Alegre, febrero, 2002.

Globalización y Sustentabilidad: QUIEBRE DE TENDENCIAS Y ESCENARIOS POSIBLES

Gilberto Gallopín¹

División Medio Ambiente y Asentamientos Humanos
CEPAL

La humanidad está viviendo un momento histórico de quiebre de tendencias, aún cuando posiblemente ese quiebre es previo a los ataques del 11 de Septiembre de 2001, fenómeno que exacerbó dicha situación. Sin embargo, quiero destacar el hecho que estamos viviendo un fenómeno inédito que va más allá de la globalización. Es más, hay algunos estudios que señalan la existencia de otras globalizaciones, aunque no tan avanzadas como ésta, como la de la pasada época colonial.

Lo que vivimos hoy es resultado de la presente globalización –que, por cierto, no sólo es económica, sino también cultural y política-, además del aumento de la interdependencia ecológica global con procesos ecológicos que existían, pero que no estaban afectados directamente por procesos globales o por el cambio climático global, pues la escala de actividades humanas era mucho menor. Estas son situaciones que nunca antes sucedieron en la historia de la humanidad.

Algunos aspectos inéditos de la situación actual es que implica factores de cambio mucho más profundos que una mera continuación del estilo del modelo depredador: como el aumento de todas las situaciones de conectividad creciente entre naturaleza y sociedad, la interacción entre diferentes partes del planeta, etc. Por ejemplo, un cambio en las tasas de interés en Wall Street afecta a los agricultores en cualquier lugar del mundo y, junto con esto, aumenta la incertidumbre asociada a los procesos e inercias ecológicas. Es decir, aún si paráramos inmediatamente la emisión de gases de efecto invernadero en el mundo, ya están comprometidos cambios climáticos de gran magnitud que van a seguir desencadenándose por la acumulación generada anteriormente. Estas son incertidumbres intrínsecas que no se eliminan simplemente recolectando más datos.

Figura N° 1

Atributos de la Nueva Situación

- Complejidad
- Conectividad
- Interdependencia Ecológica
- Irreversibilidades
- Incertidumbres Intrínsecas

Desde el punto de vista de la sustentabilidad del desarrollo, evidentemente estamos viviendo en un mundo esquizofrénico. Por un lado, tenemos las proyecciones optimistas del Banco Mundial y de otros organismos que dicen que la economía mundial seguirá creciendo indefinidamente y, por otro, el discurso pronunciado hace diez años en Río de Janeiro, donde más de cien jefes de Estado del mundo dijeron que éste es un sistema insostenible y que hay que cambiarlo. Una de las dos posiciones

¹ *Gilberto Gallopín es asesor regional de la División de Medio Ambiente y Asentamientos Humanos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe – CEPAL.

está equivocada. Este, junto a otros argumentos, dan la razón para sostener que el mundo se encuentra en el umbral de cambios muy profundos.

Existen interesantes análisis que aseguran que la llamada globalización económica representa, en cierto sentido, una respuesta del “capitalismo de organización” -el capitalismo de las grandes empresas privadas y de los gobiernos de los países industriales- ante factores que les estaban produciendo problemas, como el agotamiento de los recursos naturales o de las comunicaciones, que no permitían la agilidad necesaria en la toma de decisiones.

Es importante diferenciar el origen de ese proceso de su destino o de su potencial utilización. Que en su origen sirva intereses de un grupo particular o de particulares, no necesariamente condiciona al proceso de globalización para seguir atado a esa situación. En este contexto, la cuestión es si la globalización debe ser guiada o no, porque muchos de los problemas que existen con la globalización actual no son producto de la globalización en sí como proceso, sino de cómo está siendo conducida actualmente, y de las exclusiones e inclusiones que provoca.

Es posible identificar algunos megaprocursos globales que ya se han hecho evidentes en el ámbito mundial en los últimos años. Son procesos muy significativos que van a influir en el futuro del mundo durante los próximos 20 ó 30 años. Estos son el fin de la guerra fría, la expansión del capitalismo, y una demografía sin precedentes con una concentración de crecimiento en los países pobres y una población envejecida en los países ricos. Este fenómeno, que algunos llaman el “adolescente global”, registró en el año 2000 dos mil millones de personas adolescentes, la mayoría en países en desarrollo. Los jóvenes están cada vez más conectados y comparten, de alguna manera, valores culturales. Pero también se encuentran en una situación compleja, sin posibilidades de trabajo y con problemas de subsistencia, y vulnerables a cualquier estímulo, sea este constructivo o destructivo para la sociedad o el planeta.

Figura N° 2 Megaprocursos Globales

- Fin Guerra Fría, expansión del Capitalismo
- Demografía sin precedentes:
 - Población juvenil en rápido crecimiento en los países pobres
 - Población envejecida dependiente de previsión social en países ricos
 - “Adolescente Global” (2x10 para el 2000)
- Revolución tecnológica
- Degradación ambiental
- Polarización social
- Globalización y transnacionalización

A lo anterior se suman la revolución tecnológica, la degradación ambiental, la polarización social, una brecha cada vez más grande entre ricos y pobres -dentro de los países, incluso en los industrializados-, y una gran diferencia entre los países. La globalización y la transnacionalización, procesos que son fuerzas impulsoras en nuestro análisis, nos permiten pensar que estamos frente a una posibilidad de cambios de tendencia en el futuro global de la humanidad.

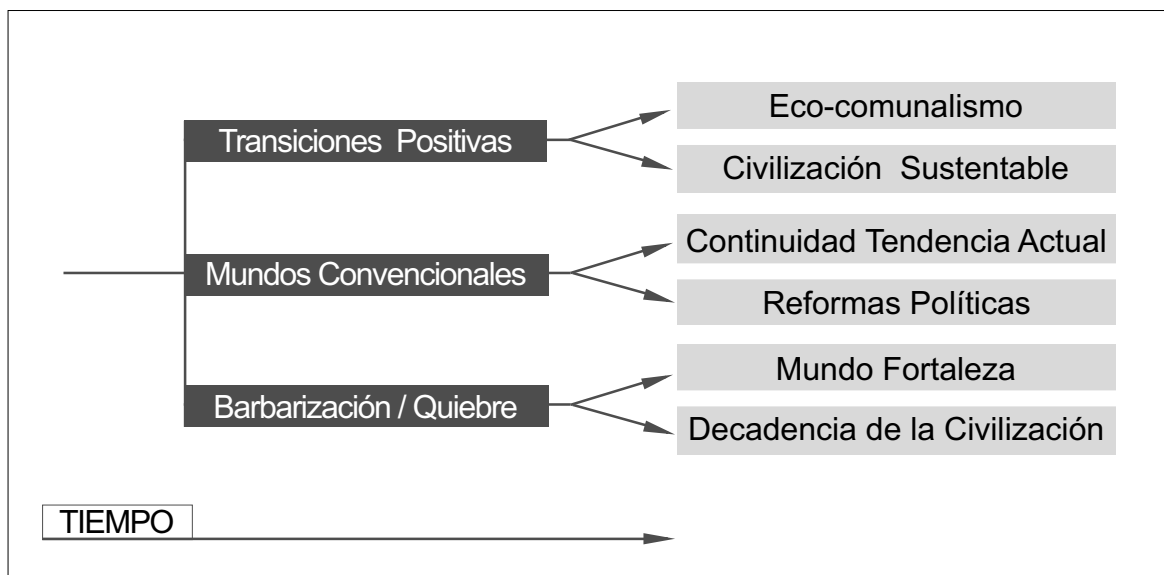
Estamos en lo que llamamos un punto de quiebre de tendencias o de “bifurcaciones del futuro”. El período que vivimos estaría en estado de flujo. Hay muchos cambios que están ocurriendo, pero en una o dos décadas es probable que eso se condense en algún escenario definitivo o, por lo menos, relativamente permanente.

En nuestro análisis identificamos seis escenarios globales posibles en el tiempo, basados en un análisis científico detallado. Un primer grupo de escenarios son los mundos convencionales, es decir escenarios posibles que se derivan de la situación actual, pero con discontinuidades sociales o valóricas, y que representan la continuación del mundo actual. Dentro de ellos está también el escenario que llamamos “de reforma política”, que sería un mundo que cumple las propuestas de la Comisión Brundland sobre “Nuestro Futuro Común”, es decir, un mundo en el cual los valores de consumo material no cambian mucho, pero donde se implementan políticas para apoyar la sustentabilidad.

Existe, además, una posibilidad de caída hacia dos escenarios que llamamos de barbarización. El primero implica un aumento cada vez mayor de problemas tanto ambientales como sociales y una intensificación de las desigualdades para, finalmente, caer en una degradación generalizada de la civilización. Otro escenario de barbarización puede surgir luego que los países ricos se den cuenta del riesgo de caer en dicha degradación y se atrincheren en burbujas de riqueza, lo que llamamos “el mundo fortaleza”. Esta alternativa excluye al resto de la humanidad para garantizar el bienestar y la persistencia del acceso a los recursos naturales del mundo desarrollado, marginando al resto de la humanidad.

También existen escenarios positivos que indican un quiebre de las tendencias actuales en términos valóricos, un paso de los valores predominantes -el consumismo materialista- a valores de otro tipo. En esta dirección tenemos dos escenarios. El primero es el eco-comunalismo, una posibilidad que sólo se percibe luego de haber pasado por alguno de los otros escenarios. El segundo es el del nuevo paradigma de sustentabilidad: una civilización sustentable, pero moderna, que usa la tecnología pero vive en armonía con la naturaleza. Este es un escenario posible que implica un enorme cambio en los valores culturales predominantes.

Figura N° 3
Seis Escenarios Potenciales



Estos escenarios posibles podrían ser reexaminados a la luz de los acontecimientos del 11 de Septiembre. Ese día, el terrorismo fundamentalista escaló en dos aspectos: pasó a operar desde una escala local a una global, porque los movimientos terroristas actuaban principalmente dentro de las fronteras de un país o región. El terrorismo islámico de Al Qaeda, al pasar de operar desde dentro del mundo árabe a otros países -en este caso, Estados Unidos y además, en su centro simbólico- ascendió a una escala global. El otro aspecto fue el salto en la intensificación de la atrocidad contenida en las agresiones.

La reacción a estos ataques terroristas es otro punto importante. Liderada por Estados Unidos y Gran Bretaña, ésta fue esencialmente una represalia militar contra un país; una reacción militar y política a un hecho que uno llamaría, en cierto sentido, policial. Se afirma que el período de crisis va a ser muy largo y que afectará a otros países. Eso es lo que aseguran la administración de Bush y el gobierno británico. Aún es muy temprano para saber qué va a pasar en realidad, pero sí es posible señalar que nos encontramos ante una incertidumbre que, si no se resuelve bien, puede dejar graves secuelas durante muchos años e, incluso, llegar a afectar el destino del mundo.

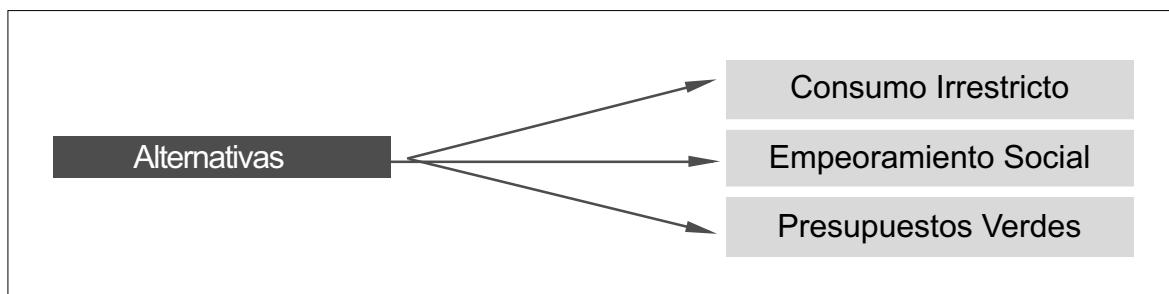
Una posibilidad que se baraja es la disminución de la inseguridad a nivel mundial. Pero si hay nuevos ataques terroristas o si se fabrican argumentos para atacar a otros países -como ya se sugirió contra Irak, para proteger las fuentes de petróleo- fácilmente la guerra se puede extender a todo el mundo islámico. Una guerra del islamismo versus Occidente puede ser larga, sin vencedores ni vencidos, probablemente de baja intensidad, pero con una hostilidad creciente que fácilmente podría llevar a que los países poderosos digan “alto, ahora cerramos la inmigración” o “nosotros controlamos los recursos vitales para el planeta y ponemos las barreras”. El escudo antimisiles ya está listo para ser usado como una prioridad ante la posibilidad de ataques de lo que algunos llaman “países rebeldes”.

La otra reflexión que se puede hacer se relaciona con algunas instituciones que estudian la desigualdad, la pobreza y la desesperanza en los países pobres y que señalan a estos factores como fuente primaria de la hostilidad que existe hacia países como Estados Unidos, los que muestran una arrogancia muy particular. Dichas instituciones también afirman que no hay manera de asegurar la paz mundial sin antes atacar las raíces profundas de la desigualdad y la pobreza con la finalidad de llegar a un mundo menos desequilibrado en ese sentido. Hay países europeos que están repensando o cuestionando en alguna medida esta situación, como también hay muchas naciones del Sur preocupadas por este asunto. Es decir, aún existe la posibilidad de una respuesta de más largo plazo que permita revertir la tendencia de insustentabilidad social y ambiental a nivel mundial.

Por último, y pese a todas estas afirmaciones, lo único claro es que estamos en un punto de quiebre y lo que parece más seguro es que el futuro inmediato será muy diferente del pasado que conocimos. Si estamos en una situación de quiebre y existe una alternativa para una mejor supervivencia, la prioridad es tratar de cambiar la trayectoria.

Sin embargo, es importante enfatizar que no cualquier cosa es posible. Hay límites materiales y energéticos, y existen leyes naturales que no se pueden violar, pero sí hay posibilidades de cambiar de rumbo. A través del empoderamiento social se pueden cambiar las trayectorias y utilizar instrumentos de política, como las “cuentas verdes” o cuentas de patrimonio natural. Lamentablemente, también es posible cambiar inclinándose hacia los escenarios negativos en la medida en que se mantengan las estructuras y comportamientos insostenibles. Es decir, las opciones se enmarcan dentro de los límites dados por las leyes naturales.

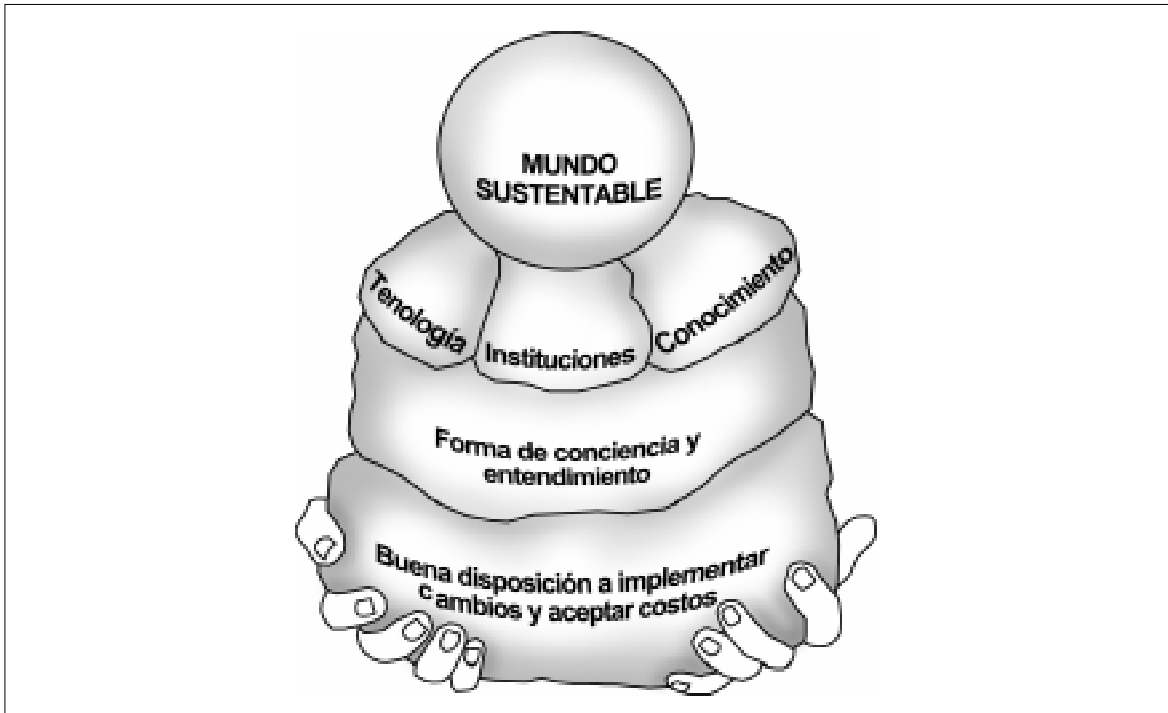
Figura N° 4
Las Personas Pueden Cambiar el Curso de las Cosas



Entonces, surge la siguiente interrogante: ¿La solución es ir en contra de la globalización o reorientarla? Este es el punto donde aún no hay acuerdo general. ¿Es la globalización un proceso inherentemente malo? ¿Hay que detenerlo? ¿Es la globalización una etapa necesaria en la evolución de la especie en el planeta, que está siendo mal usada y desviada, como pasó otras veces con cuestiones importantes para el desarrollo humano?

Aquí hay algo que tiene que ver con la sustentabilidad del planeta. Ésta depende de la inclusión de elementos éticos y de la voluntad tanto política como social de promover los cambios, como también de una comprensión en conciencia de lo que se puede hacer y de lo que no se puede realizar.

Figura N° 4
Las Personas Pueden Cambiar el Curso de las Cosas



En resumen, el desafío básico es ¿qué mundo deseamos, qué mundo queremos entregar a las nuevas generaciones? Tres son los elementos esenciales frente a esta interrogante, y el resto se puede obviar. En primer lugar, se advierte la necesidad de adoptar una nueva definición de riqueza, basada más en la calidad de vida, en la autorrealización, que en el consumo material. En segundo lugar, está la necesidad de cultivar un sentido importante de solidaridad a nivel de la especie humana.

Por último, se requiere el desarrollo de una sabiduría que nos lleve desde el bombardeo de información hacia una comprensión de nosotros mismos y del mundo en que habitamos. Estos son los elementos fundamentales del tipo de cultura que urge desarrollar. Para enfrentar adecuadamente los desafíos de la globalización, y reorientar a la sociedad humana y a la cultura hacia la sustentabilidad.

DEMOCRACIA DELIBERATIVA Y NUEVO ORDEN INTERNACIONAL

Oscar Godoy

Instituto de Ciencias Políticas
Universidad Católica de Chile

Durante varios siglos, en la historia del pensamiento político encontramos la huella de una batalla entre la vida autosuficiente de las comunidades y una teorización acerca de las relaciones entre el hombre y un medio natural, cuya estructura teleológica debía ser respetada y preservada. En ese contexto, curiosamente, la economía era pensada como una economía con límites, una economía acotada a la satisfacción de las necesidades de las cosas humanas. En un subcontexto más preciso, la teoría monetaria de las comunidades antiguas (por ejemplo, la griega del siglo IV A.C.) establecía que el dinero era un bien no natural -en consecuencia, artificial- que servía para conseguir los fines de las cosas humanas y que, por ende, transformar el dinero en un fin era antinatural. Esto obedecía a una concepción filosófica de las cosas naturales, las cosas no naturales y las cosas antinaturales.

El dinero, transformado en un fin, significaba que podía crecer infinitamente. A los antiguos esto les parecía absolutamente irracional, iba más allá de su fin humano. El cristianismo acogió esa teoría y la estableció como doctrina, defendiéndola con gran energía hasta el siglo XIX. Esta doctrina indujo a la Iglesia a definir el interés como usura, porque, según ella, “el dinero no puede producir dinero”. Fue esa máxima, acuñada en la Edad Media, la que indujo a los canonistas de la Iglesia a considerar el interés moralmente inadmisibles. O sea, un pecado.

Esto quiere decir que, alguna vez en el tiempo histórico, el hombre ha pensado que la economía es un instrumento para la vida humana, y la vida humana es parte de la naturaleza. En consecuencia, los planteos de David Korten están, en cierta medida, en línea con esa tradición. Constituyen una perspectiva para ver de un modo diferente y crítico lo que está ocurriendo en el actual sistema económico, poniendo énfasis en sus debilidades. Y concuerdo con Korten en que el punto de partida de cualquier reflexión acerca de este tema es una cierta concepción de la persona humana, dotada de una dignidad intrínseca que muchos proclaman, pero de la cual pocos extraen la consecuencia fundamental: las personas son fuente de demandas legítimas que la comunidad políticamente organizada debe escuchar y, en lo posible, satisfacer.

Este aspecto, que tiene que ver con la dignidad de las personas, es el que más fácilmente se olvida y, a la vez, el más importante de una democracia bien constituida. Porque si las personas son fuente legítima de demandas, es obvio que hoy el sistema político está en déficit con ellas. Esto se percibe fácilmente, porque nuestro sistema democrático es incapaz de procesar las demandas de las personas. La mayor insatisfacción que tenemos respecto del sistema democrático es que los sistemas de intermediación entre las demandas de las personas y la esfera de aquellos que toman las decisiones políticas se ha transformado en una esfera autónoma que se alimenta a sí misma. En efecto, los intermediarios fundamentales, que son los partidos políticos, tienden a aislarse de la sociedad civil, renunciando a sus funciones como intermediarios. En consecuencia, el mayor problema que enfrenta hoy la democracia, nuestras democracias, es esta ruptura entre la sociedad civil y la esfera de gobernancia. Un planteamiento como el de Korten es escasamente debatido en la sociedad civil y duramente recogido en las esferas de gobierno. Eso indica un déficit del sistema democrático, revela una incomunicación entre ambas esferas que, a corto plazo, puede tener efectos desastrosos para nuestro sistema político.

Ahora bien, la reforma institucional que sería necesaria para acoger y abrir espacio a las nuevas propuestas no son reformas del sistema propiamente tal, sino reformas del sistema democrático y del sistema internacional.

En primer lugar, si es verdad que las personas son fuente legítima de demandas, entonces, los ciudadanos, que son las personas dotadas de poder político, deben ser más empoderados de lo que están hoy. Es decir, deben disponer de más poder del que actualmente detentan para poner en acción una democracia deliberativa. Por ejemplo, en Chile no existe ningún poder para designar los candidatos a parlamentarios, una función que asumen las oligarquías. En definitiva, es una minoría la que decide quiénes van a ser elegidos. En consecuencia, si el sistema electoral permite designar a alguien antes de las elecciones, éstas no son sino la gran dramatización de un proceso de fraude.

En segundo lugar, es necesario que las estructuras de gobierno sean transparentes. No es posible que por causa de la opacidad de las estructuras gubernamentales, el ciudadano no pueda controlar la gestión de aquellos que lo representan.

En tercer lugar, es imprescindible que el sistema representativo cambie, a partir de una reforma de los partidos políticos. Estos deben incluir dentro de sus estructuras la democracia interna, junto con transformarse en elementos vinculados a la sociedad civil para servir de verdaderos intermediarios entre las personas y el poder político.

Hoy existe una dramática distancia entre los partidos políticos y la sociedad civil, no hay diálogo entre sus actores. Si se revisan las agendas de los partidos en los últimos años, apenas descubrimos algunas pocas iniciativas de personas relativamente ilustradas, interesadas y preocupadas por lo que está ocurriendo en el ámbito político. Por último, si queremos en Chile un sistema político más democrático no se puede sostener un régimen ultra presidencial con un parlamento extremadamente débil, sin facultad de control, con una capacidad de legislación reducida y dependiente del Ejecutivo.

Estas reformas institucionales hacen falta. Los candidatos a cualquier cargo político se han transformado en unidades homogéneas que excitan el deseo de consumo e intentan construir un reflejo condicionado en la ciudadanía que dice “elige a fulanita de tal”. Eso refleja de modo patente la situación de nuestra democracia: no hay debate ni deliberación pública.

Respecto del sistema internacional, si el capitalismo busca maximizar sus beneficios, que es un beneficio de corto plazo y con efectos depredatorios, se hace necesario que el Estado establezca marcos regulatorios. Esto significa que necesitamos alguna macro racionalidad que imponga un orden. Por eso, la propuesta básica es que todo lo que se haga en democracia debe ser a partir de la paz y el entendimiento entre las personas y las sociedades civiles, basados fundamentalmente en el consentimiento y en los consensos. Obviamente, dentro de estos márgenes está presente el tema de la coerción a escala internacional.

A nivel mundial, debemos considerar que si la paz no existe, ningún sistema económico puede funcionar. En la actualidad, el sistema internacional a cargo de la paz es el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, órgano compuesto por 15 países, cuatro de los cuales tienen derecho a veto. O sea, una oligarquía monopoliza las decisiones mundiales en esa esfera.

Por otro lado, Naciones Unidas carece de jurisdicción, no tiene imperio sobre los Estados. Está constituida por los gobiernos de los Estados miembros, no por las sociedades civiles, y no dispone de un poder coercitivo. En consecuencia, como señala Korten, cualquier propuesta para pensar una “Economía Viviente”, que se plantee los grandes desafíos que tiene la especie en su conjunto -desafíos de edades, de largo plazo y no del tiempo político, de los políticos, de los gobiernos, de las empresas y las corporaciones-, requiere crear un sistema internacional completamente nuevo. No es la reforma de Naciones Unidas lo que va a mejorar la situación, sino su refundación.

GLOBALIZACIÓN Y LA CRISIS DE SUSTENTABILIDAD

Jacques Chonchol

Director del Doctorado en Estudios de la Sociedad Latinoamericana
Universidad Arcis
Chile

La globalización corporativa actual es la fase final de una era imperialista basada en la dominación y explotación de la mayoría de los seres humanos por una minoría a la que no le importa establecer instituciones suicidas del hombre y de la naturaleza, si eso le permite concentrar un determinado capital que busca aumentar cada día más. Condicionados para pensar en términos de dinero como riqueza esencial, vivimos en la ilusión de que mientras más crezca la economía más ricos seremos como humanidad, cuando la realidad es que en muchos aspectos de la vida somos cada vez más pobres.

De esta manera, gran parte de las llamadas **inversiones para el desarrollo** (represas, minas, grandes proyectos agrícolas, plantaciones forestales, industrias, condominios, centros turísticos, etc.) están orientadas a desplazar y marginar a los pobres de donde viven y obtienen los medios para su supervivencia con el único propósito de hacer más ricos a los que ya son extraordinariamente ricos.

Además, como la especulación es mucho más rentable que la producción, muchos de los dueños del capital destinan sus recursos y utilidades más a la especulación en los mercados de tierras, inmobiliarios o financieros, que a incrementar la producción real. Lo que buscan los globalizadores corporativos, a través de los programas de ajuste estructural impuestos mediante la acción del FMI y del Banco Mundial o a través de las regulaciones de la OMC, es sobrepasar las resistencias de los Estados y de las instituciones democráticas para cambiar las reglas del juego de los países. Buscan el beneficio de los mercados financieros mundiales sin consideración alguna de otros intereses humanos o de la naturaleza.

El resultado de todo esto es la división profunda del mundo entre un **Norte** formado por aquellos que controlan el capital y un Sur constituido por quienes viven de su trabajo o no disponen de casi ningún medio de vida. El resultado es también un abismo cada vez mayor entre los que tienen y los que no tienen, incluyendo entre estos últimos muchas poblaciones del Norte geográfico, y entre los primeros unos pocos poderosos del Sur.

En este mundo así globalizado, desde el comienzo de su gobierno, George Bush, elegido Presidente de Estados Unidos mediante un golpe de Estado sin sangre, a través de la intimidación, el fraude electoral, la corrupción judicial y el apoyo de las grandes corporaciones, pretende desarrollar una política a favor de quienes financiaron su campaña electoral. Esta política se lleva a cabo con la eliminación de los impuestos a los más ricos, aumentando los gastos militares e iniciando la militarización del espacio, con el debilitamiento de las regulaciones que limitan a las grandes corporaciones, incrementando los subsidios a estas corporaciones, promocionando una política energética en provecho de las grandes compañías petroleras, debilitando las regulaciones ambientales y avanzando en procesos de integración comercial que sólo benefician a las grandes corporaciones.

En este contexto se produce el atentado terrorista del 11 de Septiembre, que le ha dado un nuevo impulso a las políticas de Bush. Entonces surgen las interrogantes: ¿Quién es más terrorista? ¿Una red de fanáticos fundamentalistas distribuidos por el mundo o unos pocos miles de políticos extremistas concentrados en Washington D.C.? Según lo vemos en los medios de comunicación, diversas interpretaciones están surgiendo sobre la sociedad que existirá después de estos atentados.

Para algunos, los próximos decenios serán reaccionarios. Las democracias asustadas de los países ricos se refugiarán al abrigo de la autoridad, del orden, de las jerarquías. Las fronteras se cerrarán, las obligaciones de visas serán reestablecidas, los refugiados e inmigrantes serán rechazados, los encuentros mundiales de la juventud que protesta contra la globalización se harán más difíciles, la voluntad de cambio y de reforma retrocederán. Mil millones de pobres musulmanes serán considerados parias de la humanidad. El futuro no será pensado por los soñadores y los pensadores, sino por los generales y almirantes. Toda reforma radical será considerada aliada del terrorismo. Hace pocos días, el Presidente Bush firmó un decreto que permite juzgar frente a un tribunal militar especial a las personas acusadas de terrorismo en lugar del fuero civil.

Para otros, en cambio, **la rebelión contra los dueños del mundo ha comenzado**. Después de la desaparición del antiguo equilibrio de la guerra fría, la superpotencia única, Estados Unidos, ha olvidado todas las barreras que le aconsejaban prudencia. Su conducta se degradó considerablemente. La violación de los acuerdos ambientales, como el cambio climático; el desprecio por los organismos internacionales, y el imperio global que afecta hasta la política interna de los países periféricos muestran que los triunfadores de la guerra han ido perdiendo el sentido de la medida.

¿Cómo podían imaginar que empujando a toda la humanidad al ghetto de la desindustrialización, del neocolonialismo, podrían mantenerse eternamente al abrigo en un oasis artificial de prosperidad?

La victoria de Estados Unidos en la guerra fría fue acompañada por un cambio brutal en el clima moral: se pasó de la filosofía del progreso a la de la selección natural, de un proyecto de futuro común para la humanidad a la salvación de una elite, de la unidad social democrática a una nueva segregación. Y las elites locales globalizadas adoptaron un comportamiento egoísta. Convencidas de que los frutos del progreso no alcanzarán para todos, disociaron su destino del de sus pueblos y se juntaron con el vencedor convirtiéndose en sus protegidos y en sus representantes encargados de las misiones locales. La globalización ha significado que las elites escaparon a los sistemas de control y al consenso nacional para colocarse al servicio del vencedor universal.

Los que condenaron la periferia a condiciones inaceptables no deben extrañarse, entonces, que el dolor y la desesperación los golpeará de lleno en el rostro.

La civilización de la tecnología es demasiado frágil para permitirse estar rodeada de un océano de gente con rabia. Ella prospera en un medio cerrado de conformistas satisfechos que obedecen las leyes. Sin embargo, para los que no tienen nada que perder, ella representa una verdadera provocación. Esperar que la energía social de la frustración no se transforme en actos de venganza globales sería no comprender nada de la naturaleza humana ni del mundo actual.

Personalmente, nos inclinamos por esta segunda interpretación de los probables acontecimientos del futuro, más que por la primera que también buscará imponerse. No debemos olvidar tampoco, como lo señaló recientemente el gran periodista polaco Ryszard Kapuscinski, que hay una fase oculta de la globalización, una fase clandestina y criminal sin la cual los acontecimientos del 11 de Septiembre en Nueva York no habrían podido producirse. Todos los días vuelan con toda impunidad aviones transportando droga, armas, millones de dólares, diamantes robados por tal o cual ejército privado en Sierra Leona o en el Congo que serán enseguida vendidos legalmente en Amsterdam, Nueva York o Londres. Todo el mundo sabe que existen cientos de bancos en los paraísos fiscales listos para blanquear cualquier suma de dinero sucio. Sin esta “ilegalidad legal”, sin la seguridad que todo puede funcionar al margen de todo control, el atentado de Nueva York no habría podido ocurrir. En numerosos lugares del

mundo nadie controla nada: todos se benefician abiertamente de las utilidades de la criminalidad. Otra paradoja ha surgido de este atentado. El neoliberalismo ha descubierto bruscamente que el Estado, al que ha denigrado constantemente durante años, es algo necesario. Durante decenios, los medios de información y los políticos conservadores le dijeron a la opinión pública que el Estado centrado en Washington estaba sumido en la basura y en la corrupción, comparado con la brillante eficacia del sector privado. Sin embargo, cuando le encargaron a dicho sector privado la misión vital de ocuparse de proteger los espacios aéreos, las sociedades encargadas de eso redujeron los costos con la finalidad de aumentar sus utilidades, y sacrificando así el interés público. Hoy, después de los atentados, todo el mundo dice que el gobierno federal, que no está obsesionado por las utilidades, aseguraría una protección más eficaz contra los posibles atentados y una mejor garantía de seguridad.

El ex Presidente Reagan, atacando al Estado que dirigía, dijo irónicamente: “El Estado no es la solución de nuestros problemas: es nuestro problema”. El jefe de la mayoría republicana de la Cámara de Representantes, el tejano Dick Arney, repetía constantemente: “El mercado es racional. El Estado es estúpido”. El Presidente Bush, poco antes de los atentados, afirmaba que la reducción del excedente presupuestario era algo bueno, pues Washington tendría menos plata para gastar. Ahora está pidiendo todo lo contrario.

Finalmente, como la historia no está nunca escrita por anticipado, hemos de suponer que nuevos escenarios son posibles, además de los dos que hemos señalado. Personalmente y pensando en los efectos sociales de la globalización, me inclino más por el que implica un signo de la rebelión contra los dueños del mundo. A pesar de su crueldad y de que muchos inocentes fueron sacrificados, el atentado fue una acción de protesta de los desesperados y marginados contra los dominadores del **mundo global**. Nada sería más falso que aceptar el dilema de Bush “o están con nosotros o están con los terroristas”, pues mientras los globalizadores sigan condenando a millones de seres humanos a la miseria y a la exclusión, nadie podrá excluir el riesgo de que actos como éstos se repitan.

Ojalá este trágico hecho pueda contribuir a una real toma de conciencia sobre las consecuencias cada vez más graves que puede tener perpetuar la situación de inequidad actual, y facilitar la adopción de políticas que permitan un cambio radical de esta situación.

REFLEXIONES EN TORNO A LA GLOBALIZACIÓN: CRÍTICA Y PROPUESTA

Antonio Elizalde

Rector Universidad Bolivariana

Miembro del Directorio del Programa Chile Sustentable

Introducción

Cuatro ideas parecen importantes de enunciar para enmarcar las reflexiones sobre globalización. La primera idea dice que estamos enfrentando un punto de quiebre o de inflexión civilizatoria. En tales circunstancias se abren varias alternativas entre las cuales optar, una de ellas es seguir igual; la otra, que engloba posiblemente a varias, es cambiar.

La segunda idea se basa en el creciente cuestionamiento de las posibilidades de gobernabilidad global, debido a la ineficacia e ilegitimidad de las instituciones construidas a partir de los acuerdos de Bretton Woods¹.

La tercera idea alude al dilema que hoy se nos presenta: o continuamos avanzando ineludiblemente hacia una cultura única (la del fin de la historia, como lo anunció Fukuyama), tipo monocultivo o plantación, por medio de una globalización hegemónica de naturaleza casi exclusivamente económica, vía integración de los mercados financieros, con su marcado carácter autoritario y excluyente de millones de seres humanos -incluso de pueblos completos como Chechenia o Afganistán-; o, por el contrario, luchamos decididamente para avanzar hacia formas de globalización democrática y ecosistémica con múltiples y variados procesos de integración social, cultural, política y económica, donde se expresen y se desplieguen las distintas dimensiones de la existencia humana y se recoja la enorme diversidad cultural producto de la historia humana, desarrollando así diversos ecosistemas humanos y ampliando de ese modo el horizonte evolutivo.

La cuarta idea se refiere a que debemos aprovechar esta oportunidad de iniciar un profundo y sostenido debate ciudadano sobre estos temas, ya que afectarán sustancialmente el funcionamiento de nuestras instituciones y su condición democrática, así como nuestra calidad de vida futura.

Dilemas como seguridad versus libertad, a partir del síndrome de inseguridad generado por los atentados terroristas del 11 de Septiembre de 2001, plantean una suerte de paradoja irresoluble para la ciencia política y el accionar de las instituciones políticas: a aquellos (terroristas) que atentan contra la libertad de todos (la sociedad) se les combate reduciendo la libertad de todos.

Esto es darle en bandeja aquello que perseguían, la reducción de las libertades de todos. Sin embargo, la experiencia histórica demuestra que al terrorismo y a los terroristas sólo es posible combatirlos con

¹ En 1944, en Bretton Woods, New Hampshire, Estados Unidos, se reunieron representantes de 44 naciones para establecer un nuevo sistema financiero con el objetivo de facilitar la recuperación económica después de la Segunda Guerra Mundial y evitar una segunda Gran Depresión. Estas instituciones comenzaron, a partir de la década de los 80, a condicionar a los países socios el otorgamiento de financiamiento para el desarrollo a la adopción de un conjunto de políticas económicas y comerciales enmarcadas en la línea del ajuste estructural, que tiene en la privatización, la desregulación y la liberalización comercial sus ejes de acción básicos. Se inició así una nueva etapa de desarrollo capitalista que algunos autores han caracterizado como neoliberalismo. Estas medidas desmantelaron el pleno empleo y las redes de seguridad social creadas por los Estados de bienestar en los países desarrollados del Norte. En los países del Sur, acrecentaron la pobreza y devastaron las relaciones comunitarias. En todos lados concentraron la riqueza en unas cuantas manos y erosionaron el campo de acción de los Estados nacionales.

más y más democracia, democratizando las instituciones y democratizando las prácticas sociales. No hay democracia compatible con la discriminación y con el trato vejatorio hacia otras personas, con la violencia ejercida en cualquier grado o tipo sobre otros seres humanos, con la violación de cualquier derecho humano. No hay democracia posible sin un respeto profundo por toda forma de vida y por la diversidad, sin una preocupación y compromiso cotidianos por las necesidades humanas fundamentales, sin el protagonismo permanente de las personas. No hay democracia viable si se excluye a pueblos enteros de los beneficios del desarrollo, como ocurre hoy.

Una primera lectura de la globalización ¿A qué podemos llamar globalización?

El concepto de globalización busca dar cuenta del proceso de construcción en el ámbito mundial de un espacio-tiempo común. El planeta se ha mundializado y convertido en un espacio unificado, un único mundo, un sólo imperio de Norte a Sur y de Este a Oeste, pero también se ha instaurado en este espacio unificado un tiempo único, el tiempo hegemónico y dominante impuesto por Wall Street, el tiempo del dinero, el “time is money”.

Este es un tiempo en aceleración constante, que introduce la coetaneidad de lo no coetáneo. Esto es, la coexistencia en un mismo momento de la historia de distintos momentos históricos². Coexisten pueblos que ya viven la postmodernidad, mientras otros recién transitan desde la premodernidad a la modernidad. Y más aún, pueblos tradicionales cuyas culturas están situadas aún en la Edad de Piedra están siendo socializados por el TV cable e Internet y hacen uso de tecnología militar de punta como misiles y rocket para resolver sus conflictos. Así, al deshacer sus coherencias internas, se están destruyendo a una velocidad impresionante las identidades originarias aún existentes.

Pero también se va generando, en aquellos que gozan de la condición ciudadana moderna -los ciudadanos integrados del Primer y Tercer Mundo-, una permanente obsolescencia del presente e, incluso, del futuro, mediante la instauración del consumismo compulsivo e instantáneo como práctica social dominante. Esta forma de consumismo que ni siquiera alcanza a consumir -a consumirse- es instrumentado por medio de la creditización masiva y el dinero plástico, que conduce a un endeudamiento de por vida, y equivale a una nueva y modernizada forma de esclavitud.

Lo anterior da origen a un individualismo a ultranza, que nos aísla y nos atomiza impidiendo así la gestación de proyectos colectivos, la configuración colectiva de sueños y promesas.

Este mundo globalizado está terminando por producir una verdadera virtualización de las relaciones humanas. Se relacionan entre sí seres virtuales, personas que se enmascaran a sí mismos para relacionarse con otros, es decir, relaciones entre estereotipos de seres humanos.

En su último libro, publicado poco antes de su muerte, Milton Santos³ presenta la globalización como fábula, perversidad y posibilidad, señalando la necesidad de transitar desde el pensamiento único a una conciencia universal que permita la construcción de la nueva civilización planetaria.

² Una excelente sátira de esta situación se presenta en la película “Los dioses están locos”, cuya trama se organiza en torno a una botella de Coca Cola que, lanzada desde un avión, es recogida por un pigmeo africano quien la llevó a su aldea, alterando dramáticamente sus formas de vida.

³ Santos, Milton (2000). *Por uma outra globalização. Do pensamento único à consciência universal*. Editora Record. Segunda Edição. Rio de Janeiro.

Según Santos, los actores más poderosos de esta nueva etapa de la globalización se reservan los mejores pedazos del territorio global y dejan los restos para los otros.

Pero la mayor perversidad en la producción de la globalización actual no reside tanto en la polarización de la riqueza y de la pobreza, ni en la segmentación de los mercados y de las poblaciones sometidas, ni siquiera en la misma destrucción de la naturaleza. La novedad aterradora reside en la tentativa empírica y simbólica de construcción de un único espacio unipolar de dominación. La tiranía del dinero y de la información, producida por la concentración del capital y del poder, tienen hoy una unidad técnica y una convergencia de normas sin precedentes en la historia del capitalismo. El resultado es una profundización de la competitividad, la producción de nuevos totalitarismos, la confusión de los espíritus y el empobrecimiento creciente de las masas, mientras los Estados se tornan incapaces de regular la vida colectiva. Es una situación insustentable.

El capitalismo actual, con su carácter globalmente destructivo, acaba además siendo contradictorio, llevando a la resistencia a segmentos crecientes de la humanidad desde sus distintos lugares. Se produce así una nueva centralidad de lo social que constituye la base para una nueva política.

Las mayorías oprimidas, al no poder “consumir el Occidente globalizado” en sus formas puras (financiera, económica y cultural), aumentarán la resistencia a la dominación ultraliberal y consumista, publicitada por las grandes organizaciones de los medios de comunicación de masas. La alienación tiende a ser sustituida por una nueva conciencia, una nueva filosofía moral, que no será la de los valores mercantiles, sino de la solidaridad y la ciudadanía.

¿Qué pasa actualmente con las identidades culturales?

Este mundo globalizado nos va mestizando a todos, y es necesario distinguir entre mestizaje e hibridación. El primero puede dar origen a nuevas identidades, mientras que el segundo pierde su capacidad reproductiva y, por lo tanto, termina cerrando un ciclo evolutivo.

Es importante acotar aquí que toda identidad que se cierre sobre sí misma, una identidad que busca mantenerse pura, “auténtica” y “prístina” en un contexto de globalización, terminará destruyéndose a sí misma al impedirse su reproducción ampliada, más allá de su propia existencia. Eso, porque al no existir un aislamiento territorial y lingüístico, el territorio y la lengua están perdiendo importancia como elementos centrales y nucleares para la definición de la identidad, sea ésta individual o colectiva.

Comienza así a plantearse crecientemente, para todos los pueblos, una tensión entre la identidad de origen y la identidad de proyecto. Los primeros son aquellos que quieren mantener incólumes sus tradiciones y, de ese modo, anclar su identidad en el pasado. Buscan defender su identidad actual como algo que los diferencia (identización), mientras que los segundos se abren a los desafíos del presente y a la construcción de un futuro inédito, tomando aquello que les sirve y transformándose a sí mismos para preservar una identidad propia (identificación).

¿Es posible seguir siendo los mismos en un contexto de multiculturalismo?

La globalización genera también situaciones de coexistencia de personas en un mismo territorio (ciudad) provenientes de culturas distintas, en muchos casos desarraigadas, creándose así condiciones para una existencia cosmopolita. De este modo, las identidades previamente existentes van dando paso a identidades mestizas que mantienen algunos rasgos culturales propios de la identidad originaria, pero incorporando rasgos identitarios nuevos, producto de la asimilación a nuevas formas de vida

propias de la ciudad y de la globalidad, el cosmopolitismo. De ese modo, se comienza a consolidar una nueva identidad, cuyos rasgos son una mezcla de lo local y de lo global. Es lo que en Perú se ha denominado “cultura chicha”, y que se manifiesta a todo lo largo y ancho de nuestro continente.

¿Cuán nuevo es este tipo de experiencia para la humanidad?

El fenómeno descrito no es algo nuevo para la humanidad. Ha sido un fenómeno conocido desde muy antiguo. Las grandes ciudades puerto desarrollaron su identidad como tales a partir de la especificidad que les confería su mayor contacto con el mundo exterior, realizado de preferencia en el pasado a través del transporte marítimo. Lo absolutamente nuevo es la magnitud y significación de este fenómeno. Lo dominante en el pasado fue el relativo aislamiento cultural que hizo posible el desarrollo de culturas locales y regionales. Incluso, dio paso al surgimiento de muchísimos dialectos al interior de una misma raíz lingüística. Hoy, sin embargo, lo que vivimos es la conformación progresiva de una cultura configurada a partir de lo que conocemos como la civilización occidental. Es Occidente el que ha terminado aportando o imponiendo como elementos fundantes de la nueva cultura planetaria su propia matriz cultural.

No obstante, si bien se encuentran en paulatina desintegración, las otras culturas no dejan de aportar algunos elementos específicos y propios de su identidad. De ese modo, también pasan a globalizarse, vale decir, a expandirse a través de todo el espacio mundial en la medida en que puedan ser susceptibles de universalizarse o, lo que es lo mismo, transformarse en objetos comercializables o en mercancías.

La globalización:

período histórico presente del proceso universal de racionalización

Gran parte de la ideología del progreso que ha inspirado la historia reciente de la humanidad se ancla en una concepción de la realidad y del rol de los seres humanos organizados socialmente, vista como un proceso de progresiva racionalización del operar humano. El mercado y, más aún, el mercado global sería considerado como el instrumento que hace posible la introducción de cada vez mayores y mejores niveles de información por parte de los diversos actores del sistema, que los conducirían casi automáticamente a tomar las decisiones más apropiadas y oportunas para ellos y para el sistema en su conjunto. Para eso se cuenta con un instrumento conceptual, y sus derivados teóricos y metodológicos, el concepto de eficiencia, que haría posible la búsqueda y consecución de un operar efectivamente racional (dados tales datos, la decisión de mayor racionalidad es aquella que nos conduzca a la mayor eficiencia). De allí deriva, casi como un imperativo moral, una búsqueda obsesiva de eficiencia: quien no actúe eficientemente termina siendo un inmoral.

Pero ¿qué es la eficiencia?

Es un constructo intelectual que deriva de una representación del mundo o realidad circundante entendida como una realidad fragmentada, separada, atomizada, vista mediante un prisma que sólo distingue relaciones monocausales: una causa provocando un efecto. Esta visión viene de la física newtoniana, que describe un universo físico notoriamente menos complejo que el universo biológico, o que el humano o social. Al establecer una relación explicativa monocausal entre dos fenómenos, es posible extrapolar dicha relación en términos operacionales, generando así una forma de entender relaciones entre medios y fines similar a la existente entre causas y efectos. La eficiencia sería toda operación conducente a maximizar efectos perseguidos o fines, minimizando las causas o medios, que para estos efectos serían conducentes o eficientes.

Sin embargo, la propia experiencia histórica ha ido demostrando que transitamos en sistemas y/o fenómenos de complejidad creciente. La ilusión (y mito) de la separatividad comienza a hacer agua.

Cada vez es menos “eficiente” el operar de la “eficiencia”. Parafraseando a Bart Kosko⁴, al referirse a la probabilidad respecto de la eficiencia, se podría decir que hallamos sólo las huellas de la eficiencia y damos sólo con los resultados que dejan tras de sí los experimentos eficientes. Todo es huella. No cogemos nunca a la eficiencia en acto.

Más aún, el sistema eficientista que hemos construido, como lo demuestra Franz Hinkelammert en sus últimas obras, es incapaz de reconocer la principal de las eficiencias, aquella en la cual se sustentan todos los sistemas humanos y sociales: la eficiencia de la reproducción de la vida.

“...Celebramos la racionalidad y la eficiencia, no obstante estamos destruyendo las bases de nuestra vida sin que este hecho nos haga reflexionar sobre los conceptos de racionalidad correspondientes. Somos como dos competidores que están sentados cada uno sobre la rama de un árbol, cortándola. El más eficiente será aquel que logre cortar con más rapidez la rama sobre la cual está sentado. Caerá primero, pero habrá ganado la carrera por la eficiencia. Esta eficiencia ¿es eficiente? Esta racionalidad económica ¿es racional?”⁵

¿Sirve la actual representación del mundo, como una realidad atomizada y fragmentada, para la construcción de un mundo globalizado?

La ilusión de separatividad pudo ser útil para una realidad social, geográfica y política, donde cada unidad macrosocial, los estados naciones, operaba en forma relativamente autónoma frente a otros.

Pero no lo es cuando todo induce hacia una creciente interdependencia y relacionalidad como resultado no sólo de la dimensión económica y la constitución de un mercado global, sino también del surgimiento de un derecho internacional, de una sola sociedad civil, de una red global de comunicaciones como el internet, entre muchas otras dimensiones de la realidad.

Requerimos, por lo tanto, para transitar en y a través de la globalización, de una nueva racionalidad, una nueva representación del mundo para una nueva civilización. Un nuevo mito fundante que nos permita entender y percibir o, que es lo mismo, creer en la existencia de una realidad única, unificada, integrada: una racionalidad integrada e integradora.

El neoliberalismo: ¿ideología globalizadora?

El neoliberalismo, entendido como el sistema de lenguaje dominante en el mundo actual, aparece a primera vista como el principal impulsor de los procesos de globalización, algo por lo menos discutible. Es posible interpretar la globalización como la consecuencia inevitable de la hegemonía del pensamiento neoliberal en el plano económico y político, por su énfasis en la liberalización de los mercados. Un fenómeno que ha implicado desproteger a las economías nacionales más débiles e, incluso, cancelar los escasos proyectos de crecimiento económico nacional sustentados en la expansión de los mercados internos. Todos transitamos hacia mercados globalizados. Es importante, sin embargo, hacerse la pregunta si acaso la liberalización de los mercados se ha traducido en mejor calidad de vida.

La globalización parece ser la culminación de la occidentalización del mundo. La fase superior del desarrollo capitalista.

⁴ Kosko, Bart. (1995) *Pensamiento Borroso, la Nueva Ciencia de la Lógica Borrosa*. Editorial Grijalbo. Barcelona. Pág: 57.

⁵ Hinkelammert, Franz (1996). *El Mapa del Emperador. Determinismo, Caos, Sujeto*. Editorial DEI. San José de Costa Rica. Pág: 13.

El capitalismo condujo a la destrucción sistemática de los espacios comunes, compartidos, gratuitos. Las “comunalidades” no sólo han desaparecido territorialmente, sino que se han ido perdiendo también los espacios comunales del alma humana. La gratuidad y el desinterés son cada vez más escasos. (Tal vez por su misma escasez lleguen a transformarse algún día en recursos “económicos”).

El proceso de globalización es la continuidad natural del proceso cultural de racionalización del mundo. Esto se inició con la mercantilización: “todo debe transformarse en mercancía”. Sólo así las cosas y realidades adquieren valor económico. Cuando algo puede ser transado, cuando puede ser comprado o vendido: “a todo debe asignársele un precio”.

Todo esto, como parte de la racionalización del mundo, de la introducción del cálculo racional, de la calculabilidad. Si es la existencia del mercado lo que ha hecho posible lo anterior, el mercado debe amplificarse, debe -por lo tanto- operar regulando (o más bien desregulando) todos los ámbitos de la vida social. No sólo el operar de la economía, también la educación, la salud, entre tantos otros. Posiblemente en el futuro también los ámbitos de la vida y de la muerte.

Los mercados deben, asimismo, liberalizarse a costa de las regulaciones sociales, a costa del operar del Estado, en cuanto expresión incorporada e institucionalizada de aquellos intereses que no tienen manera de manifestarse en el ámbito del mercado y que en muchos casos son expresión de los intereses de los viejos sujetos históricos en desconstitución -movimientos obreros, campesinos y estudiantiles- o también de los nuevos movimientos sociales -étnicos, ecologistas, feministas-.

Se debe perseguir el crecimiento económico (material) alcanzado por los países más avanzados y más “liberalizados”. El modo de vida americano, la cultura del automóvil y de las autopistas. Tras eso todos deberán globalizarse.

Así, los Estados se están transformando en figuras decorativas, en títeres, en la cara visible, cual muñeco ventríloco, de las políticas libremercadas del FMI y del Banco Mundial.

¿Qué ha implicado lo anterior?

En toda América Latina:

- 1.- Empobrecimiento generalizado.
- 2.- Endeudamiento externo, con una deuda que para los países más pobres termina siendo una deuda eterna de la cual sólo es posible pagar los intereses al costo de incrementar, mediante los ajustes con “rostro humano”, la deuda social y la deuda ambiental. Todo eso exportando energía barata, la humana y la de la naturaleza, transfiriendo a las generaciones futuras mayores dificultades y menores oportunidades. Pero también exportando sangre y órganos humanos, psicotrópicos e indocumentados.
- 3.- Concentración mayor de la riqueza hasta niveles inimaginables (es el continente con la peor distribución del ingreso).
- 4.- Pérdida de identidad cultural.
- 5.- Hambre e insomnio. Parafraseando a Josué de Castro: “Tres cuartas partes de los habitantes del continente no duerme debido al hambre, la otra cuarta parte no duerme por temor a los hambrientos”.
- 6.- Creciente violencia e inseguridad.

Lo anterior nos muestra una situación de deterioro generalizado de la calidad de vida. Una permanente amenaza a la vida. Un proceso progresivo de inhumanidad: “El hombre... lobo del hombre”.

¿Se ha comenzado así a imponer definitivamente la “ideología” del mercado?

Hacia una segunda lectura de la globalización

Los seres humanos compartimos las mismas necesidades fundamentales. Todos somos parte de una misma especie. Compartimos la misma razón y similares sentimientos. Estos son elementos que nos unen. Nos han separado múltiples fronteras, algunas físicas, pero principalmente fronteras construidas culturalmente a lo largo de nuestras diversas historias. Hoy tenemos los medios para realizar una ciudadanía cosmopolita, podemos llegar a ser ciudadanos de una república universal donde ninguno quede excluido. Parece necesario reconocer la posibilidad que, en tal sentido, nos ofrece la existencia de un mercado único, de un mundo único, gracias al avance de las comunicaciones, al avance del transporte y también al desarrollo de las transacciones financieras.

Es posible soñar que la política mundial sea policéntrica, que exista una poliarquía, un poder ampliamente diseminado. Sin embargo, para eso se requiere de una ética mundial. Ya existe un Parlamento Mundial de las Religiones. ¿Cuál es el elemento común que poseen? Concebirse a sí mismas como un instrumento de la paz.

Si bien hoy constatamos un desdibujamiento del Estado-Nación, es posible asumir la globalización como un reto. Para eso será necesario solucionar la tensión existente entre globalización económica y cultura. La condición humana nos lleva y nos reta a la globalización. Hay un enorme poder comunicativo desplegado en tal sentido. Cada uno de nosotros ya está en cierto grado globalizado.

Por otra parte, la globalización es a la vez exigencia de regionalización, pero no puede ser a espaldas de la historicidad, del mundo de la vida. Un gran avance para la humanidad ha sido el desarrollo del Derecho Internacional, pues está permitiendo regular, incluso en contextos autoritarios, el operar represivo de los Estados y posibilitando el despliegue progresivo a nivel internacional de una cultura de los derechos humanos.

Sin embargo, también se corre el riesgo de que este derecho pase a manos de la economía. La globalización nos da la posibilidad de una solidaridad internacional para hacer realidad los derechos humanos a nivel planetario.

La globalización no es algo que podamos escoger. Debemos meternos en eso, pero intensifiquemos nuestros vínculos culturales con aquellos que compartimos una misma lengua y una identidad común, con quienes compartimos un mismo espacio histórico y geográfico, con nuestro entorno natural - Sudamérica y América Latina-, ya que históricamente, antes de relacionarnos entre nosotros, nos hemos relacionado con Europa o Estados Unidos. Hagamos de la globalización un proceso de ir desde lo más cercano a lo más lejano.

Asimismo, la sociedad civil global que comienza a configurarse, las redes de la sociedad civil tienen mucho que decir y lo están diciendo, como lo demuestran los sucesos de Seattle, Quebec y Ginebra. No se puede estar en esta trama si no se está por la justicia social, por la ciudadanía planetaria. Está comenzando a aflorar por todas partes del planeta un punto de vista solidario y cosmopolita.

Algunas propuestas para transformar la globalización hacia nuevos espacios de ciudadanía y de construcción de calidad de vida.

La triestructuración: hacia una sociedad civil mundial

Nicanor Perlas⁶ acuñó el concepto de triestructuración para dar cuenta del nuevo fenómeno que comenzaba a emerger en la escena política mundial, la conformación de una sociedad civil global. Este hecho fue ratificado por las dinámicas generadas a partir de las manifestaciones de Seattle.

Según su interpretación, los sucesos que llevaron al colapso de la agenda de la Organización Mundial de Comercio (OMC) en diciembre de 1999, en Seattle, evidencian «el repentino surgimiento de un tercer poder global en el escenario de la historia del mundo». Comienza a configurarse así «un mundo tripolar de grandes negocios, gobiernos poderosos y sociedad civil global».

En el libro mencionado anticipó que los intentos de imponer por la fuerza un nuevo acuerdo no equitativo sobre inversiones -similar al Acuerdo Multilateral sobre Inversiones (MAI)- en la reunión de la OMC, en Seattle, fracasarían debido a la notable influencia que la sociedad civil global ha desarrollado en los últimos años.

Perlas demuestra que el poder de la sociedad civil proviene del «poder cultural» y que una forma de ejercer este poder cultural es mediante el uso de la «contaminación simbólica». Por otra parte, comenta que este poder cultural, cuando actúa, no lo hace en el ámbito de los votos y las elecciones, sino que más bien devela asuntos relacionados con la significación, verdad, ética, moralidad, autenticidad, legitimidad, etc. Y eso se debe a que la articulación de esos asuntos afecta profundamente a los políticos y a los altos ejecutivos, a niveles cognoscitivos y de comportamiento, y a los grandes efectos en la sociedad que puede tener el poder cultural. Esta es, según él, la razón de por qué la globalización elitista quiere asegurarse de que la vida se vea reprimida.

Hay dos definiciones importantes de destacar en su trabajo, según Perlas.

En su forma moderna, sociedad civil significa estructuras y asociaciones organizadas y activas en la esfera cultural. Éstas incluirían, entre otras, a ONGs, Ops (organizaciones populares), la comunidad académica, los medios de comunicación, los grupos eclesiásticos y -como distinción por contraste, si bien no necesariamente en oposición- el aparato formal de ejercicio del poder, en la esfera política, y la red de empresas comerciales, en la esfera económica. La empresa tiene el poder económico. Los gobiernos esgrimen el poder político. Pero la sociedad civil emplea el poder cultural.

La cultura es aquel espacio social donde se generan la identidad y la significación. Ambas son inseparables. Identidad y significación proporcionan a los seres humanos su orientación cognoscitiva, afectiva y ética. La pérdida de significación da como resultado un cúmulo de comportamientos aberrantes y destructivos. El descubrimiento de la significación da como resultado una creatividad, compasión y productividad mayores.

La sociedad civil, en cuanto institución que controla la identidad y la significación, deberá jugar un rol fundamental en el desarrollo mundial futuro. Dos tareas se hacen evidentes. La primera es defender y expandir la vida y el rol de la cultura en la sociedad global. La segunda, ser un antídoto de la globalización elitista, para lo cual será necesario combatir y neutralizar el carácter predatorio de muchos poderosos Estado-Naciones y de grandes empresas.

Para Perlas, la globalización elitista se hace manifiesta en las cuatro características del actual modelo de desarrollo no sustentable: un crecimiento generador de desempleo debido a la liberalización unilateral y el alto endeudamiento; un crecimiento sin voz por las estructuras políticas inequitativas y corruptas; un crecimiento sin futuro a causa de la degradación del medio ambiente y la pérdida de biodiversidad; un crecimiento despiadado por la homogenización cultural, los patrones insustentables de consumo, producción y distribución, y el materialismo acrecentado.

⁶ Perlas, Nicanor (1999). *Shaping Globalization, Civil Society, Cultural Power and Threefolding*. CADI. Quezon City, Filipinas.

La constitución de una ciudadanía mundial.

Adela Cortina⁷ plantea como propuesta avanzar hacia la condición de ciudadanos del mundo. «Y es que el proyecto de forjar una ciudadanía cosmopolita puede convertir al conjunto de los seres humanos en una comunidad. Pero no tanto en el sentido de que vayan a entablar entre sí relaciones interpersonales, cosa -por otra parte- cada vez más posible técnicamente, sino porque lo que construye comunidad, por sobre todo, es tener una causa común. Por eso, pertenecer por nacimiento a una raza o a una nación es mucho menos importante que perseguir con otros la realización de un proyecto: esta tarea conjunta, libremente asumida desde una base natural, sí que crea lazos comunes, sí que crea comunidad».⁸

Por esa razón será necesario que en la economía política, sin ir más lejos, se universalice cuando menos la ciudadanía social, ya que son sociales los bienes de la Tierra y ningún ser humano puede quedar excluido.

Cortina afirma que los bienes de la Tierra son bienes sociales. “Y no es ésta una concesión bien intencionada, sino un reconocimiento de sentido común, porque cada persona disfruta de una buena cantidad de bienes por el hecho de vivir en sociedad. El alimento, el cariño, la educación, el vestido, la cultura, y todo lo que nos separa de un ‘niño lobo’ son bienes que disfrutamos por ser sociales».⁹ Y termina argumentando que, por ser sociales, los bienes deben ser compartidos.

“Bienes que, en consecuencia, deben ser también socialmente distribuidos para que podamos llamar a eso distribución justa. ¿Y cuáles son los bienes que una sociedad distribuye? Conviene aquí recordar que los bienes de la Tierra son de diverso tipo, porque algunos pueden caracterizarse como materiales y otros como inmateriales o espirituales.

De ahí que para distribuir unos y otros con justicia resulte indispensable la aportación de los tres sectores de la sociedad: del sector social, del económico y del político. Sin el concurso de todos, la distribución será irremediamente injusta.

En efecto, en principio las sociedades cuentan con bienes que podrían llamarse materiales, como el alimento, el vestido, la vivienda, las prestaciones sociales en tiempos de especial vulnerabilidad, pero también con bienes que cabría calificar de inmateriales o espirituales, como la educación, la cultura, el cariño, la esperanza, la ilusión y la gracia divina. Son éstos bienes que nadie posee en exclusiva, como si alguien fuera capaz de producirlos por sí mismo, sino bienes de los que disfrutamos por recibirlos de la sociedad, incluso en el caso de la gracia divina, que se distribuye a través de la familia y la comunidad creyente”.¹⁰

⁷ Cortina, Adela (1997) *Ciudadanos del Mundo. Hacia una Teoría de la Ciudadanía*. Editorial Alianza. Madrid.

⁸ *Id.* Pg: 253

⁹ *Id.* Pg: 256

¹⁰ *Id.* Pg: 257

GLOBALIZACIÓN ECONOMICA Y MEDIO AMBIENTE

Jerry Mander

Presidente International Forum on Globalization
Estados Unidos

Entre muchos argumentos absurdos, los partidarios de la globalización económica señalan que, en el largo plazo, ésta aumenta la protección ambiental. Su teoría dice que en la medida en que los países se globalizan, muchas veces explotando recursos como bosques, minerales, petróleo, carbón, recursos pesqueros, biodiversidad y recursos hídricos, se enriquecerán y podrán proteger mayores superficies de naturaleza, como también introducir elementos técnicos para mitigar los impactos ambientales negativos derivados del incremento de la producción. Sin embargo, existen fuertes evidencias en relación a que al aumentar las ganancias de los países dentro de una economía global, la mayor parte se va a las corporaciones transnacionales, que tienen poco interés en utilizar parte de sus ganancias en la protección ambiental. Por el contrario, arrastran a los países hacia una explotación de recursos aún mayor o, simplemente, se guardan el dinero y emigran rápidamente del país. Esta es la conducta corporativa normal dentro de una economía global.

En Estados Unidos, el país más rico del mundo, el Ejecutivo promueve abiertamente la globalización como mecanismo para proteger el ambiente, al mismo tiempo que aboga por más perforaciones petrolíferas, mayor tala de bosques, mayor derrame de tóxicos en los ríos y declara su fuerte oposición a cualquier medida que ayude a controlar el cambio climático, la última expresión de la globalización¹.

El planteamiento de la globalización como una especie de estrategia ambiental es totalmente absurdo. Pero este argumento es aún más contradictorio de lo que parece a simple vista. En los hechos, la propia globalización económica, las ideologías y las estructuras que la dirigen, se oponen intrínsecamente a la supervivencia de la naturaleza. Y ni los acuerdos ambientales multilaterales, ni el control de la contaminación, ni las soluciones tecnológicas podrán mitigar los daños inherentes de una economía globalizada con sus modelos de producción orientados hacia la exportación. Los demás problemas que genera la globalización forman parte integral de su propio diseño. Si continúa este experimento global, los resultados serán predecibles e inevitables, intrínsecos de la lógica y estructura de la globalización.

¿Es la globalización una tendencia?

A los partidarios de la globalización les encanta describirla como un hecho consumado e inevitable, un resultado de fuerzas económicas y tecnológicas que, sencillamente, han evolucionado a través de los siglos hasta llegar a su forma actual. La describen como un fenómeno natural y no como un fenómeno planificado, diseñado y materializado. Si se acepta esta descripción de la inevitabilidad de la globalización –como muchos de los medios de comunicación, gobiernos y universidades tienden a hacerlo– es obvio que no habrá ninguna posibilidad de resistencia. Sólo habría que quedarse pasivamente viendo televisión y someterse; o bien, tratar de sacar algún provecho de este proceso para los fines propios.

A juzgar por las protestas ocurridas en Génova, los 50.000 manifestantes de Seattle, las demostraciones realizadas por un millón de campesinos en la India y las diversas protestas realizadas en Japón,

¹ Jerry Mander es fundador y presidente de la International Foundation on Globalization. Para mayor información, visite la página web www.ifg.org

Brasil, México, Inglaterra, Filipinas y hasta en Nueva Zelanda, es evidente que tal pasividad resulta inaceptable para muchísima gente que está realmente preocupada por este proceso.

Es cierto que la actividad comercial global y conceptos como el “libre comercio” han existido por siglos en distintas formas. Pero también es verdad que las versiones iniciales de este fenómeno fueron totalmente diferentes de la versión moderna en cuanto a escala, velocidad, forma, impacto y, lo que es aún más importante, a la intención. En definitiva, la versión moderna de la globalización económica no evolucionó naturalmente, como lo hace algún tipo de planta o alguna especie animal. La globalización moderna no es un accidente de la evolución. Fue creada por seres humanos, y con una meta específica: dar primacía a los objetivos y valores empresariales por sobre todos los demás valores, e instalarlos agresivamente a nivel global.

En los hechos, la era de la globalización moderna tiene una fecha y un lugar de nacimiento: Bretton Woods, New Hampshire, julio de 1944. Fue cuando los actores empresariales más connotados del mundo, economistas, políticos y banqueros se reunieron para buscar la forma de mitigar la devastación producida por la Segunda Guerra Mundial. Su conclusión fue que se requería un sistema económico global centralizado para promover el desarrollo económico global. Pensaron que así se dejarían atrás las guerras, y se ayudaría a los pobres y al proceso de reconstrucción.

De las reuniones de Bretton Woods surgieron el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI) -con otros nombres en esos tiempos- y luego, el Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio (GATT) que, más adelante, dio origen a la Organización Mundial del Comercio (OMC). Después, los clones de este modelo incluyeron al NAFTA, el Acuerdo de Maastricht, en Europa; el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), y varios otros.

Todos estos instrumentos para la implementación de la globalización económica han estado, en conjunto, cumpliendo dicha función, y en el futuro posiblemente traerán consigo un replanteamiento aún más fundamental de las reglas sociales, económicas y políticas existentes en el planeta, desde los tiempos de la revolución industrial. Como consecuencia de esta implementación se ha producido un enorme cambio en la estructura del poder. Se le quitó el poder económico y político a los gobiernos nacionales, sean estatales, locales o de las comunidades, generándose un nuevo modelo que entrega el poder a las corporaciones transnacionales, a los bancos y a las burocracias internacionales que ayudaron a crear este modelo. La expropiación del poder ha traído graves consecuencias para la soberanía nacional, la democracia, el control comunitario, las culturas indígenas y, sobre todo, para la supervivencia del mundo natural.

El tema clave a considerar en el proceso de globalización es que las instituciones que la hacen posible y las reglas por las cuales se rige las crearon seres humanos -empresarios, banqueros- que poseen instrumentos destinados a obtener resultados específicos. No son un accidente, ni son inevitables. Se pueden revisar y revertir, aunque el proceso no sea fácil.

Generación de una monocultura global

El dogma principal de la globalización económica, tal como se plantea hoy, es el de integrar y fusionar la actividad económica de todos los países del planeta, dentro de un modelo único homogenizado: un súper sistema único y centralizado. Se supone que países con culturas, economías y tradiciones tan variadas como India, Suecia, Tailandia, Kenia, Bhutan, Bolivia, Canadá, Rusia -y otros cien más- deben adoptar los mismos gustos, valores y estilos de vida; ser servidos por los mismos restaurantes de comida rápida, las mismas cadenas hoteleras y de vestuario; usar el mismo tipo de jeans y de zapatos;

conducir autos similares; ver las mismas películas y la misma televisión; vivir en el mismo tipo de paisaje urbano; seguir los mismos esquemas de agricultura y desarrollo, junto con tener los mismos valores personales, culturales y espirituales. ¡Monocultura global!

Si le ha tocado viajar últimamente, con seguridad habrá notado esta tendencia que salta a la vista. Cada lugar en el mundo se está pareciendo cada vez más a los demás lugares. La riqueza y diversidad cultural están siguiendo el mismo camino de la diversidad biológica. Pronto habrá pocas razones para visitar otros lugares. Un modelo tan homogenizado sirve directamente a las necesidades de eficiencia de las grandes empresas. Actuar sólo en un plano global les permite multiplicar sus esfuerzos de producción y de comercialización en un terreno idéntico y en permanente expansión. Así logran la enorme eficiencia de escala que se produce al no tener fronteras. Es como una “compatibilidad computacional”. Uno de los primeros objetivos de los grandes tratados comerciales y de la burocracia que los negocian es establecer reglas que aseguren que no habrá bloqueos en el flujo comercial -y que las corporaciones globales pueden moverse libremente en todos los países-, junto con acelerar la homogenización e integración económica.

El segundo dogma de la globalización dice que se debe priorizar el logro de un crecimiento económico cada vez más rápido y sin fin -un “hipercrecimiento”-, aumento que se explica por la constante búsqueda de acceso a nuevos recursos, a nuevas fuentes de trabajo más baratas y a nuevos mercados. Esto permite entender la emoción que suscita la participación de China en el experimento de la globalización y la gran preocupación por el reciente incidente de los aviones espías.

Para contribuir al logro de este hipercrecimiento se pone énfasis en el corazón ideológico del modelo de globalización: el libre mercado, acompañado de una desregulación de la actividad empresarial, y de la privatización y mercantilización de la mayor cantidad posible de actividades existentes. Eso implica incluir, incluso, los “bienes comunes” globales, elementos que hasta ahora se habían mantenido totalmente ajenos al sistema de comercio. Son áreas que muchos de nosotros esperábamos que seguirían siendo un derecho inalienable de todo ser humano para subsistir en una forma no mercantilizada.

Por ejemplo, la estructura genética de nuestros cuerpos se está incorporando definitivamente al sistema de mercado a través de la biotecnología, un hecho fuertemente apoyado por las normas de derechos de propiedad intelectual de la Organización Mundial de Comercio.

Otro caso son las semillas nativas que por milenios se desarrollaron y fueron libremente compartidas por las comunidades agrícolas. Ahora están sujetas a una monopolización de parte de las empresas transnacionales a través del sistema de patentes de la OMC. Las recientes protestas contra el tratado de los TRIPS (Derechos de Propiedad Intelectual relativos al comercio de la OMC), organizadas por campesinos de la India y por las víctimas del SIDA en África y otros lugares del Tercer Mundo, han empezado a iluminar y dejar al descubierto dichos problemas. También estamos presenciando una presión semejante sobre el agua dulce -ríos, lagos, vertientes-, probablemente el elemento más básico para el sustento humano y que siempre se consideró como parte de los “bienes comunes” disponibles para todo ser vivo, pero que pronto se convertirá en parte del sistema de comercio global. Así sucederá, al menos, si los miembros del ALCA, del NAFTA y de la OMC prosiguen con sus planes. Todos estos aspectos de la vida humana, que antes fueran públicos y de libre acceso, se están rápidamente privatizando y mercantilizando como parte del proyecto de globalización. La lógica es poner cada vez más materia prima y más territorio (geográfico y biológico) a disposición del acceso empresarial, a disposición de la inversión, el desarrollo y el comercio.

Simultáneamente, el proceso de mercantilización está llegando hoy al reino de los servicios públicos. Eso es parte importante del ALCA, como también del Acuerdo General de Comercio y Servicios

(GATS), dentro de OMC. Estas negociaciones incluyen muchas áreas y servicios hasta ahora reservados a los gobiernos, como emisiones radiales públicas, educación pública, suministro y tratamiento de aguas, alcantarillado y servicios sanitarios, hospitales, sistemas de bienestar, policía, seguridad social, ferrocarriles, prisiones, etc. Es posible que esos servicios se vean pronto totalmente mercantilizados, privatizados y abiertos a la inversión y al dominio extranjero. Tal vez terminemos viendo a la Mitsubishi dirigiendo la Seguridad Social; el Bundesbank haciéndose cargo de nuestras cárceles (y quizás de nuestros parques); la BBC manejada por Disney, y el sistema de salud canadiense encabezado por la empresa química y farmacéutica Merck.

Finalmente está la mercantilización del propio dinero. En este momento, la gran mayoría de las transacciones globales en el sistema de libre comercio no se realiza mediante los bienes y servicios, sino del capital. El propio dinero es una mercancía para la especulación, al igual que los instrumentos financieros. La tecnología moderna de información ha hecho posible trasladar en forma instantánea sumas de dinero inimaginablemente grandes a través de las fronteras, en cualquier parte del mundo, sin vigilancia ni control, al simple toque de una tecla de computadora. Este mecanismo ya ha tenido efectos desestabilizadores en muchos países y, seguramente, fue una de las causas que precipitó la crisis financiera asiática en 1997 y 1998. Irónicamente, este libre mercado del dinero e, incluso, el libre movimiento de las empresas a través de las fronteras desafía a la ideología tradicional de libre comercio propiciada por Adam Smith y David Ricardo, los grandes sacerdotes del utopismo del libre comercio. Ninguno de ellos creyó jamás que las empresas tuvieran que ser móviles o que el capital tendría que desarraigarse de su propia comunidad. Seguramente ahora se están dando vueltas en sus tumbas.

Ha correspondido a los instrumentos de Bretton Woods la tarea de apoyar esta mercantilización, privatización, desregulación y libre comercio, creando normas que condicionan a las naciones no sólo a adoptar estos principios, sino también a eliminar impedimentos dentro de los países que pudieran restringir el acceso de las empresas a los mercados, al trabajo y a los recursos. En la práctica, muchos de estos “impedimentos” al sistema económico global son leyes creadas legítimamente por los gobiernos: leyes ambientales, de salud pública, de seguridad alimentaria y sobre derechos laborales; leyes que permiten a las naciones controlar quién puede invertir en su suelo, quién puede comprar sus divisas, a qué velocidad y bajo qué condiciones. Y, también, leyes que intentan mantener el control y protección de la cultura nacional. Toda esta legislación que ha sido creada por gobiernos democráticos, a través de procesos democráticos, en pro de las demandas de los ciudadanos, es considerada por los propiciadores del libre comercio como “barreras no tarifarias al comercio” y obstáculos sujetos al cuestionamiento por parte de la OMC.

Aunque la OMC sólo tiene seis años desde su creación, ya registra el impresionante record de haber desafiado leyes y normas nacionales gestadas democráticamente. Ha sido especialmente agresiva en el área del medio ambiente. La primerísima legislación de la OMC se dirigió contra el Acta de Aire Limpio de Estados Unidos, que establecía normas contra la contaminación por gasolina. Se argumentó que el Acta del Aire Limpio no cumplía con las reglas de comercio de la OMC, y debió suavizarse. También se asegura que la popular Acta de Protección de los Mamíferos Marinos —en particular, la disposición que protegía a los delfines en la pesca industrial del atún— no cumplía con la reglamentación del GATT, que ahora está incluida en la OMC. También se juzgó como ilegal la protección de las tortugas marinas, bajo el Acta de las Especies en Peligro. En este contexto, Estados Unidos está volviendo a fojas cero respecto de su legislación ambiental. Se espera una desregulación similar que afectará a las leyes estadounidenses sobre control de pesticidas, la veda de la exportación de rollizos de madera en bruto, el etiquetado ecológico de productos, las sistemas de “certificación”, etc. La OMC no sólo legisla en contra de las leyes ambientales de Estados Unidos. También legisló contra Japón, porque dicho país rechazó importaciones de productos frutícolas que portaban especies in-

vasoras peligrosas. Legisló contra la Unión Europea, porque prohibió importaciones desde Estados Unidos de carne de vacuno inyectada con la hormona de crecimiento, y pese a que el público europeo está totalmente en contra de la biotecnología. En el área agrícola, la OMC ha legislado a favor de las grandes empresas que practican la agricultura industrial intensiva, con grandes maquinarias y productos químicos, y en contra de la agricultura familiar de pequeña escala y de los campesinos indígenas. El caso más asombroso es el de la empresa bananera Chiquita. Se argumentó que la Unión Europea no podía favorecer a los pequeños agricultores indígenas de las ex colonias europeas, a menudo cultivadores orgánicos, en desmedro de las bananas industriales de Chiquita.

Es interesante constatar de qué manera operan estas amenazas. Se pretende que creamos que son los países los que están demandando a otros países en la OMC, cuando en realidad los países que entablan juicios contra las reglas comerciales de otros países lo hacen habitualmente a favor de las empresas transnacionales. Así, Estados Unidos establece juicios para proteger la banana de Chiquita, Venezuela entabla juicios para proteger la industria petrolífera y México lo hace para proteger su industria de atún. El efecto neto que producen estas acciones es la caída conjunta de las normas ambientales, laborales o de salud, en todos los países. Es una suerte de “desregulación cruzada”. De este modo, las empresas consiguen que sus propios gobiernos destruyan las leyes de otros países, mientras presionan para una desregulación en el nivel nacional y local. Como resultado final, todas las leyes y normas caen sustancialmente hasta llegar a un común denominador muy inferior. Es lo que está ocurriendo con las normas globales sobre salarios.

Hay también un “efecto secundario de enfriamiento” a partir de este proceso. Por ejemplo, hace poco, el gobierno de Guatemala canceló una ley de salud pública que prohibía a los fabricantes de alimentos infantiles y fórmulas para lactantes –especialmente a la compañía Gerber– que publicitaran sus productos como más saludables que la leche materna. Y está el caso de Canadá, que canceló la prohibición nacional del aditivo de gasolina “MMT”, un conocido cancerígeno. En ambos casos las razones para “cancelar” fueron amenazas de juicio bajo los regímenes de comercio. En el caso de Gerber, Estados Unidos amenazó con llevar a Guatemala a juicio en la OMC. En el caso canadiense, la Corporación Ethyl amenazó con demandar a ese país basándose en una disposición escandalosa del NAFTA, la disposición de “Estado Inversionista” –que pronto se incluirá también en el ALCA–. Es aquella que permite a las empresas, por vez primera, enjuiciar directamente a gobiernos soberanos, ya no en las cortes locales, sino en tribunales internacionales establecidos, como la Cámara Internacional de Comercio. La amenaza de Ethyl alega una “expropiación” ilegal por parte de Canadá, porque su ley de seguridad ambiental privaba a Ethyl de futuras ganancias que podría haber recibido si no hubiera existido la prohibición. Se ha entablado un juicio similar contra el estado de California a propósito de un aditivo igualmente peligroso. California está ahora tratando de resolver su situación fuera de las cortes.

Hay cientos de casos y ejemplos similares. Estos acuerdos comerciales existen con el propósito de proveer a las empresas transnacionales de un instrumento fácil para burlar las leyes que intentan regularlos. Lo llaman “libre comercio”, pero lo que realmente quieren decir es libertad para las empresas transnacionales. En los hechos, esas mismas reglas suprimen la libertad de las comunidades y de los países para poder regular y mantener sus valores primarios, desde la sustentabilidad ambiental hasta los enfoques y prioridades locales sobre salud, cultura, empleos, soberanía nacional e, incluso, sobre la propia democracia.

Producción orientada a las exportaciones

Se puede decir que el principio más importante del libre comercio es una conversión global hacia la producción orientada a las exportaciones. Es decir, la teoría de que todos los países deberían concentrar su producción en las áreas de productos en donde tienen cierta “ventaja comparativa” sobre otros países. La ventaja puede estar en la producción de café, caña de azúcar, productos forestales o alta tecnología, habitualmente debido a características geográficas y a salarios extremadamente bajos. Así, cada país debería concentrarse en pocas áreas de especialización y luego tratar de satisfacer sus otras necesidades a través de las importaciones, utilizando para pagar las importaciones la moneda extranjera ganada por las exportaciones. El componente clave de la teoría de la globalización es la idea de que es preciso reemplazar los sistemas económicos locales o regionales por grandes sistemas productivos de monocultivos de exportación. No se valora que los sistemas locales y regionales son altamente diversificados y a pequeña escala -industriales, artesanales y agrícolas-, donde participan muchos pequeños productores que usan mayoritariamente recursos locales o regionales y mano de obra local; ni que sus productos se consumen local o regionalmente.

Si retrocedemos a mediados del siglo XX podemos ver que muchos países del mundo intentan lograr justamente lo contrario: diversificar sus sistemas industriales y agrícolas, precisamente para recuperarse de un período colonial impuesto por los grandes sistemas de monocultivo. Esto es, plantaciones de piñas, plátanos, etc; o, más recientemente, trabajo de montaje industrial. Cuando salieron del colonialismo, los países notaron que la especialización los hacía extremadamente vulnerables a las decisiones políticas extranjeras, a los altibajos del mercado internacional y a los sistemas de precios de los productos. A menudo eso les impedía comprar productos esenciales, como alimentos, energía, insumos sanitarios o vinculados a necesidades industriales básicas. Bajo el sistema llamado “sustitución de importaciones” buscaban autosuficiencia en estos ítems básicos o, simplemente, autodependencia nacional. También se pretendía por esta vía lograr algún tipo de control sobre la estructura total de la economía nacional.

Pero después de Bretton Woods, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional ejercieron enorme presión sobre esos países, instándolos a abandonar su “autodependencia”. Para estas instituciones, la autosuficiencia llegó a ser sinónimo de “aislacionismo” y “proteccionismo”. Exigieron a los países abrir sus fronteras a inversiones privadas de empresas transnacionales capaces de producir mercaderías a gran escala, para el mercado exportador. Las instituciones de Bretton Woods amenazaron de boicot y de exclusión del sistema comercial global a los países que no aceptaran sus condiciones. Lograr ayuda económica de estas instituciones era imposible sin someterse a los esquemas de ajuste estructural. En términos generales, la presión funcionó, lo que generó un segundo round de colonialismo para los países: el neocolonialismo.

¿Por qué esta presión tan fuerte por parte de los bancos? La razón es que la autodependencia local o regional es extremadamente antagónica al libre comercio, a la globalización económica y al hipercrecimiento corporativo, que dependen de una maximización de los procesos económicos. La producción local y regional para el consumo regional es el enemigo jurado de la globalización, ya que opera en una escala significativamente menor.

Si las poblaciones locales o los países pueden satisfacer sus necesidades internamente o regionalmente, las empresas globales tendrán mucho menos oportunidades de especular comercialmente que cuando la actividad económica está diseñada para moverse a través del mundo, exportando e importando productos, para luego exportarlos nuevamente, con una multiplicación del costo de energía para el transporte día y noche. El modelo orientado a la exportación genera un rápido crecimiento de la

economía global y entrega enormes oportunidades a las operaciones empresariales globales. Pero, desgraciadamente, también destruye el ambiente en forma más rápida. Tanto la destrucción ambiental como la pérdida de diversidad cultural son elementos intrínsecos del modelo de la globalización.

La característica central del modelo orientado a las exportaciones es, obviamente, el aumento de la actividad de transporte y de embarque. En los 50 años posteriores a Bretton Woods se ha producido un alza de alrededor de veinte veces en la actividad global de transportes. A mi amigo y colega David Morris, economista de Minneapolis, le encanta usar el ejemplo de un palillo de dientes que viene envasado en plástico y marcado “Made in Japan”. Japón es experto en producción industrial —es una de sus “ventajas comparativas”—, pero tiene muy pocos árboles y carece de petróleo. Dentro de la economía global se considera eficiente embarcar madera desde algún país que la cultiva —Chile, Canadá o Estados Unidos— y algunos barriles de petróleo hacia Japón, poner ambos insumos en una máquina de hacer palillos de dientes, empaarlos en prácticas unidades comerciales y después reembarcarlos a través de los océanos para que lleguen a los consumidores. Ese palillo de dientes, al momento de ser utilizado finalmente, podrá fácilmente haber viajado unos 80.500 kilómetros.

El Instituto Wuppertal, de Alemania, realizó un importante estudio sobre las distancias que viajan los alimentos, desde el punto de origen hasta el lugar donde finalmente serán consumidos. Los componentes promedio de un yogurt de fresa de 150 gramos consumido en Europa, por ejemplo, viajan cerca de 2.000 kilómetros antes de ser procesados, embarcados y puestos a disposición de los consumidores. Las fresas vienen de Polonia; la harina de maíz y de trigo, de Holanda; la mermelada, la remolacha azucarera y las cepas de yogurt, de Alemania; los envases de plástico y de papel provienen de otros países. Se estima que, actualmente, los ingredientes de un plato de comida tipo que se consume en Norteamérica viajan como promedio unos 2.400 kilómetros, desde su fuente de origen hasta el consumidor. Cada kilómetro recorrido por los productos en esta economía global tiene enormes costos para el medio ambiente y para los que pagan los impuestos, en el caso de los productos subsidiados.

Por ejemplo, en la medida en que aumenta el transporte global se requiere un incremento masivo en desarrollo de infraestructura global. Esto le conviene a las grandes empresas transnacionales, como Bechtel, que realiza los trabajos de construcción, pero son malas noticias para las comunidades y los ecosistemas donde se necesitan esas estructuras. Significa nuevos aeropuertos, nuevos puertos marítimos, nuevos campos de petróleo, nuevos oleoductos, nuevas líneas de ferrocarril, nuevas autopistas de alta velocidad. Muchas de estas obras se construyen en tierras vírgenes o áreas forestales con biodiversidad relativamente intacta. Los impactos son especialmente fuertes en los países de Sudamérica y América Central, donde se han realizado gigantescas inversiones en desarrollo de infraestructura en zonas vírgenes o tierras indígenas, a menudo con gran resistencia de parte de las comunidades nativas (los Uwa en Colombia, Kuna en Panamá y diversos grupos en Ecuador han sido particularmente activos).

Pero los problemas son también evidentes en el mundo desarrollado. Años atrás, en Inglaterra, hubo protestas masivas de más de 2.000 campesinos ingleses contra el desarrollo de grandes autopistas que cruzaban zonas rurales con el propósito que los camiones pudieran dar mejor servicio al sistema de comercio global. Los pueblos indígenas de América Latina y los habitantes rurales de Inglaterra protestan por el mismo problema: la destrucción del medio ambiente debido a la globalización.

Aún más importante, incluso, es el aumento en el consumo de combustibles fósiles para el comercio global. El transporte marítimo traslada casi el 80% de las mercaderías del comercio internacional. El combustible que se usa comúnmente es una mezcla de diesel y petróleo de baja calidad, conocido como “Bunker C”, especialmente contaminante y con muy alto contenido de carbono y azufre. Si no fuera consumido por los barcos, se consideraría un producto de desecho. La industria naviera anticipa

un mayor aumento de consumo para los próximos años. Sólo el puerto de Los Ángeles proyecta un incremento de 50% de embarques y desembarques durante la próxima década.

El aumento del transporte aéreo es aún peor. Cada tonelada de carga aérea requiere 49 veces más energía por kilómetro transportado que si fuera trasladada en barco. Un físico de la Boeing compara la contaminación del despegue de un solo 747 con “incendiar una estación local de gasolina y hacerla volar sobre su vecindad”. El despegue de dos minutos de un Boeing 747 es igual a 2.4 millones de cortadoras de pasto funcionando durante veinte minutos.

En la actualidad, muchos investigadores estiman que el aumento del transporte global es una de las mayores contribuciones a la creciente crisis del cambio climático. Si sólo un gobierno asumiera verdaderamente la realidad del cambio climático, lo primero que tendría que hacer, además de cumplir con los compromisos de Kyoto, es demandar una reducción del comercio y del transporte global. El presidente Bush no va exactamente en esa dirección.

El aumento del transporte global ha traído consigo otros problemas graves. Entre éstos, el aumento epidémico de las bio invasiones que amenazan la extinción de especies. Con el incremento del transporte global, billones de criaturas se ponen en movimiento. Viajan ocultas en la carga o en el lastre. Se trasladan en las maletas o en nuestros zapatos, o colgando en los costados de los barcos. Virus, bacterias, mosquitos, nemátodos, semillas exóticas, polillas y otras especies tienen transporte gratis en la economía global. Muchas de estas especies prosperan en los nuevos ecosistemas y, luego, compiten con éxito con las nativas, generando su depredación o crisis en la salud de la población. En la Costa Oriental de Estados Unidos, la emergencia del virus del Nilo occidental, donde nunca antes existió, se debe seguramente a la actividad de transporte. Lo mismo ocurre con la propagación de la malaria y la fiebre del dengue a otras partes de Norteamérica. Incluso la fiebre aftosa se debe en gran parte al comercio y transporte global.

El traslado de alimentos perecibles a través de los mares también necesita un aumento de refrigeración, lo que significa mayor impacto en la capa de ozono y en el cambio climático. El incremento en el embalaje y uso de pallets de madera para la carga de mercancía contribuye, asimismo, a aumentar la presión sobre los bosques a nivel global.

En síntesis, no se pueden ignorar los impactos ambientales causados por la economía global. Si diseñamos un sistema económico construido sobre la base de un incremento del comercio global, aumentará también la actividad de transporte, provocando el tipo de problemas que acabamos de describir. Estos son intrínsecos al modelo.

La crisis de la agricultura y la pérdida de las comunidades rurales

Las consecuencias sociales y ambientales más traumáticas de la globalización económica ocurren a nivel regional y local, principalmente debido al desplazamiento de las economías de producción agrícola diversificada y de pequeña escala hacia un modelo de exportaciones agroindustriales. Los resultados son catastróficos.

Es preciso destacar que casi la mitad de la población mundial vive directamente de la tierra, produciendo alimentos para sus familias y comunidades. Se concentra en los cultivos básicos y de otros alimentos secundarios a base de variedades de semillas nativas, usando rotación de cultivos, y un sistema de gestión y uso compartido de recursos, como el agua, las semillas y el trabajo. Con esos sistemas, estas comunidades han podido subsistir al menos durante un milenio. Pero los sistemas

locales son anatema para la economía globalizada. De modo que compañías como Monsanto, Cargill y Archer Daniels Midland se han esforzado en difundir a nivel gubernamental y mediante campañas publicitarias de millones de dólares que los pequeños agricultores no son lo suficientemente “productivos” o “eficientes” como para alimentar a un mundo hambriento; y que las empresas transnacionales pueden hacerlo en Estados Unidos. Es cosa de escuchar todas las noches el programa “Lehrer News Hour” (“La hora de las noticias de Lehrer”) en un espacio llamado “transmisión pública”. Archer Daniels Midland proclama que lo único que les impide alimentar a este mundo hambriento son las “políticas” que se niegan a bajar las barreras para que ellos salgan a alimentar a la población mundial.

Este tipo de empresas tiene muchas facilidades en la economía global. Casi todas las regulaciones de la OMC y de los grandes bancos –y muchas nuevas reglas que hoy se están proponiendo– favorecen decididamente a las empresas transnacionales y a los monocultivos agrícolas, en desmedro de la agricultura local diversificada para la autosuficiencia y el mercado interno. Por eso, en los territorios donde en el pasado miles de campesinos cultivaban alimentos para el consumo interno, gigantescos consorcios internacionales están cultivando monocultivos para la exportación, muchos de éstos manejados por grandes propietarios ausentes.

Estas compañías no cultivan alimentos para el consumo de la población local. Las empresas globalizadas son expertas en productos lujosos de alto precio y alto margen de ganancia –flores, plantas decorativas, carne de vacuno, camarones, algodón, café– que cultivan para exportarlas hacia países ya sobrealimentados. La gente que solía vivir en el campo, cultivando su propio alimento, está siendo desplazada rápidamente de sus tierras. Y tampoco encuentran trabajo en los centros urbanos. Además, como estos sistemas corporativos practican una producción agrícola altamente intensiva, muy mecanizada y con alto insumo de agroquímicos, generan muy pocos empleos. Como consecuencia, la gente que solía alimentarse a sí misma se queda ¡sin tierras, sin casa y sin empleo! Desaparecen las comunidades que una vez fueron auto sustentadas y los cultivos para el consumo interno siguen siendo desplazados. Esto ocurre incluso en Estados Unidos, donde quedan muy pocas familias campesinas y pequeños terratenientes.

Los campesinos y sus familias en general van a parar a barrios urbanos pobres. Allí, sin comunidad ni apoyo cultural, tratan de competir por los empleos urbanos. De este modo, familias que antes se auto sustentaban llegan a convertirse en una carga para la sociedad, mientras los grandes consorcios agrícolas se enriquecen con las exportaciones.

Algunos campesinos desplazados de la tierra también empiezan a cruzar las fronteras. Lo hemos visto claramente entre Estados Unidos y México, a partir del NAFTA. El NAFTA ha sido una sentencia de muerte para los campesinos indígenas mayas de México, que cultivaban maíz y se sustentaron mediante el sistema cooperativo del ejido mexicano durante casi un siglo (desde la revolución zapatista, a principios de 1900). En el contexto de su ingreso al NAFTA, México tuvo que eliminar el sistema del ejido y abrir las tierras agrícolas mayas a inversionistas foráneos, generando un enorme desplazamiento de los mayas fuera de sus tierras. Esta gente sin tierra, sin casa y sin dinero ha comenzado a migrar a través de la frontera norteamericana, buscando trabajos temporales, como la recolección de uva o de fresas, para encontrarse muchas veces sólo con xenofobia y violencia.

Otro problema ambiental inherente al modelo exportador, pero menos conocido, es la producción de monocultivos, lo que provoca enormes complicaciones ambientales. Los monocultivos reducen la biodiversidad no sólo por el hecho de eliminar la vida microscópica de los suelos a causa del pesado uso de los productos químicos, sino también al reducir la producción de mercaderías a una o dos variedades de exportación. Por ejemplo, allí donde los filipinos cultivaron miles de variedades de

arroz, hoy sólo cultivan dos variedades, que constituyen el 98% de la producción. Las demás están desapareciendo. México ha perdido más del 75% de sus variedades originarias de maíz. Entre los cultivadores de papas de la Isla de Chiloé, en Chile –así como en la precordillera de los Andes, donde se cultivaban miles de variedades de papas–, la producción se ha visto reducida a 4 ó 5, que son utilizadas para una producción intensiva a gran escala. Según la Organización para la Agricultura y la Alimentación (FAO), de la ONU, el mundo ya ha perdido cerca del 75% de la diversidad de productos agrícolas debido a la globalización de la agricultura industrializada.

Además, hay que considerar los costos externos de la agricultura industrial. Hoy se la destaca por una supuesta mayor eficiencia que la agricultura de pequeña escala. Se ignora, sin embargo, el costo de la contaminación del aire, del agua y de los suelos; el creciente uso de combustibles fósiles, pesticidas y herbicidas; la pérdida de materia orgánica debido a la producción intensiva y mecanizada; así como los problemas de salud pública derivados de enfermedades producidas por alimentos provenientes de sistemas agrícolas fabriles, salmonella, e coli, listeria y otros. Sin mencionar la enfermedad de las vacas locas, la fiebre aftosa y otras.

Finalmente, hay que considerar el costo social que genera al país asumir a los pequeños agricultores que han perdido el sustento como consecuencia de la priorización del mercado global. Numerosos predios que daban empleo a familias enteras se transforman en complejos agroindustriales manejados por pocos trabajadores. Si se toman en cuenta estos costos externos, resulta absurdo calificar el sistema agroindustrial de eficiente. Es posible que usted compre un tomate mexicano por unos centavos menos en el supermercado, pero todos pagaremos más en el futuro para contrarrestar los problemas que provocan la producción de ese tomate y todo este sistema.

Millones de agricultores de todo el mundo dependen del sistema agroindustrial y comercial global, y lo detestan. Hemos presenciado protestas masivas de cultivadores de arroz en Japón, Tailandia y Filipinas; y contra Cargill, Kentuchy Fried Chicken y Monsanto en la India, con millones de personas en las calles. Dos años atrás, vimos en los medios de comunicación a un agricultor francés llamado Jose Bové lanzar su tractor contra un McDonalds en su país. Bové protestaba por la “mala comida” y por todo el sistema agrícola industrial, que para Francia ha significado el traspaso de la propiedad de los pequeños predios agrícolas a las transnacionales agrícolas. A esto se agrega la destrucción de la agricultura tradicional, la devastación ecológica y cultural asociada a la eliminación de productos como el queso artesanal francés, elaborado en pequeña escala. Ahora se debe responder a las normas alimenticias de la OMC, traspasadas al codex alimentarius. Entre otras reglas, el codex exige que el queso ya no pueda venderse en mercados exteriores de Francia, a menos que esté envasado a compresión, como el Kraft.

Una vez más, el problema lo constituye el propio modelo económico. La idea de convertir a las diversas economías locales en sistemas comerciales de exportación sólo puede beneficiar a las empresas transnacionales que tienen la posibilidad de competir por escala en ese mercado, mientras que las comunidades y las naciones se vuelven dependientes y vulnerables. La situación sería muchísimo mejor para la gente si las instituciones y los tratados pusieran mayor énfasis en apoyar la autosuficiencia local y nacional en vez de maximizar las exportaciones.

¿Quién se beneficia?

Posiblemente los arquitectos de la globalización tenían buenas intenciones. Tal vez creían que el sistema iba a producir un crecimiento económico exponencial que sería francamente beneficioso para la gente. El eslogan fue “una marea que sube levanta a todos los barcos”. Su argumento era que los

beneficios de la globalización “chorrearían” a todos los segmentos de la sociedad y que su propósito principal es ayudar a los pobres a salir de esa situación.

Frente a esto, las preguntas son múltiples. En primer lugar, ¿cómo se puede sostener en el tiempo una hiper expansión de la economía? ¿Cuánto puede durar esa expansión antes que debamos enfrentar directamente los límites de un planeta finito? ¿De dónde podrán extraerse los recursos – minerales, madera, agua, energía– para alimentar esa expansión económica exponencial, sin matar al planeta? ¿Cuántos autos y refrigeradores pueden construirse y comprarse? ¿Cuántas carreteras pueden cubrir el paisaje? ¿Cuántos peces pueden ser industrializados antes de que colapsen los ecosistemas marinos? ¿Cuánta contaminación podemos soportar y sobrevivir? O ¿cuánto calentamiento global y reducción de la capa ozono se puede aceptar antes de que los costos sociales y ambientales crezcan demasiado?

Y, por último, ¿quién se beneficia con la globalización? No son los agricultores desplazados de sus tierras, que terminan siendo refugiados urbanos desempleados. Tampoco son los habitantes urbanos, que tienen que enfrentar la competencia de los desplazados rurales en busca de empleo, o los trabajadores amenazados de ser reemplazados por obreros más baratos. Y con toda seguridad, tampoco la naturaleza es beneficiada.

En Estados Unidos sabemos que los altos ejecutivos de las grandes compañías y de las empresas transnacionales están obteniendo salarios y gratificaciones de millones de dólares, mientras que los salarios reales de los trabajadores comunes van declinando. El Institute for Policy Studies (Instituto de Estudios de Políticas) establece en sus investigaciones que los gerentes norteamericanos reciben un salario promedio 450 veces superior al de los trabajadores de producción, y que esta brecha aumenta año a año. Los informes de 1999 del Instituto de Políticas Económicas también confirman que el salario medio por hora de los trabajadores ha bajado en términos reales en un 10% en los últimos años.

Recientemente, el diario “The New York Times” ha informado que, a pesar que la economía ha comenzado a decrecer, los salarios de los ejecutivos de las grandes empresas, sobre todo de las empresas transnacionales, están aumentando paulatinamente. Y, en el área industrial, el rubro computacional que lideró el último “boom”, en el que algunos famosos han hecho fortunas, el 80% de los trabajadores de montaje y producción son temporeros que ganan 8 dólares por hora, sin beneficios sociales ni sindicatos. ¿A qué se refieren, entonces, al asegurar que cuando sube el mar eleva a todos los barcos?

El Informe del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo señalaba en 1999 que la brecha entre ricos y pobres -dentro y entre los países del mundo- está creciendo paulatinamente, culpando de este grave problema a las desigualdades del sistema global de comercio.

El informe destaca que es tan alto el grado de concentración de riqueza que los ingresos de los 475 billonarios del mundo equivalen a los ingresos del 50% de la humanidad.

De las 100 mayores economías del mundo, 52 son corporaciones. Mitsubishi es la vigésimo segunda economía más grande del mundo. GM es la vigésimo sexta, la Ford es la trigésimo primera. Todas son mayores que las economías de Dinamarca, Tailandia, Turquía, Sudáfrica, Arabia Saudita, Noruega, Finlandia, Malasia, Chile, Nueva Zelanda.

En general, la gente sigue aferrándose a la idea de que las grandes empresas están ayudando a generar empleo a nivel global y que el aumento de su tamaño va relacionado con la creación de más empleos. Pero desgraciadamente no es así. Las 200 empresas más grandes del mundo generan hoy alrededor

del 30% de la actividad económica global, pero emplean a menos de la mitad del 1% de la fuerza laboral global. En la medida en que estas compañías crecen y se globalizan reemplazan a los obreros por máquinas. Y, además, compran a las empresas de la competencia, proceso de fusión que elimina los empleos duplicados. Estas economías de escala son funcionales al diseño de la globalización del libre comercio, del mismo modo que la degradación ambiental es intrínseca al sistema de comercio orientado a las exportaciones. Las fusiones a gran escala y la integración vertical de estas empresas producen menos empleos y no más empleo.

En relación con el eslogan “la marea que sube levanta a todos los barcos”, queda claro para muchos de nosotros que sólo levanta los yates. ¡Estas son las malas noticias! La buena noticia radica en que no es necesario que este tipo de globalización se siga intensificando. No hay nada inevitable al respecto. La globalización es sólo un conjunto de reglas e instituciones que pueden cambiarse si queremos hacerlo. Si tenemos una democracia -¿la tenemos?-, entonces podemos intentarlo. Mucha gente lo entiende así y está movilizándose para cambiar este modelo de globalización, como lo hemos visto en Seattle, Praga, Génova, y como se seguirá viendo en el futuro. Este movimiento a nivel mundial está creciendo, a pesar de enfrentar un aumento de represión por parte de los Estados. La OMC está tan preocupada de quién va a monitorear y protestar en su próxima reunión que la ha trasladado a ¡Qatar! Es claro que esta institución aún no aprende mucho sobre apertura, transparencia y democracia. Qatar es un buen lugar para ocultarse de los movimientos ciudadanos.

Decenas de miles, cientos de miles de opositores a la globalización están avanzando. La mayoría coincide en que el modelo Bretton Woods está viciado sin esperanza y que responde a una sola lógica de valores: lo que es bueno para el crecimiento económico y empresarial es bueno para toda la gente y también para el ambiente. Este argumento ya no se sostiene.

En la actualidad también existen grandes quejas dentro de la OMC. Se han desarrollado profundos antagonismos entre los países en torno a temas como la biotecnología, la agricultura, los servicios y la cultura. Algunos países sienten que sus ciudadanos se agitan excesivamente frente a negociaciones que amenazan destruir sus sistemas productivos básicos, ponen en riesgo el comercio agrícola o permiten las presiones de Estados Unidos para imponer modelos de agricultura empresarial industrializada. En Seattle comprobamos, por primera vez, que los países del Tercer Mundo desconfían que el actual sistema busque ayudarlos, a pesar de la falsa retórica de la OMC, sino que más bien puede excluirlos o mantenerlos como colonias proveedoras de recursos y de mano de obra barata para las empresas globales.

Una buena ilustración de esto es lo que ocurrió en Washington, en abril pasado, en los actos contra el FMI y el Banco Mundial. Ambas instituciones daban instrucciones diarias a la prensa para que acusaran a los manifestantes de perjudicar a los pobres del mundo. Era el mismo tipo de argumento que Michael Moore, presidente de la OMC, había estado utilizando en Seattle cuando proclamaba que la OMC era la que estaba trabajando por los pobres y que los activistas antiglobalización los estábamos dañando. El diario “The New York Times”, el “Washington Post” y las otras cadenas de medios propagaban diariamente esos argumentos, que seguramente constituyen una de las aseveraciones más cínicas de la historia: culparnos de dañar a los pobres.

Un día tomé un ejemplar del “International Herald Tribune”. Su historia de primera plana contenía los cargos del FMI en el sentido que estábamos perjudicando a los pobres. Pero en la página siguiente, en igual espacio, el “Herald Tribune” entregaba una crónica sobre la reunión de los países del G77 en La Habana, que tenía lugar en forma simultánea. Allí, los presidentes de los países más pobres del Tercer Mundo y de los países menos desarrollados habían votado en forma unánime (77-0) a favor de los que protestaban y criticaban severamente al FMI y al Banco Mundial.

Este tema no apareció ni en el “Washington Post” ni en el “Times”, pero sí se publicó en Europa y Asia. Tenemos mucho trabajo que hacer con los medios de comunicación para convencerlos de que publiquen algunas historias sobre por qué tantos cientos de miles de personas están protestando.

Pero creo que la mejor noticia es que gran parte del movimiento antiglobalización cree que no debiéramos permitir que la misma gente que creó este problema pretenda entregar la solución.

En enero del 2001, unos 25 mil activistas antiglobalización de todas partes del mundo se reunieron en Porto Alegre, Brasil, para iniciar un proceso de articulación global destinado a reemplazar el modelo de Bretton Woods. Se espera, con el tiempo, definir un nuevo conjunto de acuerdos internacionales que operen desde una jerarquía de valores totalmente diferentes, no empresariales. A nivel internacional, no hubo mucha información sobre esta reunión en Porto Alegre, porque todos los medios estaban cubriendo la reunión de Davos, donde los capitanes de la industria y de la globalización se reunieron en el llamado Foro Económico Mundial.

A los integrantes del movimiento antiglobalización muchas veces se nos tilda de utopistas, porque queremos detener el supuesto “inevitable progreso” del capitalismo empresarial. Pero en relación con esta acusación, nuestros críticos están atrasados en materia de noticias. Si hay un utopismo hoy, es el utopismo empresarial. Es insostenible seguir argumentando a favor de un sistema que homogeniza la actividad económica y la cultura global para beneficiar a las empresas, que arrebató el poder a las comunidades para dárselo a las burocracias globales, que margina y deja sin hogar a millones de campesinos y trabajadores, y que devasta la naturaleza de un modo sin precedente. Seguir afirmando que este sistema puede sobrevivir por mucho tiempo es puro utopismo empresarial. Estamos seguros que no lo podrán mantener.

GLOBALIZACIÓN Y SUSTENTABILIDAD

Wolfgang Sachs
 Instituto Wuppertal
 Alemania

Cuanto más significados admiten, más poderosos son los símbolos. En realidad, se nutren de la ambivalencia. La Cruz, por ejemplo, representaba tanto la victoria para los conquistadores como la esperanza para los vencidos. Esa ambivalencia la colocaba por encima de la contienda; un sólo mensaje claro hubiese bastado para que en lugar de unir, dividiere. Lo mismo puede decirse de la imagen del planeta azul, que se ha convertido en un símbolo indiscutido de la izquierda y la derecha, por liberales y conservadores.

Cualesquiera sean sus diferencias, todos se muestran complacidos de adornarse con este símbolo de nuestros tiempos. Portarlo es anunciar que uno se mantiene al día, que se está a tono con el mundo, mirando hacia el futuro y verdaderamente preparado para partir rumbo al nuevo milenio. En esa imagen se conjugan deseos y aspiraciones contrapuestas, propias de nuestra época. Es la bandera que enarbolan las tropas de bandos enemigos, y su prestigio y distinción son consecuencia de esa pluralidad de significados. La foto del globo terráqueo contiene en sí misma las contradicciones de la globalización. Es eso lo que la convierte en icono, apto para todos los gustos.

El movimiento ecologista internacional se reconoció e identificó inmediatamente en esa imagen, tan pronto como ella apareció, a finales de la década de los '60. En esa foto no hay nada que resalte más claramente que el contorno redondo que destaca al globo del resto del oscuro cosmos. Las nubes, los océanos y los continentes apenas se vislumbran en la luz tenue; la Tierra aparece ante el observador como una isla acogedora en medio de un universo hostil a la vida, en la que caben todos los continentes, los mares y las especies vivientes.

Para el movimiento ecologista, el mensaje de esa foto es sencillo y claro: ella pone de manifiesto que la Tierra es finita y agotable. Ese objeto circular dejó en evidencia que los costos ambientales del progreso industrial no podrían continuar siendo trasladados a una tierra de nadie por toda la eternidad; que se acumulan lentamente, convirtiéndose en una amenaza para todos dentro de un sistema cerrado. Al fin, la "externalización" de costos quedaba relegada al ámbito de lo imposible. En un mundo finito, en el que todos nos vemos afectados por todos los demás, era urgente la necesidad de cuidarnos mutuamente, de tener mayor consideración los unos de los otros, de ser más reflexivos acerca de las consecuencias de la acción de cada uno de nosotros.

Tal era el mensaje holístico y, sin lugar a dudas, surtió algún efecto. Desde aquellos días en que algunas minorías lanzaron ese llamado tan lleno de presagios, la imagen del planeta como sistema cerrado ha ganado cada vez mayor aceptación e, incluso, reconocimiento en la legislación internacional. Los convenios sobre el ozono, el cambio climático y la biodiversidad dan pruebas del hecho que la percepción de los límites biofísicos de la Tierra ha sido consagrada políticamente por los poderes supremos.

Ya hace algún tiempo, sin embargo, que los ecologistas perdieron el monopolio de esa imagen. Desde hace algunos años se la puede ver en los avisos luminosos que adornan los eternos corredores que llevan desde los mostradores de registro en los aeropuertos hasta la salida, expresando muy nítidamente una visión distinta de la globalización. El aviso muestra al planeta azul abriéndose camino hacia el observador desde un fondo negro azulado, con un texto lacónico que dice: "Master Card. El

Mundo en sus Manos”. Con ello se le dice a los apresurados pasajeros que en cualquier lugar del ancho mundo a donde viajen podrán contar con los servicios de su tarjeta de crédito e incluirse en una red mundial de débitos y créditos. El imperio de las tarjetas de crédito se extiende atravesando todas las fronteras, dándole a su portador poder adquisitivo en cualquier lugar y contabilidad instantánea en tiempo real, garantizándole cobertura en todo momento al viajero mediante sus transferencias electrónicas de dinero.

En esta y muchas otras variantes, la imagen del planeta se viene convirtiendo desde la década de los ‘80 en emblema de negocios y empresas transnacionales; al parecer, no existe prácticamente ninguna empresa de turismo ni de telecomunicaciones —para no hablar de la industria de la información— que pueda vivir sin ella.

Esto fue posible debido a que la foto también abriga un mensaje bastante distinto. Diferenciándose del oscuro cosmos negro que le sirve de fondo, la esfera terrestre se distingue como una zona cuya continuidad territorial hace desaparecer las fronteras políticas y las naciones. De ahí resulta el mensaje visual según el cual lo que cuenta son quizás los límites de la Tierra, pero definitivamente no las fronteras políticas. Sólo se pueden ver océanos, islas y continentes, sin rastro alguno de las naciones, culturas y Estados que conforman el mapa geopolítico y sociocultural del planeta.

En la foto del planeta las distancias se miden exclusivamente en unidades geográficas de millas o kilómetros, nunca en unidades sociales de proximidad o “ajenidad”. Las fotos satelitales suelen parecer mapas renaturalizados, aparentemente confirmando el antiguo postulado cartográfico según el cual los lugares no son más que la intersección de dos líneas, las líneas de longitud y latitud. En marcado contraste con los globos terráqueos del siglo XIX, que dibujaban tajantemente las fronteras políticas utilizando a menudo distintos colores para demarcar distintos territorios, en las fotos satelitales de hoy en día toda la realidad social queda diluida en la morfología.

La Tierra está representada como una zona homogénea por la que se puede transitar sin ningún obstáculo o, en todo caso, en la que los únicos obstáculos son los que ofrece la geografía, nunca las comunidades humanas y sus leyes, costumbres y metas. De cara al observador, todos los puntos del globo pueden ser vistos en el mismo momento, y ese acceso simultáneo de la mirada humana sugiere también la idea de acceso irrestricto en la realidad concreta. La imagen del planeta nos ofrece un mundo abierto y sin restricciones al movimiento, al cual se puede acceder desde cualquier lugar y orientación, y que no presenta ningún obstáculo al expansionismo, más que los propios límites de la Tierra. Abierta, continua y controlable. También hay un mensaje imperial en las fotografías de la Tierra.

La imagen simboliza límites desde el punto de vista físico y expansión desde el punto de vista político. No debe sorprender, entonces, que sirva de bandera tanto de los grupos ecologistas como de las empresas transnacionales. Se ha convertido en el símbolo de nuestros tiempos, permeando todas las visiones contrapuestas del mundo, porque evoca y le da vida a los dos polos del conflicto fundamental que atraviesa nuestra época. Por una parte, los límites ecológicos de la Tierra se hacen más evidentes que nunca; por otra, la dinámica de la globalización presiona por la eliminación de todas las fronteras asociadas al ámbito político y cultural (Altvater y Mahnkopf, 1996). Ambas narrativas de la globalización —limitación y expansión— han venido adquiriendo contornos cada vez más nítidos a lo largo de las tres últimas décadas y se disputan el predominio, tanto en el terreno de la teoría como en la arena política. El resultado de esta contienda habrá de determinar la configuración del nuevo siglo.

El ascenso de la economía transnacional

Desde mediados de los ‘70, cuando el sistema de tasas fijas de cambio instaurado en Bretton Woods dio paso a las paridades flotantes determinadas por el mercado, la economía mundial viene experimentando el colapso de las fronteras en un proceso inicialmente lento, que ha tomado ímpetu paula-

tinamente. Desde luego que la búsqueda de materias primas y mercados ya había empujado a las empresas capitalistas fuera de sus fronteras nacionales siglos atrás, pero la creación de un orden jurídico internacional que trabaja programáticamente en pos de una economía transnacional de fronteras abiertas es producto exclusivo de las últimas décadas.

Mientras las primeras ocho rondas de negociación del GATT (Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio, por su sigla en inglés), desde su creación tras la Segunda Guerra Mundial, habían desmantelado más y más obstáculos al intercambio de bienes -en línea con los preceptos tradicionales del libre comercio-, la última de ellas, la llamada "Ronda de Uruguay" y la recién creada Organización Mundial de Comercio (OMC), sentaron los fundamentos legales para el movimiento de bienes, servicios, capitales financieros e inversiones, sin ningún tipo de regulación política a lo largo y ancho del globo. La Ronda de Uruguay, que concluyó en 1993, amplió el círculo de mercancías libremente comerciables y también desreguló el mercado de componentes tales como los proyectos y contratos de construcción, los derechos de autor, las patentes y los seguros.

Los controles al movimiento de capitales han sido eliminados gradualmente a lo largo de los últimos veinte años (primero en Estados Unidos y Alemania y desde mediados de los '80 en el Japón y finalmente también en los países del Sur) facilitando en buena medida los flujos financieros hacia adentro y hacia afuera. Para que los inversionistas extranjeros se sientan como en casa en cualquier lugar, la OMC (y la OCDE con su Acuerdo Multilateral de Inversiones provisoriamente frenado) le ha impuesto a todos los Estados la obligación de concederle a aquellos los mismos derechos, por lo menos, que a los inversionistas nacionales.

A todas esas iniciativas las mueve una fuerza utópica. Eso se hace evidente en las declaraciones cada vez más frecuentes que anuncian la intención de "nivelar el campo de juego" y crear una arena global para la competencia económica, donde sólo cuente la eficiencia, sin distorsiones ni trabas de tradiciones o estructuras locales especiales. Se supone que todos los actores económicos tienen derecho a vender, producir y comprar lo que se les antoje en cualquier lugar y en cualquier momento. Hasta ahora —dicen— ese libre juego del mercado se había visto entorpecido por la impresionante diversidad de regímenes sociales y ordenamientos legales imperantes en el mundo, surgidos de la estructura social y la historia particular de cada país. El objetivo es, entonces, disociar las actividades económicas de su arraigo en condiciones locales o nacionales y someterlas a las mismas reglas (si alguna) en todo el mundo. Se supone que no se debería obstaculizar, debilitar o interferir las fuerzas del mercado, ya que eso provocaría ineficiencias y niveles poco óptimos de bienestar.

Este modelo utópico de globalización económica también representa al mundo como una zona homogénea, transitable a voluntad por bienes y capital en circulación. Se supone que sólo la oferta y la demanda, en ningún caso prioridades políticas, deben acelerar o frenar esos flujos u orientarlos en la dirección correcta. La Tierra está concebida como una única y gran plaza de mercado en la que el costo de los factores de producción es reducido al mínimo ("global sourcing"= aprovisionamiento mundial) y donde las mercancías se venden al mejor postor ("global marketing"= oferta mundial).

Al igual que en las fotografías de satélite del planeta, los Estados y sus leyes particulares no desempeñan ningún papel; los lugares donde vive la gente son reducidos a una mera ubicación de actividades económicas. Y aun así, las sociedades por todas partes reaccionan lentamente y oponen resistencia, para disgusto constante de las tropas de asalto del paraíso neoliberal. Los globalizadores tienen que cumplir, en consecuencia, la onerosa tarea de adaptar la realidad al modelo ideal; su misión es remover incansablemente los obstáculos al libre flujo de las mercancías y así hacer que el mundo sea total y exhaustivamente accesible. Ese es precisamente el libreto del régimen económico multilateral de la OMC.

En las últimas décadas, por supuesto, también se ha creado una infraestructura material para la integración transnacional. Sin la red mundial de líneas telefónicas, cables de fibra óptica, canales de microondas, estaciones repetidoras y satélites de telecomunicaciones, el mundo actual de fronteras abiertas no existiría —o por lo menos no como un aspecto rutinario de la vida cotidiana—, ya que los flujos de datos electrónicos (que pueden ser transformados en órdenes e información, imágenes y sonido) devoran kilómetros con sólo apretar una tecla o hacer presión en el botón del ratón de una computadora. La distancia geográfica deja de tener significación en sí misma y, dado que los costos de transmisión y procesamiento de datos han caído dramáticamente, la interacción mundial se ha convertido en el pan de cada día de las clases medias con visión global. Es así como las pulsaciones electrónicas traducen lo que la imagen externa del planeta ya sugería: la unidad del espacio y el tiempo de cara a cualquier acción en el mundo.

En principio, hoy en día es posible relacionar a todos los hechos entre sí, en tiempo real y en todas partes del mundo. Mientras la fotografía del globo terráqueo transmitía la ausencia de fronteras como experiencia visual, la articulación electrónica la convierte en una experiencia comunicativa (y el transporte aéreo en un viaje). El flujo permanente de volúmenes inconmensurables de "bits" de información que circulan por todo el mundo a la velocidad de la luz, ha conseguido abolir las distancias y, asimismo, ha comprimido el tiempo; el espacio cibernético produce un mundo espacial y temporalmente compacto (Altwater y Mahnkopf, 1996).

Las autopistas de la información son comparables a las vías del ferrocarril: la red digital es al ascenso de la economía global lo que la red ferroviaria fue al ascenso de la economía nacional en el siglo XIX (Lash y Urry, 1994). Así como la infraestructura ferroviaria se convirtió en la espina dorsal de la economía nacional (debido a que los costos cada vez menores del transporte permitieron que diversos mercados regionales se unieran en un sólo mercado nacional), la infraestructura digital es asimismo la espina dorsal de la economía global, puesto que los costos cada vez menores de transmisión permiten que los mercados nacionales se unan en un único mercado mundial.

Claro está que las distancias no se han truncado de la misma manera en todas las regiones del mundo, lo cual resulta en una nueva jerarquía del espacio cibernético: las "ciudades globales" ocupan la cúspide de la pirámide, estrechamente interconectadas por cables de fibra óptica y transportes aéreos y terrestres que atraviesan las fronteras a alta velocidad, mientras que en la base hay regiones enteras e incluso continentes —como África o Asia Central, por ejemplo— que constituyen 'agujeros negros' en el universo informático (Castells, 1997), sin ninguna conexión significativa con el resto del mundo y entre sí.

Estudiándolas más pormenorizadamente, entonces, las redes de interacción transnacional rara vez constituyen sistemas que se extiendan verdaderamente a lo largo y ancho del planeta en su conjunto; en realidad no son globales sino transnacionales, puesto que unen solamente a algunos segmentos variables del mundo. Más que globalizadas, son redes desterritorializadas. Ese es particularmente el caso de las formas económicas características de la era global —cadenas de producción de plusvalía muy extendidas geográficamente y mercados financieros mundiales— en contraste con otros tipos anteriores de internacionalización.

Con base en una infraestructura física y electrónica de circulación, las empresas ahora tienen la posibilidad de fragmentar sus procesos de generación de plusvalía y ubicar partes de él en aquellas zonas del mundo que les ofrezcan condiciones salariales, profesionales o de mercado más ventajosas. Bien puede suceder, por lo tanto, que para un producto cualquiera tomado al azar, Rusia sea el lugar donde se desarrollan las primeras etapas de la producción; Malasia, donde se fabrica el producto; Hong

Kong, donde se comercializa; Suiza, donde se hace la investigación, e Inglaterra, donde se diseña el producto. En lugar de la fábrica tradicional en la cual un producto generalmente se manufacturaba de principio a fin, lo que predomina ahora es una red de ubicaciones parciales que permiten aumentos de eficiencia previamente impensables. Sin embargo, el caso más emblemático del colapso de las fronteras nos lo brindan las operaciones de los mercados financieros. Las acciones, los empréstitos y las bolsas de valores hace ya tiempo se digitalizaron, dejando atrás el papeleo; ahora basta con apretar una tecla para que todos esos títulos puedan cambiar de propietario, sin que realmente incidan en nada las fronteras y las distancias geográficas. Tampoco es casual que el mercado más extensamente globalizado sea el de la menos física de todas las mercancías: el dinero. Sujeto sólo a pulsaciones electrónicas, el dinero puede moverse angelicalmente por doquier, dentro de un espacio homogéneo. Parecería que la narrativa de la eliminación de las fronteras se traduce mejor a la realidad cuando ello ocurre en el espacio cibernético incorporado.

Cómo la globalización económica reduce el empleo de recursos

Para los protagonistas de la globalización no hay peor espina que un área económica cerrada. Las restricciones a las importaciones y la reglamentación de las exportaciones, las normas de calidad de los productos y la legislación social, la canalización de las inversiones y las leyes sobre la distribución de las ganancias -en suma, cualquier tipo de disposición política que establezca diferencias entre el sistema económico de un país y el de los otros- son percibidas por los globalizadores simplemente como obstáculos a la libre circulación de los factores de producción.

Por eso, procuran socavar y paulatinamente eliminar por completo las llamadas "barreras" ("containers") de los mercados nacionales dispuestos por los Estados y reemplazarlas por una arena transnacional en la que los actores económicos no estén condicionados por leyes y reglas especiales que les impidan llevar a cabo la dinámica de la competencia. Los regímenes económicos multinacionales -ya sean de proyección continental, como la ANSEA, el TLCAN o la UE; o de proyección global, como el GATT y la OMC- tienen como propósito, en definitiva, la creación de zonas homogéneas de competencia que abarquen y se extiendan sobre las naciones.

Mercados abiertos y el efecto de eficiencia

El mundo que nos prometen esas iniciativas es uno donde se aprovechan al máximo sus recursos limitados. Hay que encontrar la manera de satisfacer a un número cada vez mayor de gente en el mundo, con pretensiones cada vez mayores; de este desafío derivan los globalizadores su tarea, mejor dicho, su misión de someter los aparatos económicos del mundo a un tratamiento intensivo de aumento de la eficiencia. Porque el objetivo de la liberalización del mercado es garantizar que el capital, el trabajo, la inteligencia y hasta los recursos naturales sean explotados de la manera más eficiente en todo el mundo, mediante el poder selectivo de la competencia. Sólo un tratamiento de este tipo —sostienen los globalizadores— renovado permanentemente, servirá de fundamento para la riqueza de las naciones.

Es cierto, las empresas no operan con base en grandiosas motivaciones altruistas, simplemente aprovechan las oportunidades de obtener ganancias y éxitos competitivos. No obstante, se supone que la 'mano invisible' del mercado al final generará mayor prosperidad para todos, incluso a nivel mundial. Es necesario, por lo tanto, generar una dinámica que exponga a todas las zonas protegidas de baja productividad, a los vientos vigorizantes de la competencia internacional.

El blanco principal de esas estrategias son los complejos económicos estatales de la ex-Unión Soviética y de muchos países del Sur. En efecto, proteccionismo hacia el exterior y esclerosis interna van con frecuencia aparejados, nos dicen, ya que las estructuras parasitarias surgen con mayor facilidad

allí donde las élites del poder pueden utilizar su posesión del Estado para apropiarse las riquezas del país. Aisladas y protegidas de la competencia, ya sea interna o externa, esas élites en el poder disponen impunemente de capitales y otros recursos, que invierten en operaciones a corto plazo y de máxima rentabilidad y ganancias, buena parte de las cuales van ocultando y acumulando en cuentas bancarias en el exterior. A la par con el monopolio estatal de la actividad económica, la presión sobre los trabajadores y el desabastecimiento de los consumidores, es fundamentalmente la explotación desenfrenada de la naturaleza lo que les reporta mayores ganancias inmediatas.

El crecimiento se convierte rápidamente en sinónimo de extracción ampliada de recursos naturales: petróleo en la Unión Soviética, Nigeria o México; carbón en China y la India; maderas tropicales en Costa de Marfil e Indonesia; y minerales en el Zaire. Sin lugar a dudas, no es casual que el empleo de recursos naturales fuera mucho mayor en los antiguos países comunistas que en Occidente, dado que allí las riquezas naturales eran concebidas como un medio gratuito (por ser propiedad del Estado) para acelerar el desarrollo industrial, especialmente en la medida que la presión por crecer estaba dirigida no a métodos intensivos sino extensivos de aumentar la producción. Abrir esas economías burocráticamente osificadas a la competencia fue, por lo tanto, beneficioso en términos del uso eficiente de los recursos. Casi tan pronto como se derrumbaron los muros de restricciones y subsidios, aparecieron en escena nuevos proveedores externos que pusieron en cuestión la vieja economía derrochadora. La globalización arrasa los baluartes de la incuria y la mala administración y, en tales casos, disminuye el empleo de recursos naturales al imponerle, al menos, un cierto grado de racionalidad a la economía.

Ese efecto de la eficiencia opera no solamente a través del ingreso al mercado ampliado. El comercio y las inversiones también dan mayor acceso a tecnologías que, comparadas con las nacionales, a menudo implican importantes mejoras en la eficiencia. Esto se aplica particularmente a sectores tales como la minería, la energía, el transporte y la industria. Los ejemplos abundan, desde la exportación de automóviles más económicos del Japón a Estados Unidos, pasando por la introducción de nuevas centrales eléctricas con tecnologías modernas en Paquistán, hasta los ahorros en materiales y energía que obtuvo la industria siderúrgica brasilera mediante la incorporación de nuevos hornos.

Existen pruebas muy sólidas que indican que las economías nacionales más abiertas disponen más temprano de las tecnologías más eficientes desde el punto de vista del empleo de recursos, simplemente porque gozan de mejor acceso a las inversiones tecnológicas más modernas, que generalmente equivale a decir: más eficientes. Además, las empresas transnacionales suelen uniformar en mayor grado las tecnologías entre los países, evitando así exponerse a todo tipo de costos de coordinación. La relación no es de ninguna manera necesaria, claro está, pero sí es probable; bien puede decirse que el establecimiento de leyes de inversión más flexibles favorece el ingreso a una trayectoria tecnológica de más alto nivel (Johnstone, 1997).

El efecto de la eficiencia de los mercados más abiertos se hace evidente no sólo del lado de la oferta en las transferencias de tecnología, sino también del lado de la demanda: las exportaciones de mercancías de los países recién industrializados hacia los países post industriales tienen que pasar la prueba de las preferencias de los consumidores del Norte y, puesto que la demanda del mercado en esos países generalmente registra grados más elevados de conciencia ambiental, las estructuras productivas de los países exportadores pueden verse en la necesidad de adaptarse a esos gustos y normas de calidad.

La justificación de la globalización económica es, entonces, que aparentemente instaaura el imperio de la eficiencia económica y que ese efecto con frecuencia se hace extensivo al uso de energía y materias

primas (OCDE, 1998). Supuestamente, eso representa un avance en la racionalidad microeconómica, un intento por disponer de los factores de producción de la manera más óptima en todas partes. Obviamente, los promotores de la globalización tienen que minimizar y restarle importancia al hecho de que ese avance bien puede venir aparejado con el deterioro de la racionalidad social a nivel macro, tanto desde el punto de vista del medio ambiente como de las relaciones político-sociales.

Porque bien puede suceder que la racionalización del mercado consiga disminuir el empleo de determinados recursos, en términos del volumen de insumos por unidad de producto, pero la cantidad total de recursos empleados de cualquier manera crecerá si se amplía el volumen de la actividad económica. Los efectos del crecimiento pueden devorar y anular con demasiada facilidad los efectos de la eficiencia. De hecho, en la historia de la sociedad industrial hasta nuestros días, las mejoras en la eficiencia se han convertido casi invariablemente en nuevas oportunidades de expansión y crecimiento. Desde el punto de vista ecológico, ese es el talón de Aquiles de la globalización.

Cómo la globalización aumenta y acelera la utilización de recursos

En los últimos años la globalización ha sido aclamada —a menudo recibiendo trato de honor, con todo y alfombra roja— como pionera de una nueva era para la humanidad. Sin embargo, sus metas son sorprendentemente convencionales: está declaradamente al servicio de estimular el crecimiento económico mundial y, bajo nuevas circunstancias históricas, comprende estrategias tan viejas como la intensificación del desarrollo y el crecimiento a través de la expansión. Por una parte, se está operando un cambio en la distribución geográfica de la cadena de creación de plusvalía entre regiones del mundo muy distantes entre sí, que le permite a las empresas —que ahora pueden escoger la ubicación más conveniente para cada una de las etapas de la producción— aprovechar al máximo ventajas y beneficios de la racionalización, que antes sencillamente no existían o no estaban a su disposición.

La progresiva digitalización de los procesos económicos también ha dado nuevo margen al aumento de la productividad (por ejemplo, a través de la automatización flexible de muchos procesos en la industria manufacturera, las técnicas de simulación en la investigación o la sincronización perfecta de la logística en las redes de cooperación). La reestructuración de grandes segmentos de la economía mundial ha posibilitado exprimirle renovado crecimiento a los mercados de la OCDE, que ya se hallaban en buena medida saturados desde finales de la década de los '70, tras una interminable carrera de productividad. De otra parte, también se ha registrado crecimiento a través de la expansión, sobre todo, mediante la captura de nuevos mercados en el extranjero.

Muchas empresas que de otra manera no hubiesen podido crecer mucho más en los mercados locales, decidieron explotar entonces la demanda en otros países de la OCDE y en países semi-industrializados. El resultado de la combinación de esas dos estrategias se hace evidente en el hecho que la economía mundial llegó casi a duplicarse entre 1975 y el año 2000. Aun cuando no todo incremento del PIB represente necesariamente un aumento paralelo en el flujo de recursos, no cabe la menor duda que la biosfera se encuentra hoy más presionada que nunca por la antropósfera.

Inversión extranjera directa y el efecto de expansión

El horizonte utópico de la globalización es un mundo permeable y sin fronteras, donde los bienes y el capital puedan moverse libremente. Si bien los diversos acuerdos del GATT multiplicaron el intercambio de bienes durante algunas décadas, la eliminación de barreras nacionales en los últimos 15 años incidió principalmente en la movilidad del capital privado. Entre 1980 y 1996, el intercambio transfronterizo de bienes se incrementó promedialmente en un 4.7% anual, pero la inversión extranjera creció anualmente el 8.8%, los créditos bancarios internacionales el 10%, y el mercado de acciones y valores el 25% durante el mismo período (Economist, 1997).

Un estudio de la distribución geográfica de esos flujos indica claramente que, aun cuando la parte del león en el movimiento de capitales sigue quedando como siempre en manos de la triada EE.UU.-UE-Japón, fue en los diez "mercados emergentes" del Asia Oriental y Sudamérica donde verdaderamente se registraron aumentos exponenciales en las transferencias de capital privado. Allí las transferencias ascendieron de U\$S 44 mil millones anuales a principios de la década de los '90, a U\$S 244 mil millones en 1996, antes de estabilizarse en cerca de U\$S 170 mil millones anuales después de 1997, tras la crisis financiera asiática (French, 1998: 7).

La inversión extranjera destinada a la compra de empresas existentes o al establecimiento de nuevas empresas en esos países constituyó un rubro importante en ese contexto, representando el 50% de los movimientos de capital en el caso de la industria manufacturera, más del 33% en el sector de servicios y el 20% en el sector primario. Para la empresa inversionista, el propósito generalmente fue el de ganar control sobre la extracción de recursos naturales, establecer un eslabón dentro de una cadena productiva transnacional, o conquistar nuevos mercados de exportación. Para el Estado receptor, en contraste, el objetivo comúnmente fue atraer capitales de inversión y conocimientos técnicos (know-how) como parte de la aspiración ferviente de despegar económicamente y alcanzar en algún momento el nivel de vida de los países ricos.

Con el capital de inversión migrando fuera de los países de la OCDE, el modelo de desarrollo basado en los combustibles fósiles se extendió a los países semi-industrializados y aun mucho más lejos. Trátese ya de la instalación de fábricas en la China, de complejos de la industria química en México, o la implantación de la agricultura industrial en Filipinas, los países del Sur están ingresando en masa en la etapa de desarrollo económico intensivo en la utilización de recursos y dependiente de los combustibles fósiles.

Esa fatídica modalidad económica que se consolidó en Europa en las postrimerías del siglo XIX, basada en buena medida en la transformación de bienes naturales no retribuidos en mercancías, se está extendiendo ahora a otras partes del mundo, merced a la inversión extranjera. Obviamente, buena parte de ese desarrollo también está dinamizado por capitales acumulados localmente, pero la afluencia colosal de inversiones extranjeras ha profundizado y acelerado la propagación de economías depredadoras, desde el punto de vista ambiental.

El mimetismo social e industrial prevalece por doquier, con la imitación de modos de producción y consumo que, en vista de la crisis de la naturaleza, bien pueden ser considerados ya como obsoletos. Porque en el camino convencional del desarrollo, el crecimiento monetario siempre aparece asociado al desarrollo material y es sólo en la transición a economías posindustriales donde se registra una cierta disociación entre los dos. Por eso, las inversiones se orientan, con preferencia, justamente hacia la extracción de materias primas o a la infraestructura energética y de transporte, causando la utilización de volúmenes cada vez mayores de recursos naturales. Incluso si se considera que el volumen de insumos por unidad de producto terminado es menor ahora que el registrado en la etapa equiparable del desarrollo de los países ricos, el monto total de recursos en flujo ha ido aumentando colosalmente.

La eliminación de las barreras nacionales a la actividad inversionista entra en conflicto cada vez más intenso con las limitaciones biofísicas de la Tierra. Es por eso que los países semi-industrializados registraron incrementos abruptos de emisiones de CO₂ (rondando del 20% al 40% en el período comprendido entre 1990-95), mientras que los países industrializados —con volúmenes mucho mayores de emisiones, por supuesto— aumentaron las suyas apenas levemente (Brown et al., 1998: 58). En términos generales, el empleo de combustibles fósiles se duplicará en la China y Asia Oriental entre 1990 y el 2005, cuando alcanzará volúmenes prácticamente equiparables a los de Estados Unidos (WRI, 1998: 121).

El automóvil puede servir como símbolo y metáfora indicativa al respecto. En Corea del Sur (antes que se desencadenara la crisis) la compra de autos estaba creciendo a un ritmo promedio del 20% anual (Carley y Spapens, 1998: 35). En la India, entretanto, prácticamente el único modelo de auto que circulaba en las calles en 1980 era la venerable limosina Ambassador — un verdadero devorador de gasolina, por supuesto— pero que, en virtud de ser escasos, liberan a la atmósfera volúmenes mucho menores de gases que la inmensa flota de vehículos que producen las nueve empresas automotrices que actualmente operan en Corea del Sur. Por lo tanto, en los países donde el transporte ha sido encarado hasta ahora fundamentalmente con bicicletas y servicios públicos, sólo es de esperar que el desarrollo ulterior de sus sistemas ambientalmente benignos se verá bloqueado y sustituido por una estructura dependiente de un alto consumo de combustibles, completamente en línea con la lógica de expansión del consumo de combustibles fósiles auspiciada por el Banco Mundial, que dedica dos terceras partes de sus gastos en el sector energético a la movilización de fuentes fósiles de energía (Wysham, 1997), a pesar de toda su retórica acerca del "desarrollo sustentable".

Otro símbolo del estilo de vida comúnmente entendido como moderno y que puede ayudarnos a ilustrar la enorme y creciente presión sobre los recursos biológicos es el "Big Mac". En poco más de cinco años, entre 1990 y 1996, McDonald's cuadruplicó la cantidad de restaurantes con su sello en Asia y América Latina (PNUD, 1998: 56), en un contexto de triplicación del consumo de carne en los últimos 25 años. Tales tendencias implican más y más agua, cereales y praderas destinadas a la ganadería, y no debe sorprender entonces que los países del sur de Asia y el sudeste asiático hayan perdido entre el 10% y el 30% de sus bosques, solamente en la década de los '80 (Brown et al., 1998). Los grandes incendios forestales de Indonesia, que cubrieron con densas nubes de humo la mitad del sudeste asiático en 1997-98, fueron provocados por los inmensos desmontes a roza y quema, y fueron interpretados por muchos como señal de alerta del poder destructivo inherente al milagro económico de los "tigres asiáticos".

La desregulación y el efecto competitivo

El surgimiento de un espacio competitivo mundial exige no sólo expansión cuantitativa sino también reestructuración cualitativa. Conjuntamente a la expansión geográfica de la economía transnacional, en el orden del día también apareció su reestructuración interna, ya que para generar un espacio homogéneo que no esté dividido por idiosincrasias económicas nacionales, es indispensable la creación de nuevas reglas para la competencia. Para los aspirantes a globalizadores no existe otro camino que dismantelar los aparatos regulatorios nacionales que acompañaron previamente a la actividad económica. Esos aparatos —que generalmente reflejan un conjunto de intereses sociales e ideales políticos, particulares a la experiencia histórica de un país— combinan la lógica económica y otras prioridades sociales, en frágiles compromisos e instituciones creados para perdurar.

En una etapa posterior del proceso secular que Karl Polanyi denominara como "disociación", se supone que la globalización económica liberará a las relaciones de mercado de la maraña de reglas y normas nacionales para someterlas a una sola ley universal de competencia mundial. Sean cuales sean esas normas (trátese de condiciones laborales, planificación regional o políticas ambientales), el problema no es que sean en sí mismas buenas o malas, sino que obstruyen el ingreso a un espacio de competencia mundial. Desde ese punto de vista, sólo serían admisibles normas aplicables a nivel mundial, aun cuando el tema en realidad no es pertinente en ausencia de una autoridad política de alcance mundial. La desregulación, por lo tanto, es un término general que sirve para nombrar las tentativas de ampliación y profundización de la competencia mundial mediante la disolución de los vínculos que unen a los actores económicos con lugares o comunidades particulares.

Al igual que cualquier otra reglamentación de la actividad económica en nombre del interés público, la protección del medio ambiente también está cada vez más amenazada en muchos países. A medida que la cantidad de actores económicos en el mercado global continúa creciendo, crece asimismo la

competencia entre ellos, razón por la que en todas partes los gobiernos suelen darle mayor valor a la competitividad que a la protección del medio ambiente o los recursos naturales. Las nuevas normativas ambientales (a menudo impuestas por la opinión pública democrática tras años de lucha) son en muchos casos tenazmente combatidas por las empresas, que las perciben como un obstáculo a la competencia.

A medida que los intereses competitivos empiezan a predominar sobre los intereses de protección, con frecuencia se hace más difícil detener la deforestación en Canadá o los excesos de la minería en Filipinas, frenar la construcción de más autopistas en Alemania, introducir impuestos ecológicos (eco-taxes) en la Unión Europea, o preservar normas de calidad ecológica para los productos en Suecia. Sin embargo, aun cuando los gobiernos se muestran con frecuencia más que resueltos a hacer de sus respectivos países lugares más atractivos para los llamados capitales golondrina, no cabe duda que es una exageración hablar de una "carrera hacia abajo" en materia de normas ambientales (Esty y Gerardin, 1998).

Puede ser que a veces los intereses proteccionistas sean demasiado fuertes, o que los factores ambientales no sean necesariamente tan significativos al momento de tomar decisiones sobre la ubicación de una actividad económica. Sería más preciso decir que la regulación ambiental ha tendido a "empantanarse" como resultado de la intensificación de la competencia (Zarsky, 1997). Es verdad que la integración del mercado mundial ha producido cierta convergencia de los sistemas regulatorios nacionales, pero eso ha venido ocurriendo de manera demasiado lenta y a un nivel demasiado primitivo. En muchos países, el proceso de globalización económica ha bloqueado todo avance real en las políticas ambientales nacionales.

No debe sorprender entonces que la ambición de uniformizar las condiciones de la competencia en todo el mundo —especialmente en el caso del comercio transfronterizo— choque con el derecho de cada país a diseñar y definir sus propios procesos económicos. Ahora que la mayoría de las barreras arancelarias para los bienes industriales han sido desmanteladas en sucesivas rondas del GATT, ¿hemos acaso de permitir que razones ambientales pongan en desventaja a ciertas categorías de importaciones? Esta pregunta ha sido muy debatida desde la Ronda de Uruguay y sigue dando origen a controversias dentro de la OMC y la OCDE en torno a los intereses desregulatorios y de protección. Bajo las reglas comerciales actualmente en vigor cada Estado tiene derecho a establecer normas ambientales y sanitarias, a condición de que los mismos tipos de bienes estén sujetos a la misma regulación, ya sean ellos importados o producidos localmente. Esto, por supuesto, se aplica únicamente a la composición del producto: un gobierno puede decidir, por ejemplo, aplicar un impuesto especial a todos los automóviles por encima de cierta cilindrada o potencia. En este caso hipotético, parecería que el principio de soberanía nacional contradice únicamente el principio de la circulación no regulada de los bienes. Pero lo que está prohibido en el comercio internacional es discriminar contra bienes cuyo proceso de producción no cumple con determinadas normas ambientales.

Las reglas de la OMC no permiten a los gobiernos expresar una preferencia colectiva sobre cuestiones tales como qué materiales químicos se usan para producir una prenda de vestir o si determinados productos de madera provienen de desmonte y tala indiscriminada o si para producir una variedad vegetal se han empleado técnicas de ingeniería genética. Por eso la prohibición a la pesca de delfines era imposible de mantener bajo las reglas del TLC de Norteamérica en el conocido caso del atún, y una de las disputas actuales entre Estados Unidos y la Unión Europea gira en torno a si los gobiernos tienen o no derecho a prohibir el ingreso de carne vacuna con índices altos de hormonas a sus mercados.

Además, como las normas de producción locales también quedan sujetas a enorme presión cuando los importadores logran conseguir una ventaja competitiva mediante la externalización de los costos ambientales, los Estados carecen de poder para insistir en que los procesos de producción en su

propio país sean ambientalmente sustentables. Los intereses de la desregulación anulan así a los intereses de protección. Por fuerza del efecto competitivo del comercio libre, incluso cualquier cambio leve de orientación económica en dirección hacia una economía sustentable está condenado a ser rápidamente neutralizado.

Todas las iniciativas de desregulación intentan también limpiar la economía de influencias extrañas, asegurando así el despliegue óptimo de los factores de producción. Ostensiblemente los más beneficiados por eso serían los consumidores, ya que las actividades empresariales desreguladas estimulan una oferta más variada —en virtud de las facilidades que obtienen para ingresar al mercado— así como precios más bajos resultantes de una mayor competencia. Sin embargo, un régimen de eficiencia despiadada en sectores con significación ambiental podría conducir, en términos generales, al empleo de mayores volúmenes de recursos. Si el precio del combustible para calefacción, del carbón o del agua cae, normalmente la demanda de esos elementos aumentará y valdrá aún menos la pena introducir tecnologías de conservación.

La desregulación del mercado de electricidad en los países de la OCDE, por ejemplo, ciertamente sirvió para que los fabricantes de las plantas de generación eléctrica más eficientes energéticamente pudiesen ingresar al mercado, pero también demostró que las rebajas en el precio del servicio pueden dificultar la transición hacia fuentes de energía más limpias como el gas natural y, más importante aún, que ellas realmente pueden terminar estimulando un mayor consumo de electricidad (Jones y Youngman, 1997). De cualquier modo, es fácil ver que la caída de las tarifas en un sistema de precios que no refleja con exactitud los costos ambientales acelerará la explotación de los recursos. Mientras los precios no reflejen la verdad ecológica, la desregulación sólo hará que el mercado descienda aún más por la resbaladiza pendiente ambiental y no es precisamente racional seguir corriendo cada vez más eficientemente, pero en la dirección equivocada. Cuanto más pura se torne la competencia como resultado de la desregulación, menor será la capacidad que tenga la racionalidad ecológica para defenderse de la racionalidad económica. Bajo el actual sistema de precios, la competencia global intensificará la crisis de la naturaleza (Daly, 1996).

Crisis de las monedas y el efecto de liquidación (sell-out)

No hay otro campo en el que el espacio competitivo global se haya erigido tan claramente por encima de las fronteras nacionales como el de los mercados financieros. Lleva tiempo trasladar bienes de un lugar a otro; la inversión extranjera requiere la instalación o el desmantelamiento de fábricas; e incluso hasta los servicios, tales como los seguros, no se pueden comerciar internacionalmente sin una red de sucursales y representantes. Sólo las transferencias financieras en forma de acciones, préstamos o divisas se encuentran ya prácticamente liberadas de obstáculos temporales o espaciales.

Cada día miles de millones de dólares cambian de manos en el espacio virtual mediante ligeros toques en el teclado de una computadora, independientemente de la distancia física que pueda haber entre los sujetos de la transacción. Sólo en esos mercados electrónicos alcanza por fin el capital su ideal secreto de movilidad absolutamente irrestricta, puesto que los mercados de dinero han eliminado la mayor parte de la inercia, no sólo de la duración temporal y la distancia geográfica, sino también de los bienes materiales: en la actualidad solamente el 2% del comercio en divisas está respaldado en flujos reales de mercancías (Zukunftskommission 1998: 73). Tecnológicamente, esa economía virtual se hizo posible gracias a las redes informáticas electrónicas y, políticamente, gracias a la desregulación del tráfico de capitales internacionales en los países industrializados durante los años '70 y '80, y en los principales países semi-industrializados a partir de los '90.

Como ya hemos visto, fue el derrumbe del sistema de Bretton Woods en 1971 lo que le imprimió vigor a ese proceso. Las monedas pasaron a ser mercancías, con precios determinados por las leyes de

la oferta y la demanda en los mercados de capital. Pero el valor de una moneda es un asunto de importancia fundamental para un país: determina el poder adquisitivo de la economía nacional con relación a cada una de las otras economías del mundo. En realidad las alzas y bajas de las monedas libremente convertibles reflejan las expectativas de crecimiento y competitividad futuras que tienen los inversionistas con respecto a cada una de las economías correspondientes.

En cierto modo toda la economía de un país pasa a ser una mercancía, cuyo valor relativo se cristaliza en relación a las ganancias previstas por los administradores de fondos de inversión. Eso le otorga a los mercados financieros un gran poder con respecto a los países económicamente débiles; tan grande que las fluctuaciones de las tasas de cambio pueden decidir el destino de naciones enteras. Los gobiernos, tanto democráticos como autoritarios, a menudo se ven obligados a subordinar sus políticas económicas, sociales y fiscales a los intereses de los inversionistas, determinando que tiren por la borda con demasiada frecuencia y facilidad los intereses de seguridad económica y social de sus propios pueblos. Es como si los inversionistas votaran todos los días cuando transfieren enormes sumas de dinero de un país a otro (Sassen, 1996); es como si el electorado global de inversionistas se alineara, por así decirlo, contra el electorado local de un país y no es raro que un gobierno se alíe con los inversionistas en contra de sus propios electores.

Al mismo tiempo, las devaluaciones violentas de México a fines de 1994, de varios países del este asiático en 1997 y de Rusia y Brasil en 1998 mostraron claramente que los inversionistas son tan nerviosos como una manada de potros salvajes que sale corriendo en una u otra dirección, según sienta amenaza del peligro. El optimismo colectivo con que los inversionistas se olvidan de los riesgos en tiempos de prosperidad y repunte, es apenas equiparable al pánico colectivo con que le rehuyen de las monedas que se derrumban en tiempos de crisis. El capital en busca de inversiones penetra en los países como una tropa de asalto y vuelve a salir del mismo modo. Al entrar da origen a falsas expectativas y, al salir, deja tras de sí existencias humanas arruinadas y ecosistemas arrasados (Cavanagh, 1998).

Las crisis monetarias constituyen generalmente una amenaza para el medio ambiente de los países afectados, ya que aquellos que son ricos en recursos naturales exportables se ven sumamente presionados a explotarlos y extraer aún más de ellos, a ritmos más acelerados. La caída del valor de la moneda significa que tienen que lanzar al mercado mundial volúmenes cada vez mayores para detener la caída de sus ganancias por exportaciones. Las crisis de la tasa de cambio intensifican por lo tanto la sed de divisas extranjeras, ya crónica en los Estados endeudados que las precisan para poder pagar sus deudas e importar por lo menos lo mínimo indispensable en alimentos, bienes de consumo y bienes de capital.

Con frecuencia la única opción que les queda es explotar la naturaleza que tienen a su disposición, a fin de generar divisas, tal y como se evidencia en la actual explosión de exportaciones de petróleo, gas, metales, maderas, piensos para animales y productos agropecuarios, originadas en los países del Sur afectados por la crisis financiera. Senegal, por ejemplo, está vendiendo derechos de pesca a flotas de Asia, Canadá y Europa; Chile vende derechos de tala de árboles a empresas madereras estadounidenses y Nigeria derechos de prospección a las multinacionales petroleras (French 1998: 23).

En momentos de necesidad, los países tienen que empeñar, desesperados, hasta "las joyas de la familia". Así es como valiosas zonas de bosques se van vendiendo palmo a palmo bajo la presión que ejerce la carga de la deuda. México, por ejemplo, después de la caída del peso en 1994, rescindió las leyes que protegían los bosques nacionales (y a las poblaciones que habitan en ellos) para darle mayor impulso al modelo exportador. Brasil lanzó un plan de acción para hacer financieramente más atrac-

tiva la exportación de maderas, minerales y energía a través de inversiones masivas en infraestructura en la Amazonía. Indonesia, tras un nuevo derrumbe de su moneda, fue obligada en conversaciones con el Fondo Monetario Internacional a modificar su legislación sobre la propiedad de la tierra para que pudieran penetrar en la selva empresas extranjeras productoras de celulosa y papel (Menotti, 1998b). Se podría incluso hablar, como sugiere con amargura Menotti, de una relación causal entre la caída de las monedas y la caída de los árboles.

Las medidas para sanear la economía después de una crisis monetaria y de pago de la deuda, impuestas bajo la terapia de cuidados intensivos a menudo chantajistas, aplicada por el FMI a través de sus programas de ajuste estructural, también conducen por lo general a la venta forzada de bienes naturales en el mercado mundial, puesto que el objetivo de los numerosos programas de ajuste, tanto en el Sur como en el Este, es conseguir equilibrar la balanza de pagos mediante el aumento de las exportaciones y, por lo tanto, atraer de nuevo a los inversionistas al país. Sin embargo, examinando retrospectivamente la historia de esos programas, se hace evidente que el medio ambiente, junto con los segmentos más débiles de la sociedad, es a quienes les ha tocado hacer todos los sacrificios necesarios para que las exportaciones aumenten.

Es cierto que la eliminación de subsidios perjudiciales desde el punto de vista ambiental y la liberalización de los mercados en general promueven una utilización más eficiente de los recursos, pero el movimiento de materias primas y productos agrícolas para la exportación pronto incrementan el ritmo de extracción; asimismo, la demanda de tierras y el uso de plaguicidas aumenta con la sustitución de cultivos tradicionales por cultivos comerciales para la exportación, y también el turismo y el transporte experimentan un incremento considerable (Reed, 1996).

Además, los derechos de los nuevos exportadores de recursos naturales chocan contra los derechos hereditarios de los segmentos menos favorecidos de la población al uso de los bosques, el agua y el suelo; los pobres son desplazados y obligados por los precios en ascenso a expoliar ecosistemas marginales para sobrevivir. Al respecto, hay una serie de estudios que han llegado a la conclusión que los efectos ambientales negativos de los programas de ajuste estructural son mucho mayores que sus beneficios positivos (Kessler y Van Dorp, 1998).

No es raro, que las leyes de la oferta y la demanda anulen el fruto de tales impulsos exportadores. A medida que aumenta la oferta, los precios de las mercancías a menudo caen y, una vez más, es preciso compensar la disminución de las ganancias mediante la exportación de volúmenes mayores de producto. Si los países receptores también llegasen a verse afectados por una crisis financiera, tanto la demanda como los precios de las mercancías vuelven a soportar fuertes presiones a la baja. Eso fue precisamente lo que ocurrió después de la crisis financiera del Asia en 1997. Los precios de las mercancías en el mercado mundial bajaban y bajaban (más del 25% en menos de un año; *Die Zeit*, 24 de septiembre de 1998) y como la crisis también deprimió la demanda en países como el Japón, Corea del Sur y Malasia, la espiral de los precios siguió cayendo en picada, obligando a los países dependientes a intensificar la explotación de materias primas para la exportación. Así, en períodos de recesión económica, los flujos monetarios eclipsan a los flujos de mercancías de una manera muy especial.

La eliminación de las distancias y el efecto del transporte

La súbita conciencia de vivir en un mundo cada vez más pequeño bien puede ser la experiencia humana fundamental en la era de la globalización. La imagen satelital del planeta azul representa en efecto aquello a lo que tiende la realidad actual: todos los lugares ocurren al mismo tiempo. A medida que la distancia entre los lugares pierde toda significado, un mismo tiempo cobra vigencia en todas partes: el espacio desaparece y el tiempo se uniformiza. Para los corredores de bolsa y los editores de noticias, los

compradores de empresas y los turistas, los administradores y los científicos, la distancia es cada vez menos importante y, por supuesto, el tiempo lo es cada vez más. Ya casi no importa en qué punto del planeta ocurra algo. Lo que cuenta es cuándo sucede: en el momento justo, demasiado tarde o nunca.

La globalización, en todos sus aspectos, se basa en la superación rápida del espacio, tornando inmediatamente ubicuo el presente. Las computadoras, después de todo, cuentan los segundos pero no los kilómetros. Cómo la Tierra se contrae bajo el imperio del tiempo, qué cerca está todo y a qué velocidad ocurre todo, es en esas experiencias que se hace discernible la creciente "compactación" espacio-temporal del globo terráqueo (Altvater y Mahnkopf, 1996).

Esa "compactación" del espacio geográfico requiere transporte, ya sea por canales físicos o electrónicos. La construcción de redes electrónicas es el primer elemento constitutivo del proceso de globalización; sin transferencia instantánea de datos no podría existir un sistema nervioso de comunicación por señales que vincule entre sí los acontecimientos en todo el planeta mediante reacciones a la velocidad del relámpago, sin consideración del espacio. Pero si constatamos que en 1995 había 43.6 computadoras y 4.8 usuarios de Internet por cada mil habitantes del planeta (PNUD, 1998:167) y que cuatro quintos de ellos viven en los países industrializados, se hace evidente que sólo se puede hablar de globalización en sentido geográfico, pero ciertamente no en sentido social. Apenas del 1 al 4% por ciento de la población mundial está interconectada electrónicamente y sólo el 5% se ha sentado alguna vez en un avión.

Desde el punto de vista ecológico, la comunicación electrónica ciertamente es menos derrochadora de recursos que el transporte físico, pero no debemos subestimar la presión adicional sobre los recursos de la tierra que representa la construcción y el mantenimiento de una infraestructura digital. Los materiales de alta calidad que se emplean para los equipos y el soporte físico y elementos complementarios periféricos se obtienen a través de numerosos procesos de refinación que le imponen al medio ambiente una gran carga extra a menudo tóxica, para fabricar los cables y las conducciones se emplean muchos materiales y los satélites y las estaciones repetidoras no podrían existir sin gasto ambiental. Finalmente, a pesar de todas las alegres predicciones de los muchos profetas de la era de la información, la construcción de redes electrónicas muy posiblemente genere al largo plazo más desplazamientos físicos que los que sustituye. Cualquiera que haya establecido una relación estrecha con lugares distantes a través de los medios electrónicos, tarde o temprano querrá sellar ese contacto con un encuentro cara a cara. De todos modos, el efecto general es una retroalimentación positiva entre los sistemas de transporte electrónico y físico: la globalización misma significa transporte y aún más transporte.

Todas las formas de globalización económica, excepto los mercados financieros internacionales, dependen en gran medida del transporte físico. Por todas partes surgen distancias —tanto en los mercados de consumo como en los de los factores de producción— que se tornan más extensas y más numerosas. A Alemania llegan camisetas de China y a Estados Unidos tomates de Ecuador; en el puerto de Shanghai se instala maquinaria europea; los miembros de la clase global de "analistas de símbolos" (Castells, 1996) se tropiezan unos con otros en los aeropuertos de los países de la OCDE. Después de todo, el valor del comercio mundial ha venido creciendo a más del 6% anual, aproximadamente el doble que la propia economía mundial.

Los productos extranjeros —desde la carne hasta los instrumentos de precisión— desempeñan un papel cada vez más destacado en muchos países, y hasta las pequeñas empresas buscan fortuna en los mercados extranjeros. No obstante, el vocablo "comercio internacional" contiene una serie de falsas asociaciones. Ya no significa que las naciones intercambien bienes que ellas mismas no producen —

como era el caso del clásico intercambio de materias primas por bienes industriales— sino que aparecen proveedores extranjeros al lado de los locales, en un comercio centrado en gran parte en los países de la OCDE.

Ya no se trata de cubrir los vacíos de la oferta local, sino más bien de desplazar la oferta local mediante recortes en los precios o a través del empleo de diferentes símbolos (Pastowski, 1997): automóviles coreanos para Estados Unidos, la tierra del automóvil; cerveza mexicana para Alemania, la patria de la cerveza. Cerca de la mitad del comercio mundial es, en realidad, comercio interno entre filiales de una misma empresa transnacional o entre ramas industriales; es decir, las mismas mercancías se importan y se exportan al mismo tiempo (Daly, 1996: 5). El propósito central del transporte internacional de bienes es, por consiguiente, asegurar la presencia competitiva de muchos proveedores en cuantos lugares sea posible.

El acortamiento de las distancias y el transporte rápido de pasajeros y de bienes de alta calidad es hoy una realidad, en gran medida, gracias al sistema internacional de aeronavegación. Si continúa creciendo al ritmo actual del 5% anual, el transporte aéreo de pasajeros se duplicará cada 15 años, y si bien por ahora alrededor de la mitad de los viajes aéreos son de placer, la geografía de la globalización económica se refleja en el crecimiento de ese flujo. De 1985 a 1996, los ingresos de las aerolíneas se multiplicaron por siete en las rutas internas de la China y por tres dentro del sudeste asiático y entre Europa o Norteamérica y el noreste asiático, mientras que en otras rutas el crecimiento fue cuando mucho del doble y en ocasiones, como en el caso de África, hubo estancamiento (Boeing, 1998). El transporte aéreo de carga ha crecido aún más rápido: tras una tasa que llegó a mediados de los '90 a promedios entre el 7 y el 12% anual (ibid.), ahora se estima que su crecimiento se estabilizará en un 6.6% anual, lo cual en conjunto equivaldrá a una triplicación de los ingresos para el año 2015. Estas cifras, sin embargo, son obviamente inferiores a la tasa anticipada para los servicios internacionales de mensajería, campo en el que DHL y otras compañías del ramo calculan un crecimiento del 18% anual.

La expansión de los mercados globales no habría sido posible sin la caída progresiva y rápida de los costos del transporte de carga. Porque para que la dinámica de la oferta y la demanda se desarrolle con independencia de la ubicación geográfica es preciso que esos costos no constituyan un factor decisivo. Cuanto más pesen los costos del transporte en la balanza, menos conveniente resultará usar los precios y la innovación para obtener ventaja sobre competidores remotos; la reducción de los costos marginales en la producción pronto sería devorada por mayores gastos en transporte. Sólo si los costos de la superación del espacio tienden a ser insignificantes podrán las estrategias empresariales determinar, por sí solas, la ubicación preferida para sus proyectos.

El abaratamiento relativo del transporte de bienes comúnmente es atribuido a varias razones: en primer lugar, es precisamente en los mercados globales donde el volumen transportado se reduce constantemente en relación con un determinado valor comercial. Por ejemplo, a un fabricante de computadoras de Texas no le importa si sus discos duros vienen de Singapur o de California; a medida que los costos del transporte pierden importancia, el valor económico del bien transportado es cada vez más independiente de su tamaño o peso. En realidad, las ramas de la economía que más utilizan el "aprovisionamiento mundial" (global sourcing) —computadoras, automóviles, electrodomésticos, textiles— con frecuencia no son los que comercian mayores volúmenes (Sprenger, 1997: 344). En segundo lugar, el uso de contenedores y la fácil transferencia de una modalidad de transporte a otra han conseguido aumentar mucho la eficiencia (Economist, 1997b). Pero la tercera y principal razón por la que la distancia ha ido cediendo resistencia, es que el precio de los productos del petróleo utilizados como combustible en casi todos los medios de transporte han caído de manera espectacular desde 1980. De hecho, esos precios están lejos de reflejar todos los costos ecológicos de la producción y el consumo de petróleo.

Pese a todos los avances en la eficiencia, en los países de la OCDE el transporte es el único sector en que las emisiones de CO₂ han seguido incrementándose en los últimos años. El transporte requiere además de otros elementos: vehículos, carreteras, puertos marítimos y aéreos, toda una infraestructura que utiliza una cantidad considerable de materiales y de superficie del suelo. Pero la mayoría de esos costos se transfieren a la sociedad y no figuran en las facturas de transporte. Es fácil pasar por alto el grado al que el costo de la superación de la distancia geográfica y la duración temporal se pagan a costa de la explotación de la naturaleza.

Cómo la globalización económica genera una nueva colonización de la naturaleza

Los resultados de la Ronda de Uruguay del GATT, que terminó en 1993 con un paquete de acuerdos comerciales y la fundación de la OMC, incluyeron un acuerdo sobre derechos de propiedad intelectual. En contraste con la principal preocupación de las negociaciones, cuyo objetivo fue dismantlar los controles nacionales al comercio transfronterizo, aquí se trataba de introducir un nivel mayor de reglamentación. Sin embargo las dos estrategias —tanto la desregulación como la re-regulación— se aplicaron en nombre de la libertad de comercio. La contradicción desaparece en cuanto comprendemos que en ambos casos la meta era crear bases legales uniformes para un espacio económico global. Había que dismantlar una plétora de obstáculos nacionales a la circulación de bienes y capital, pero también era necesario establecer un marco legal internacional que coadyuvara poderosamente a esa circulación.

Una masa de leyes puede obstruir la movilidad de los factores, pero éstos también pueden quedarse en el aire si no hay legislación alguna. En ese sentido eran particularmente importantes los derechos de propiedad intelectual sobre bienes derivados de la ingeniería genética, que hasta ese momento fue un sector en el que la seguridad legal había sido defectuosa en la mayoría de los países del mundo. Ése era el vacío legal que el Acuerdo sobre Derechos de Propiedad Intelectual relacionados al Comercio (comúnmente conocido como TRIPS, por su sigla en inglés) intentaba colmar, ya que sin él, la explotación de nuevas materias primas —el material genético de los seres vivos— carecería de futuro comercial.

Bajo el acuerdo TRIPS, todos los países deben brindar protección legal a los inventos patentados tanto de productos como de procesos, en todos los campos de la tecnología. Desde luego, las patentes industriales hace ya mucho tiempo que le garantizan a sus dueños ingresos exclusivos derivados de sus invenciones durante un periodo determinado, pero sólo muy lentamente se ha llegado a aplicar un sistema similar a productos y procesos biológicos. Sin embargo, la protección que brinda una patente es considerada como indispensable para la comercialización de productos que implican mucha investigación, ya que el derecho de propiedad intelectual es lo único que les confiere el rango de mercancías; de lo contrario serían solamente objetos útiles de dominio público, disponibles gratuitamente. Por esa razón, un sistema seguro de propiedad intelectual constituye el corsé legal y social de una economía de mercado, de la misma manera como la apropiación y el cercamiento de los espacios comunes (campos, praderas, bosques y pesquerías o cotos de pesca) constituyó el prerrequisito histórico para el despegue del capitalismo agrario.

Si los productos que implican mucha investigación son organismos vivos como semillas o plantas, eso plantea un problema de comercialización adicional, ya que se reproducen con facilidad (Flitner, 1998). Las semillas, por ejemplo, hacen nacer plantas, las que a su vez producen las semillas para la próxima siembra. La naturaleza mercantil de un organismo vivo, por lo tanto, no dura mucho: la segunda generación ya no hay que comprarla. Pero ésa es una desgracia para cualquier inversionista, ya que si las mercancías pueden reproducirse a sí mismas, eso significa que la reproducción de su

capital no cuenta con bases firmes. Entonces no le quedan más que dos opciones: impedir la reproducibilidad del organismo vivo (por ejemplo, mediante la introducción de "genes exterminadores" con técnicas de ingeniería genética), o bien conseguir patentes que le permitan cobrar regalías a quienes hagan uso de ese proceso vivo, tecnológicamente modificado.

Las patentes sobre innovaciones genéticas le aseguran el control económico sobre los organismos modificados y sus descendientes a las llamadas "industrias de la vida". La única manera para que el material genético del mundo vivo adquiera valor comercial e ingrese al circuito del mercado es mediante el establecimiento de derechos de propiedad sobre células, microorganismos y organismos vivos. Las patentes autorizan a las empresas a adueñarse de partes del espacio natural y convertirlo en recursos económicos y monopolizarlo hasta donde más puedan para que nadie pueda hacer uso de ese espacio y sus partes, salvo pagando y para un fin previamente aprobado.

Por consiguiente, las patentes sobre seres vivos desempeñan para las "industrias de la vida" el mismo papel que los títulos de propiedad sobre la tierra desempeñaron para el capitalismo agrario emergente. Ellas definen la propiedad, mantienen alejados a otros usuarios y determinan a quién corresponden los beneficios derivados de su uso. Actividades como la siembra o la crianza de animales o los tratamientos curativos, que solían ser parte de la esfera pública, pasan a estar cada vez más bajo el control de empresas. Mientras que los colonialistas se apropiaban de los recursos minerales o de la tierra controlando físicamente el territorio, ahora las empresas de ingeniería genética explotan los recursos genéticos por intermedio de patentes mundialmente reconocidas sobre secuencias de ADN. Sin embargo, es muy probable que para la diversidad vegetal y animal las consecuencias de ambos tipos de explotación sean semejantes.

Ni siquiera es necesario recordar los numerosos peligros asociados a la proliferación incontrolada de especies transgénicas; basta simplemente con ver cómo la introducción —sin accidentes— de la tecnología genética en la agricultura del Sur, haría que una amplia variedad de plantas desapareciera del paisaje evolutivo. Así como el capitalismo agrario condujo en muchos lugares al monocultivo, del mismo modo las "industrias de la vida" podrían hoy imponer una especialización de la agricultura en unas pocas plantas genéticamente mejoradas y económicamente convenientes; algo semejante a la "Revolución Verde" de los años '60 y '70 (Lappé y Bailey, 1998).

En la feroz competencia por los mercados que seguramente sobrevendrá, las razas y variedades no industriales y locales desaparecerán, en lo que constituye una seria amenaza para la seguridad alimentaria, especialmente de los más pobres que no disponen de los medios para adquirir los productos industriales. Perderíamos así toda la riquísima diversidad de plantas que nos alimentan, salvo algunas pocas variedades susceptibles de ser cultivadas a gran escala. Un sistema global de patentes sobre invenciones genéticas que incorporase una parte de la herencia biológica humana, modificándola irrevocablemente con fines comerciales, amenazaría con conducirnos nada menos que a una simplificación de la biosfera.

Cómo la globalización económica modifica la geografía de los impactos sobre el medio ambiente

En los últimos años aparecen cada vez más platos con salmón —fresco, ahumado o asado— en el menú de los alemanes, casi como si se tratase de un pez de las aguas locales. Hoy en día los alemanes consumen anualmente alrededor de 70 millones de kilos de ese preciado pescado, que es traído desde criaderos en Noruega y Escocia hasta las estanterías de los supermercados europeos (Oppel, 1999). Pero al igual que con la crianza intensiva de cualquier otra especie animal, hay que suministrarle grandes cantidades de alimento —para ser exactos, es necesario procesar cinco kilos de pescados silvestres de aguas profundas para obtener un kilo de ración de pescado, que es lo que se usa para

alimentar a los salmones. La materia prima para esas raciones se captura principalmente frente a las costas sudamericanas del Pacífico —donde la pesca está decayendo debido a la captura excesiva— y se procesa en las ciudades portuarias del Perú, que corren riesgo de asfixia entre los gases y demás desechos líquidos y sólidos de la elaboración. Así, mientras que los consumidores alemanes pueden festejar con un pescado fresco y bajo en calorías (y bastante caro), al pueblo peruano sólo le quedan mares saqueados y ciudades sucias y mugrientas.

Este ejemplo muestra de qué manera la extensión de la cadena de abastecimiento puede afectar la división ecológica del trabajo entre los países del Sur (y del Este) y los del Norte. Porque la globalización económica no significa que se globalicen por igual los costos y los beneficios de la actividad económica. Muy por el contrario, lo más probable es que la extensión de la cadena de creación de plusvalía a diferentes lugares en todo el mundo conlleve una nueva asignación de ventajas y desventajas. Cuando un proceso de producción queda repartido entre países y regiones diferentes, pronto surge una tendencia a separar costos y beneficios, redistribuyéndolos a lo largo de la cadena.

De todos modos, sería un error creer que la interacción mundial de oficinas, fábricas, establecimientos agropecuarios y bancos viene aparejada de una descentralización de todas las funciones —desde la producción y la planificación hasta las finanzas, por no hablar de la distribución de las ganancias (Sassen, 1996). Pese a muchas tentativas de aumentar la autonomía de las subunidades, lo que ocurre en realidad es lo contrario: la diversificación de actividades económicas conduce a una concentración del control y las ganancias en los puntos nodales de la red económica (Castells, 1996).

Así, el flujo de inversiones hacia países distantes es compensado con un reflujo mayor de poder y ganancias hacia el país de origen, o más exactamente hacia las "ciudades globales" del Norte. Al mismo tiempo que las zonas francas se multiplican en Bangladesh, Egipto o México, donde la mano de obra barata, las exenciones fiscales y las normas ambientales laxas reducen los costos de producción en forma considerable, las torres de los bancos y oficinas empresariales en Hong Kong, Frankfurt o Londres no tienen más límite que el mismísimo cielo.

La nueva distribución del poder económico viene aparejada de un cambio en la distribución geográfica de los impactos sobre el medio ambiente. Si desde el punto de vista ecológico se define al poder como la capacidad de internalizar ventajas ambientales y externalizar los costos ambientales, bien puede suponerse que el alargamiento de las cadenas económicas dé origen a un proceso de concentración de las ventajas en el extremo superior y las desventajas en el extremo inferior. En otras palabras, los costos ambientales en que incurrir las cadenas transnacionales de creación de plusvalía serán especialmente altos en los países del Sur y del Este, mientras que las economías posindustriales irán tornándose cada vez más benignas y afines con el medio ambiente. O para emplear una analogía (teniendo presente el ejemplo del salmón), los países ricos ocuparán cada vez más las posiciones más altas en la cadena trófica (donde grandes volúmenes de insumos de poco valor son procesados paso a paso hasta convertirlos en volúmenes menores de alimentos de alto valor), mientras que los países semi-industrializados y los más empobrecidos ocuparán las posiciones inferiores y medias.

Además de numerosos ejemplos particulares, de hecho hay una serie de datos agregados sobre los flujos internacionales de materiales que le dan credibilidad a esta interpretación. En ese contexto, el 35% del consumo total de recursos proviene del exterior en el caso de Alemania, mientras que en el Japón ese guarismo asciende al 50% y en Holanda al 70% (Adriaanse et al. 1997: 13). Cuanto menor es la superficie de un país industrializado, mayor parece ser la distancia geográfica entre los lugares de impacto sobre el medio ambiente y los lugares de recolección de las ganancias y consumo de los

beneficios. En todos esos países se ha registrado en los últimos 15 años una tendencia al aumento de la proporción del consumo ambiental que se realiza fuera del país, no tanto de materias primas sino de productos semiterminados.

En la agricultura, las regiones del Sur ya no sólo proveen a los consumidores ricos del Norte con materias primas de origen agropecuario como en los días del colonialismo, sino también con bienes de alto valor en dólares por unidad de peso. Los artículos rápidamente perecederos como los tomates, lechugas, frutas, verduras y flores viajan hasta Europa como carga aérea desde Senegal o Marruecos, hasta el Japón desde las Filipinas, y a Estados Unidos desde Colombia o Costa Rica (Thrupp, 1995). Al igual que en el caso del salmón, los consumidores de ingresos medios y altos, cuidadosos de su salud en los países industrializados, están más que encantados de contar con una oferta permanente que no depende de la época del año, mientras que en las regiones de origen los monocultivos industriales e invernaderos imponen la irrigación, los plaguicidas y la represión de los agricultores locales.

El panorama tampoco es muy distinto en la producción de carne o de camarones. La cría de camarones y langostinos en la India y Tailandia, con destino a los mercados de Europa y Japón, implica que la gente tiene que vadear entre residuos tóxicos para atraparlos y que muchos bosques de mangle tienen que desaparecer del paisaje. Desde la década de los '70 se viene arraigando cada vez más profundamente un modelo en el mercado de productos alimentarios: consumo más refinado en el Norte, al precio del medio ambiente y economías de subsistencia en el Sur. La cría de ganado y cerdos en Europa demanda mandioca o soja tanto de Estados Unidos como de países como Brasil, Paraguay, Argentina, Indonesia, Malasia o Tailandia. La vieja verdad de que el mercado pone el poder adquisitivo por encima de las necesidades humanas adquiere más vigencia que nunca en una economía mundial sin fronteras.

Sin embargo, sobre todo la expansión del modelo de desarrollo basado en combustibles fósiles a un par de docenas de economías emergentes del Sur y del Este ha sido lo que más ha contribuido a modificar la geografía de los impactos ambientales. Cuando las naciones recientemente industrializadas entraron en la era propulsada por recursos fósiles, se presentó la oportunidad de extender las cadenas de producción industrial más allá de los países de la OCDE. Es por eso que la participación del Sur en la producción mundial ha venido aumentando (al tiempo que la de la OCDE decae lentamente) en la industria primaria, metalúrgica y química (Sprenger 1997: 337; Mason, 1997), ascendiendo en el último caso del 17% en 1990 al 25% en 1996 (French 1998: 27). Lo que ocurre no es tanto una migración motivada por razones ambientales, si no más bien una redistribución de funciones dentro de la economía mundial.

En general, las etapas de una cadena de producción internacional que más presionan al medio ambiente se encuentran en regiones menos desarrolladas, mientras que las etapas más limpias y menos materiales tienden a estar en los países del G-7. En la industria del aluminio, por ejemplo, las minas de bauxita se encuentran en Guyana, Brasil, Jamaica y Guinea (además de Australia). La fundición del aluminio, que es el paso siguiente, se fue desplazando durante los '80 desde los países del Norte hacia países como Brasil, Venezuela, Indonesia o el Bahrein, mientras que la etapa de investigación y desarrollo sigue ubicada principalmente en la órbita de la OCDE (Heerings y Zeldenrust 1995: 33). A pesar de que el empleo de aluminio se ha incrementado en términos generales, su producción aumentó mucho en Japón y poco en Europa; esa brecha se llenó con importaciones del Sur (Mason, 1997).

Una mirada a la rama de la computación muestra hasta qué punto la industria de alta tecnología vive de la nueva división ecológica del trabajo. En el caso de 22 empresas del ramo en los países

industrializados, más de la mitad de su producción de microcomponentes (en su mayoría tóxicos) está ubicada en países en vías de desarrollo (French 1998: 28). ¿No es esto una prefiguración de la futura reestructuración de la economía mundial? Las economías de software del Norte se enorgullecerán de sus planes a favor de un medio ambiente más limpio, mientras que las economías recién industrializadas se encargarán de la manufactura y bregarán con las formas clásicas de contaminación del agua, el aire y el suelo, y las economías primarias más pobres realizarán la extracción, minando las bases de subsistencia del tercio de la humanidad que vive directamente de la naturaleza.

¿Qué globalización y para quién?

La globalización no es monopolio de los neoliberales: en la transnacionalización de las relaciones sociales se ven envueltos además actores muy variados, con las filosofías más diversas; en realidad, el movimiento ecologista constituye uno de los agentes más importantes del pensamiento globalizador. Por eso la imagen del planeta azul —el símbolo por excelencia de la globalización— transmite más de un mensaje. El mensaje imperial de la desaparición de las fronteras siempre se ha enfrentado al mensaje holístico de la unidad finita del planeta. Existe una línea de continuidad entre el Día de la Tierra celebrado en 1970 (que a menudo se considera como el nacimiento del movimiento ecologista estadounidense) y la conferencia de las Naciones Unidas sobre el clima mundial, celebrada en Kioto en 1997. En las plazas públicas donde la gente se reunió en aquel Día de la Tierra, oradores y manifestantes acompañaron sus demandas de mayor protección ambiental con fotografías de la Tierra tomadas menos de un año antes desde la superficie de la luna.

Y casi treinta años después, el emblema del planeta fue desplegado en lugar prominente al frente del salón de conferencias donde por primera vez los gobiernos del mundo asumieron compromisos legales vinculantes para limitar los niveles de contaminación. Esa foto muestra a la Tierra como un organismo natural en sí mismo, que une a los seres humanos y otras formas de vida en un destino común; ella globaliza nuestra percepción, tanto de la naturaleza como de la historia humana. Sólo a partir de esa imagen fotográfica fue posible hablar de "una tierra" o "un mundo" en el sentido verdadero del término. Ni el nombre de la asociación ecologista Amigos de la Tierra ni el título del Informe Brundtland, "Nuestro futuro común" (WCED, 1987), habrían tenido mucho sentido sin esa foto del planeta.

Pero el "efecto del planeta azul" y su mensaje de finitud calan aún más profundo: son el origen de una forma de ver que ubica la acción local dentro de un contexto global. La fotografía indica los límites exteriores del espacio vital de cada uno de quienes la observan. ¿Acaso no sabemos todos que, si ampliásemos la imagen lo suficiente, quien la observa podría encontrarse a sí mismo en ella? Porque es imposible separar el sujeto observador del objeto observado; difícilmente haya otro caso de autorreferencia tan inextricablemente entrelazada con la imagen. Esa superposición visual de la existencia individual y global ha cambiado las coordenadas cognitivas y éticas de nuestra percepción de nosotros mismos: sugiere que las consecuencias de una acción pueden extenderse más allá de los límites de la Tierra y que todos somos responsables de ellas.

De repente, quienes conducen un automóvil y aquellos que compran carne se encuentran vinculados al efecto invernadero, y hasta un aerosol para el cabello o un boleto de avión nos parecen una transgresión de las fronteras globales. "Pensar globalmente, actuar localmente" es un lema electoral del movimiento ecologista que desempeñó un papel muy importante en el surgimiento de "ciudadanos globales" que internalizan los límites de la Tierra en su propio pensamiento y acción. La narrativa de la limitación deriva su fuerza moral de esa asociación del planeta y el sujeto en un drama común. La vivencia ecológica es, por lo tanto, indudablemente una dimensión de la experiencia de la globalización, ya que trastorna la idea convencional de que vivimos y actuamos en espacios sociales y políticos nacionales que están claramente demarcados y separados unos de otros (Beck, 1997: 44).

Sin embargo, el movimiento ecologista no puede ignorar el hecho que el mensaje imperial ha triunfado, aun cuando sea provisoriamente. Un indicio de ello es el modo en que las empresas transnacionales prácticamente se han apropiado de la imagen del planeta azul. La percepción del mundo como un espacio homogéneo, completamente visible y accesible, se ha tornado hegemónica en todas partes. Esa visión es imperial porque reclama para sí el derecho a merodear por el mundo libremente y tomar todo lo que se le antoje, exactamente como si no hubiese lugares, ni comunidades, ni naciones. Los mecanismos del GATT, el TLC de Norteamérica y la OMC nacieron en el espíritu de demolición de las fronteras. Codifican el mundo como un escenario económico de acceso libre, en el que la ciencia económica dispone de vía libre. Las nuevas reglas están diseñadas para proclamar a las empresas transnacionales como sujetos soberanos en el espacio global, exentas de cualquier obligación hacia las regiones o los gobiernos nacionales. De ese modo queda abolido el proteccionismo estatal, pero sólo para ser sustituido por un nuevo proteccionismo que favorece a las empresas. Las asociaciones transnacionales tienen ahora autorización para reclamar todo tipo de libertades y derechos, mientras que los Estados territoriales —por no hablar de los ciudadanos y las asociaciones civiles— quedan relegados a un segundo plano.

Cuando la gente en el futuro analice el último siglo de este milenio, se verán obligados a concluir que la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro abundó en muy buena retórica, mientras que la de Marrakech sí fue tomada realmente en serio. La conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, celebrada en Río de Janeiro, simboliza una larga serie de acuerdos internacionales —especialmente los convenios sobre el clima y la biodiversidad— que supuestamente debían orientar la economía mundial en direcciones menos perjudiciales para el medio ambiente. Marrakech representa la fundación de la Organización Mundial del Comercio, una vez concluida la Ronda de Uruguay del GATT, y la importancia creciente del FMI en muchos países como “gobierno en la sombra“. Allí se sentaron las bases de un régimen económico en el que la actividad inversionista de los actores transnacionales quedaría libre de todo tipo de regulación en cualquier lugar del planeta. Ambos regímenes multilaterales —el ambiental y el económico— pretenden darle una base política y legal a la sociedad económica transnacional, pero la verdad es que son marcadamente antagónicos.

El propósito de los acuerdos multilaterales sobre el medio ambiente es proteger nuestra herencia natural, mientras que el de los acuerdos económicos es garantizar la igualdad de derechos para explotarla. Los primeros se fundan en el respeto por los límites naturales; los segundos, en el derecho a concluir con éxito la expansión económica. Paradójicamente, además apuestan a diferentes sistemas de responsabilidad y rendición de cuentas. Por un lado, los acuerdos ambientales apelan a los Estados soberanos como entidades responsables que supuestamente defienden el bien común en su territorio. Por otra parte, los acuerdos económicos suponen empresas soberanas, activas transnacionalmente, que no pertenecen a ningún territorio y por lo tanto no son responsables ante ningún Estado. Ya hoy en día, las cien economías de mayor magnitud en el mundo corresponden a 49 países y 51 empresas (Anderson y Cavanagh, 1997: 37).

Por lo tanto, no está claro cómo pueden conciliarse los mensajes conflictivos que se apropian la imagen del planeta azul. Es más, ni siquiera la sociedad civil transnacional ha logrado más que en contadas ocasiones obligar a las empresas a afrontar su responsabilidad hacia la naturaleza y la abrumadora mayoría de los ciudadanos del mundo. Si la ‘sustentabilidad’ representa el mensaje holístico, y la ‘globalización económica’ el mensaje imperial, parecería que debemos admitir que, por muchas que sean las sinergías a nivel micro, el abismo entre los dos continúa ensanchándose. Pero ésa es la grandeza de un símbolo: su capacidad de mantener unidas verdades divergentes bajo el techo común de una sola imagen visual.

Bibliografía

- Adriaanse, A. et al. (1997), *Resource Flows: The Material Basis of Industrial Economies*. Washington: World Resources Institute
- Altvater, E. und Mahnkopf, B. (1996), *Grenzen der Globalisierung*. Münster: Westfälisches Dampfboot
- Anderson, S. and Cavanagh, J. (1997), "The Rise of Global Corporate Power". In: *Third World Resurgence*, 1/97, 37-39
- Beck, U. (1997), *Was ist Globalisierung?* Frankfurt: Suhrkamp
- Boeing (The Boeing Company) (1998), www.boeing.com/commercial
- Brown, L. et al. (1998), *Vital Signs 1998*. Washington: Norton
- Castells, M. (1996), *The Rise of the Network Society. The Information Age: Economy, Society and Culture*, vol. I. Oxford: Blackwell
- Cavanagh, J. (1998), *Background to the Global Financial Crisis*. Manuscript. San Francisco: International Forum on Globalization
- Daly, H. (1996), *Free Trade, Capital Mobility and Growth versus Environment and Community*. Public Lecture on 26 September 1996. The Hague: Institute of Social Studies
- Esty, D.C. and Gerardin, D. (1998), "Environmental Protection and International Competitiveness. A Conceptual Framework". In: *Journal of World Trade*, vol. 32, 3, 5-46
- Flitner, M. (1998), "Biodiversity: Of Local Commons and Global Commodities". In: M. Goldman (ed.), *Privatizing Nature. Political Struggles for the Global Commons*. London: Pluto Press, 144-166
- French, H. (1998), *Investing in the Future: Harnessing Private Capital Flows for Environmentally Sustainable Development*. Worldwatch Paper 139, Washington: Worldwatch Institute
- Garrod, B. (1998), "Are Economic Globalization and Sustainable Development Compatible? Business Strategy and the Role of the Multinational Enterprise". In: *International Journal of Sustainable Development*, vol. 1, 43-62
- Heerings, H. and Zeldenrust, I. (1995), *Elusive Saviours. Transnational Corporations and Sustainable Development*. Utrecht: International Books
- Johnstone, N. (1997), "Globalisation, Technology, and Environment". In: *OECD Proceedings, Globalisation and Environment*, Paris: OECD, 227-267
- Jones, T. and Youngman, R. (1997), "Globalisation and Environment: Sectoral Perspectives". In: *OECD Proceedings, Globalisation and Environment*. Paris: OECD, 199-221
- Kessler, J.J. and Van Dorp, M. (1998), "Structural Adjustment and the Environment: the Need for an Analytical Methodology". In: *Ecological Economics*, 27, 267-281
- Lappé, M. and Bailey, B. (1998), *Against the Grain: The Genetic Transformation of Global Agriculture*. London: Earthscan
- Lash, S.- Urry, J. (1994), *Economies of Signs and Space*. London: Sage
- Mason, M. (1997), "A Look Behind Trend Data in Industrialization. The Role of Transnational Corporations and Environmental Impacts". In: *Global Environmental Change*, vol. 7, 113-127
- McCormack, G. (1996), *The Emptiness of Japanese Affluence*. St. Leonards: Allen & Unwin
- Menotti, V. (1998), *The Environmental Impacts of Economic Globalization*. San Francisco: International Forum on Globalization, Draft
- Menotti, V. (1998), "Globalization and the Acceleration of Forest Destruction since Rio". In: *The Ecologist*, vol. 28, 354-362
- OECD (1998), *Kein Wohlstand ohne offene Märkte. Vorteile der Liberalisierung von Handel und Investitionen*. Paris
- Opper, N.v. (1999), "Aus fünf Kilo Fisch wird ein Kilo Zuchtlachs". In: *Greenpeace Magazin*, 1/99, 40-41
- Pastowski, A. (1997), *Decoupling Economic Development and Freight for Reducing Negative Impacts*. Wuppertal Paper 79. Wuppertal: Wuppertal Institute for Climate, Environment, Energy
- Reed, D. (ed.) (1996), *Structural Adjustment, the Environment and Sustainable Development*. London: Earthscan
- Sassen, S. (1996), *Losing Control?* New York: Columbia University Press
- Sprenger, R. U. (1997), "Globalisation, Employment, and Environment". In: *OECD Proceedings, Globalisation and Environment*. Paris: OECD, 315-366
- *The Economist* (1997a), *Schools Brief: One World?*. 18 October, 103-104
- *The Economist* (1997b), *Schools Brief: Delivering the Goods*. 15 November, 89-90
- Thrupp, L.A. (1995), *Bittersweet Harvests for Global Supermarkets: Challenges in Latin America's Agricultural Export Boom*. Washington: World Resources Institute
- United Nations Development Programme (UNDP) (1998), *Human Development Report 1998*, New York: Oxford University Press
- Wysham, D. (1997), *The World Bank and G-7: Changing the Climate for Business*. Washington: Institute for Policy Studies
- Zarsky, L. (1997), "Stuck in the Mud? Nation-States, Globalisation, and the Environment". In: *OECD Proceedings, Globalisation and Environment*. Paris: OECD, 27-51
- *Zukunftskommission der Friedrich-Ebert-Stiftung* (1998), *Wirtschaftliche Leistungsfähigkeit, sozialer Zusammenhalt, ökologische Nachhaltigkeit. Drei Ziele - ein Weg*. Bonn: Dietz

BIOGRAFIA AUTORES

David Korten, Estados Unidos



Economista, autor de libros sobre desarrollo y globalización, incluyendo el best seller “*When Corporations Rule the World*”. Su último libro “*The Post Corporate World*,” establece las bases para una nueva lógica del desarrollo a nivel mundial. MBA y PhD del Graduate School of Business de la Universidad de Stanford. Ha enseñado en el Graduate School of Business de la Universidad de Harvard y realizado investigación en el Institute for International Development de la Universidad de Harvard. Actualmente es miembro del International Forum on Globalization, presidente del People Centered Development Forum y profesor en gestión del desarrollo y teoría del desarrollo.

Sara Larraín, Chile

Directora del Programa Chile Sustentable y actual coordinadora del Programa Cono Sur Sustentable con actividades en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay. Es representante de las ONGs en el Consejo Nacional de Desarrollo Sustentable y en el Consejo Consultivo de la Comisión Nacional de Medio Ambiente. Es presidenta de la Fundación Sociedades Sustentables y miembro del directorio del International Forum on Globalization-IFG.

Fue cofundadora y directora del Comité Chileno para el Desarme y la Desnuclearización entre 1984 y 1989. Co-fundadora de la Red Nacional de Acción Ecológica-RENACE, en 1987. Coordinó la Campaña Antinuclear y de Energía /Atmósfera de Greenpeace América Latina y dirigió la oficina chilena de Greenpeace entre 1989 y 1993. Presidenta Nacional de RENACE entre 1994 y 1997. Candidata independiente a la Presidencia por la tendencia Verde en 1999.

Sitio web: www.chilesustentable.net



Gilberto Gallopín, Argentina

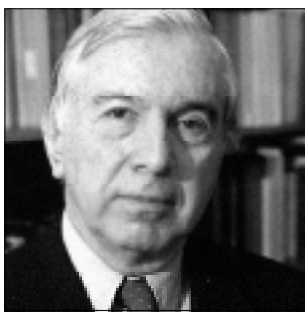


Asesor Regional para Políticas Ambientales en la División de Desarrollo Sostenible y Asentamientos Humanos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), y co-coordinador del Global Scenario Group (GSG).

Licenciado en Ciencias Biológicas, Universidad de Buenos Aires (Argentina); Ph.D. en Ecología, Cornell University (EEUU); Post-Doctoral Fellow, University of British Columbia (Canadá). Fue Director del Programa “Systems for Sustainable Development” del Stockholm Environment Institute (SEI), Estocolmo, Suecia; Líder del Programa de Manejo de Tierras en el Centro Internacional de Agricultura Tropical (CIAT), basado en

Cali, Colombia; «Senior Fellow» en el International Institute for Sustainable Development (IISD), Winnipeg, Canadá; «Senior Expert on Environment and Development» en el International Institute for Applied Systems Analysis (IIASA), Austria; Profesor Titular de la Universidad de Buenos Aires y de la Fundación Bariloche, Argentina, así como Presidente Ejecutivo y Presidente del Consejo Directivo de la última. Hasta comienzos de 1991 dirigió el Grupo de Análisis de Sistemas Ecológicos (Argentina).

Oscar Godoy, Chile



Doctor en Filosofía, Universidad Complutense de Madrid. Miembro de Número de la Academia de Ciencias Sociales Políticas y Morales del Instituto de Chile. Profesor Titular de Teoría Política en el Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Miembro del Consejo Directivo del Centro de Estudios Públicos. Ex Observador Permanente de la Organización de Estados Americanos en Naciones Unidas (Ginebra). Fue Director del Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile durante 14 años (hasta noviembre 1999). Profesor visitante en la Universidad de Georgetown (Washington D.C.) y en el Institut d'Etudes Politiques de

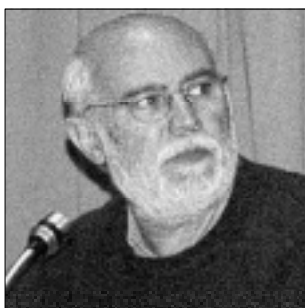
Paris Autor de numerosos artículos y libros, entre estos últimos se destacan: «Hacia una Democracia Moderna: la Opción Parlamentaria», Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 1990. «El Cambio de Régimen Político», Ediciones Universidad Católica de Chile, 1992. «The economics of pensions : principles, policies and international experience» Co-autor con Salvador Valdés Prieto. Cambridge University Press, 1997.

Jacques Chonchol, Chile

Director del Doctorado de Estudio de las Sociedades Latinoamericanas, Universidad Arcis, Santiago de Chile, desde 1996. Ingeniero Agrónomo de la Universidad de Chile y Doctor de Estado en Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de París. Director del Departamento de Economía Agraria del Ministerio de Agricultura de Chile, entre 1953-1954. Trabajó como experto de FAO encargado de problemas de reforma agraria para México, Cuba y Chile, entre 1957 y 1964. Director del Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP) del Ministerio Agricultura de Chile, entre 1964 y 1968. Fue Ministro de Agricultura del Gobierno del Presidente Salvador Allende, entre 1970 y 1972. Director del Instituto de altos Estudios de América Latina, Universidad de París III, Sorbonne Nouvelle (1982-1993) y miembro de la Comisión Nacional de Planificación Francesa. Profesor titular de Sociología en la Universidad de París III, entre 1986 y 1994.



Antonio Elizalde, Chile



Rector de la Universidad Bolivariana, desde 1996. Sociólogo. Fue Director Adjunto del Centro de Alternativas de Desarrollo (CEPAUR), desde 1983 hasta 1996, Director Asistente del proyecto conjunto CEPAUR-Fundación Dag Hammarskjöld de Suecia «Hacia una Economía a Escala Humana», 1985-1986 y Consultor de UNICEF en Desarrollo Social para Paraguay, 1974-1976. Profesor de Economía Regional y de Sociología en la Universidad de Chile-Talca, 1966 a 1973. Director Departamento Ciencias Sociales y Administrativas Universidad de Chile-Talca, 1970-1971. Profesor de Desarrollo Económico en la Escuela de Ingeniería Comercial de la Universidad Diego Portales, desde 1988 a 1992. Docente en la Maestría en Desarrollo y Ambiente de la Universidad Simón Bolívar de Caracas, 1993. Docente en el Programa de Especialización en Dirección y Gestión Administra-

tiva de ONGS de la Universidad Javeriana de Cali, Colombia, 1990 - 1992. Profesor en el Curso de Postgrado en Cooperación para el Desarrollo promovido por las Universidades de la Comunidad Valenciana y patrocinado por la Dirección General de Cooperación al Desarrollo de la Generalitat Valenciana, 2000, 2001 y 2002.

Jerry Mander, Estados Unidos

Presidente de International Forum on Globalization. Fue presidente de la empresa publicitaria Freeman, Mander & Gossage dedicando luego su talento hacia campañas en pro del medioambiente. Por su trayectoria en importantes campañas el diario Wall Street Journal lo llamó «el Ralph Nader de la publicidad». En 1971, Mander cofundó la primera agencia de publicidad sin fines de lucro en Estados Unidos, Public Interest Communications, que apoyó a organizaciones ambientalistas, comunidades y grupos de acción social. Desde 1980, Mander ha sido parte del Public Media Center, que ha hecho campaña a favor del Sierra Club, Friends of the Earth, Greenpeace, Planned Parenthood, Public Citizen, la Coalición James Bay y cientos de otras organizaciones ciudadanas. Actualmente es director de programa de la Deep Ecology Foundation. Es también uno de los cofundadores del International Forum on Globalization, una organización internacional de activistas, escritores, filósofos y economistas que trabajan sobre los impactos y alternativas a la globalización.

Sitio web: www.ifg.org



Wolfgang Sachs, Alemania



Senior Fellow en el Instituto del Clima, Medio Ambiente y Energía de Wuppertal, desde 1993. Es investigador y profesor universitario y afamado escritor sobre los temas del medioambiente y el desarrollo. Fue miembro del grupo de investigación “Energía y Sociedad” en la Universidad Técnica de Berlín, entre 1980 y 1984. Editor de la revista “Development”, entre 1984 y 1987. Profesor de la Universidad del Estado en Pennsylvania, entre 1987 y 1990. Profesor del Instituto para las Ciencias Culturales en la Universidad de Essen, entre 1990 y 1993 y Presidente del Directorio de Greenpeace Alemania, entre 1993 y 2001. Autor de numerosas publicaciones entre las cuales cabe destacar

«Greening the North» y editor de «Equidad en un mundo Frágil» realizado en conjunto con pensadores, políticos y activistas internacionales para la Cumbre de Johannesburgo.

Sitio web: www.wupperinst.org

